

**RICARDO HANSEN**

A hand in a black glove holds a large, metallic bullet vertically against a dark, textured background. The bullet is highly reflective, showing highlights and shadows. The hand is positioned on the left side of the bullet, with fingers wrapped around its middle section. The overall mood is dark and mysterious.

**SIN  
MEMORIA  
EN LA PIEL**

*NOVELA POLICIAL*

SIN MEMORIA  
EN  
LA PIEL

RICARDO HANSEN

Hansen, Ricardo

Sin memoria en la piel / Ricardo Hansen; editado por Ricardo Hansen. - 1a ed. - Ingeniero Maschwitz: Ricardo Hansen, 2020.  
ricardohansenautor@gmail.com

Derechos exclusivos reservados para todos los territorios.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de portada, pueden ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin el previo permiso escrito del autor.

A Ana, Paloma, Juana y Merlina  
A Germán, Cristian, Federico y Paulina,  
A Halfdan

## NOTA DEL AUTOR

Esta es una obra de ficción y cualquier semejanza con la realidad es mera coincidencia. Los personajes y hechos retratados en esta novela son completamente imaginarios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia. Nombres, apellidos, lugares y ocupaciones fueron elegidos al azar y solo pretenden dar vida a una historia cuyo único objetivo es el entretenimiento individual o grupal.

## ÍNDICE

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

## CAPÍTULO I

Creyó escuchar que alguien, a sus espaldas, había pronunciado su nombre, detuvo la marcha y se volteó. Lo último que vio fue el fogonazo que salió del cañón de la Beretta calibre 22, pero nunca escuchó el sonido del disparo. Murió antes. Antes de oír el siseo, antes de estallar su rostro contra el empedrado, antes de todo. Y quedó allí, arrumbado, con sus piernas confusamente encimadas una por sobre la otra, los brazos extendidos y sus ojos abiertos con expresión de horroroso desconcierto. La lluvia ha comenzado a caer repicando notas fúnebres sobre su cuerpo inerte. Para él no habrá más amaneceres ni fiestas de guardar, solo un largo viaje con destino incierto.

Los periódicos de mañana tendrán aquella imagen en sus portadas y en todos los noticieros no se hablará de otra cosa que de su muerte. Curiosamente, el senador Francisco J. Barleti tendrá, por fin, la atención de la prensa por la que tanto bogó en vida, solo que esta vez, no servirá a sus propósitos.

Para algunos, fue un hombre probo, ejemplar; para otros un inescrupuloso que utilizó a la política para engrandecer sus arcas personales. Para Soledad Starova, la bestia que la sometió a espantosos vejámenes por más de dos años.

Pero ella ya no podrá leer esta gacetilla. Hace tres días entró en coma agudo luego de que el senador Barleti, junto a un grupo de serviles amigos, sobrepasaron la dosis de cocaína que le inyectaron a sus venas para dominar sus instintos y así gratificarse con la juventud de su cuerpo. De nada sirvieron sus ojos suplicantes e inundados de llanto. Ninguno de ellos sintió ni el mínimo remordimiento por lo que iban a hacer. Su afán por poseerla les produjo reconcomio y les nubló la razón.

Apenas quince años tenía cuando, bajo reptiles engaños, la indujeron a inhalar por primera vez. Promesas de mejor vivir y placeres desmesurados la convirtieron de la noche a la mañana en un despojo humano. Ya con su piel sin memoria, perdió su aspecto rozagante. Hoy, Soledad Starova, aparenta muchos más de los diecisiete años que acusa su documento de identidad. Solo un milagro le devolverá la vida. Y si ello ocurriera, esta no será grata.

Un solo disparo y efectuado con munición pequeña, fue suficiente para abatir los adiposos ciento veinte kilogramos del senador, que se derrumbó sin la gracia ni la elegancia de su traje con diseño de Armani. Nadie acudió en su auxilio, porque tampoco nadie escuchó la detonación. El supresor adosado al caño de la pistola lo había impedido.

A lo lejos se escucha el carrillón de un reloj de pared que anuncia que es la hora veintitrés. Todo está quieto y hasta los sonidos se habían ocultado con el advenimiento de la noche. El cuerpo de Barleti se enfría rápidamente y pronto estará yerto. Es invierno y, a estas horas, la temperatura del aire es muy baja. Las calles están desiertas y quizás transcurra mucho tiempo antes de que alguien descubra su cadáver. Murió solo, sin la compañía de ninguno de sus festejadores y nadie que lo eche de menos. Ni su esposa, ni sus hijos. Todos, en su familia, estaban habituados a su ausencia porque rara vez dormía en su cama. Ellos jamás imaginaron que, a estas horas, su cuerpo se endurecía retorcido a tan solo unos pasos de allí.

Mientras tanto y desde otro lugar...

—*Hola mi amor, Mamá ¿ya llegó?* —preguntó el inspector Marques por teléfono.

—*¡Hola Papá! No, aún no, pero recién llamó y me dijo que estaba en camino.*

—*Está bien, pequeñita, si la ves, decíle que llegaré más tarde, que haré la última ronda de la noche y voy a casa...*

—*Sí, Papá... les dejaré la cena en el microondas. Ahora me voy a dormir porque mañana tengo escuela.*

—*No te preocupes por mí... seguramente comeré un sándwich en el bar del polaco. ¡Andá a descansar, hija, que es tarde!*

El Inspector de policía Eugenio Marques nunca pensó que aquella noche comenzaría una de las investigaciones más intrincadas de su carrera.

El Sargento Torres, al volante de la patrulla, condujo en reverente silencio. El hombre que está sentado a su diestra es uno de los policías más valerosos y admirados de la fuerza. Apenas habían transcurrido dos minutos de iniciada la ronda nocturna cuando ambos escuchan una alerta por radio. Alguien había hallado el cadáver de Barleti. Torres hunde el pedal del acelerador y conduce a toda velocidad. El incesante ulular de la sirena y el chirrido de los neumáticos al doblar las esquinas inunda con sus sonidos a las calles ya desiertas. Toda la paz de la noche se quebró de pronto por la prisa estridente de los policías. A lo lejos se divisan las luces LED intermitentes de los patrulleros que arribaron primero. Marques desciende de la patrulla y con algo de fastidio se acerca al cuerpo ya tieso del senador mientras se coloca los guantes de látex. En cuclillas y frente a él, observa el pequeño y casi imperceptible orificio en medio de la frente, tan sólo a un centímetro por encima de sus ojos, aún abiertos, pero sin brillo. Una sola gota de sangre, ya seca, había manado del hueco que abrió la bala.

—*¿Alguien sabe quién es?* — preguntó

—*Sí, señor... es el senador Francisco Jesús Barleti, según rezan sus documentos* — respondió un agente que permanecía de pie y por detrás del inspector

—*¡Mierda! ¡Ahora sí que estamos hechos! Un senador... ¡carajo, un maldito senador! Pronto esto será un hervidero de periodistas... ¡rápido, quiero un cordón de seguridad a dos cuadras a la redonda! Que nadie pase sin mi autorización... ¿Llamaron a la Fiscalía?... —nadie le responde y entonces— ¿Alguien me escucha, carajo? ¿Llamaron a la Fiscalía? — gritó ofuscado. Estaba molesto porque este hecho seguramente lo tendrá en vilo lo que resta de la noche.*

Marques no se equivocó, diez minutos más tarde, los agentes no daban abasto para contener a periodistas y curiosos que se agolparon sobre las cintas policiales, con preguntas insistentes, histriónicas y repetitivas. Entre tanto, su teléfono celular no paraba de sonar...la prensa nacional y también la internacional, políticos de toda índole, algunos, colegas del occiso. Antes lo llamaron desde la jefatura de policía y hasta del Ministerio de Seguridad. Todos querían confirmar la noticia; todos conocían al senador Barleti... todos, menos él. Eugenio Marques jamás había escuchado su nombre. No le interesa la política; de hecho, la detesta, está convencido que los funcionarios solo se sirven de ella para satisfacer las necesidades acomodaticias de holgazanes y parásitos y dictan leyes para sus propios beneficios. Sostiene que la única finalidad que persiguen es la de engañar a sus votantes, sea como sea, y para probar sus acepciones repite para sí aquella frase que dice que los políticos solo tienen una regla:” Si *no puedes deslumbrar a las masas con tu inteligencia, desconciértala con estupideces*”. Pero, él es un servidor público y no puede exteriorizar sus preferencias. Solo Victoria, su esposa, sabe lo que opina al respecto.

—*¿Inspector? Soy el Fiscal Julián Ramírez, usted y yo vamos a trabajar juntos en este caso. El Jefe Valdés lo recomendó enfáticamente. Lo quiero en mi oficina mañana a primera hora.*

—*¡Está bien, doctor!... pero no me aclaró que es, para usted, “a primera hora” ...*

—*Las siete AM... ¿está bien o es muy temprano?* —Marques asiente con la cabeza —*Ok, mañana, entonces...y, por favor, no llegue tarde, “inspector”* —concluye el fiscal enfatizando la última palabra.

Aquella relación había comenzado mal. La actitud del Fiscal fue demasiado arrogante para el inspector y pocas son las cosas que él repudie más. Eugenio Marques es un hombre recto, educado y generalmente cortés, pero también es un hombre de pocas palabras y cuando alguien, imprudentemente, se refiere a él de manera altanera, suele responder con rispidez. Pero, esta vez deberá contenerse, al menos, si quiere evitar un sumario administrativo con la consiguiente suspensión sin goce de sueldo. Demasiado bajo es su salario y demasiado altos sus gastos.

Observa la hora y maldice nuevamente...

—*¿Pero, miren la hora que es? ¿Es que ya nadie asesina de día... dónde quedaron los códigos del delito?* —dijo ante la mirada atónita de sus subalternos. Nadie le respondió, algunos disimulan una sonrisa cómplice desviando la vista hacia otro lado. Marques, se encogió de hombros y se encaminó hacia la patrulla. Concluye que ya es momento de retirarse.

—*¡Torres, acérqueme hasta mi casa!* — le ordenó a su chofer.

Durante el viaje, procura no pensar en el caso del senador. Intuye que esto es el comienzo de algo complejo. Ya habrá tiempo mañana, para eso. Solo quiere llegar a su cama y dormir profundamente las pocas horas que le quedan.

La patrulla se detiene enfrente de su domicilio. Marques desciende y saluda a su chofer con un gesto de mano, pero nada dice y tampoco lo mira, solo lo saluda. Busca sus llaves en el bolsillo trasero de su pantalón de gabardina, pero antes de introducirla en la cerradura de la puerta, mira hacia la cochera y ve que el portón levadizo está a medio cerrar. Se extrañó porque Victoria no suele ser tan descuidada. Decide ingresar a la casa por allí. No bien entró, buscó el comando de cierre, oprime el botón de color rojo y el portón finaliza el recorrido. Al pasar al lado del automóvil de su esposa, apoyó sobre él una de sus manos y notó que el capó está aún caliente. Sobre el techo, el mástil de la antena está fuera de lugar, arrancada de cuajo y solo retenida por el cable interno de la radio. Le restó importancia y subió las escaleras que conducen a la planta alta donde están dos de los cuatro dormitorios que tiene la vivienda. Su plan es besar a Victoria y luego regresar a la cocina para servirse un bocado. Siente apetito, pero el amor es más fuerte y jamás osaría sentarse a comer sin antes haberla saludado.

Creuyendo que ya duerme, abre sigiloso la puerta del dormitorio, pero para su sorpresa ella no está allí... desde el baño se escucha el sonido del agua caer y entonces se asoma despacio, sin hacer ruido. Y entonces, la vio. Aquella imagen borrosa de Victoria desnuda bajo la lluvia caliente es para Eugenio una pasional llamada de amor desenfrenado. Todas sus hormonas se movilizan y bloquean su raciocinio. Y cavila: *“una de la mañana, Micaela durmiendo en su cuarto, mi hermosa esposa desnuda e indefensa al alcance de mis manos y yo con una erección como hace tiempo no ocurre... eso no sucede muy a menudo”* y sin dudar se quitó la ropa y sorprendió a su mujer.

—*¡Ay, que susto me has dado... sos un tonto!* — exclamó ella, creyendo que se trataba solamente de una travesura inocente de su esposo. Pero, como al descuido, una de sus manos rozó la rígida evidencia de que sus planes de descanso deberían esperar un poco más. Eugenio y Victoria se excitan con facilidad; los años que llevan juntos solo han potenciado la mutua atracción sexual. Pocos son los secretos que aún conservan en la intimidad de sus pensamientos y muchos de ellos son fantasías que afloran en el momento justo para fomentar la gravitación carnal. Son creyentes practicantes. Las oraciones son parte importante en sus vidas y los domingos de

misa, citas irrenunciables. Pero, en sus encuentros amorosos, todo esto queda de lado. El sexo es fundamental en su relación y, como en la guerra, todo vale. Y entonces, el aire se vuelve concupiscente, todo es placer, todo es lujuria, todo es desenfreno y, aunque atente contra sus preceptos rectilíneos, si hay goce, es lícito.

Pronto, Victoria nada puede hacer para mitigar sus libídines quejas y gemidos sordos. Su pudor y su recato han quedado sepultados bajo los influjos excitantes de la lubricidad y la lascivia propuestos por los embates broncos y voluptuosos de Eugenio.

Más tarde... sobreviene la calma. La sudoración comienza a desaparecer y las respiraciones se vuelven cansinas. No hay palabras entre ellos, solo sutiles sonrisas de satisfacción y sus miradas clavadas en puntos imaginarios del techo.

En eso, el sonido estridente del timbre del teléfono de Eugenio, rompe con el hechizo sexual...

—*Marques habla...sí doctor, dígame... ¡nooo, no me despertó, descuide!... Oh, ¡por Dios!... enseguida salgo para allá...*

—*¿Qué ocurre, mi amor?* — preguntó Victoria

—*Otro muerto...otro senador*

—*¿Cómo que otro senador?*

—*Sí, hace unas horas alguien mató al primero y ahora apareció muerto otro.*

—*¡Por Dios! ¿Qué está pasando aquí?*

—*No lo sé... un loco, seguramente*

—*¿Un loco? Mi amor, ¡es un asesino...!*

—*¡Mmmmh!*

—*¿Qué quieres decir con... mmmmh?*

—*Es un misterio... aquí nunca pasa nada y de pronto pasa de todo. Esto no es un simple asesino... aquí hay otra cosa por detrás. Dos senadores y del mismo partido político... ¡Mmmmh!*

—*Quizás los asesinos sean más de uno...* —acota Victoria

—*Es probable... ambos fueron muertos con métodos diferentes*

## CAPÍTULO II

El cuarto, abigarrado con objetos pensados para el placer sexual, estaba en penumbras. Espejos por aquí y por allá, un sillón Kama Sutra de color cinabrio y una enorme cama oval en el centro de la habitación. El aire enrarecido con perfumes baratos no logra evitar que el olor a muerte inunde con su pestilencia aquel lugar. El senador Rogelio Hasko yace desnudo en el jacuzzi del albergue transitorio con evidentes signos de haber perecido por asfixia por sumersión. A excepción de una de sus piernas, todo su cuerpo permanece bajo el agua. El Inspector Marques, observó detenidamente el cadáver, pero sin moverlo. Fue entonces cuando algo captó su atención y se procuró ayuda con una cuerda de nylon para levantar la mano izquierda del occiso. Notó que las yemas de los dedos índice y pulgar tienen una marca extraña. Es una línea bien definida, morada y recta, como si se hubiera aferrado de algo filoso antes de morir. Pero es solo eso, una marca en la piel, no una herida. A la derecha y muy cerca de allí, una puerta mal cerrada. Por el resquicio se filtra algo de luz. Marques la abre y descubre vestigios de vapor en el sector de la ducha, un albornoz mojado en el piso y un grifo mal cerrado. Alguien había estado recientemente allí.

Sentado en una pequeña poltrona y aún conmocionado, el conserje es atendido por una enfermera que le ha aplicado un sedante. Marques se acerca a él y...

—¿Fue usted quien descubrió el cadáver?

—Sí, señor...

—¿Alguien más vio al muerto?

—No lo creo... estaba solo cuando entré...

—¿Por qué entró?

—Llamé por teléfono interno a esta habitación para avisar que el tiempo había acabado y como nadie me respondía, me acerqué hasta aquí y toqué a la puerta. Lo hice, al menos, tres veces y nada... nadie respondió. Fue entonces cuando mi jefe me ordenó que abriera con nuestra llave maestra.

—¿Él estaba aquí con usted?

—No, me lo dijo por teléfono...

—Y después de hacerlo, ¿qué fue lo que hizo?

—Volví a hablar con mi jefe y él me dijo que llamara al 911

—¿Tocó algo, después de eso? Digo... alguna copa, al cuerpo del occiso, su ropa o ¿algo?

—No, señor... cerré la puerta y salí corriendo

—Y después, ¿Qué hizo?

—Mi jefe me dijo que llamara a los demás huéspedes para avisarles lo que había ocurrido...

—Y, ¿por qué hicieron eso? ¿No pensaron que la policía querría interrogarlos?

—No lo sé, señor... supongo que nadie sabría nada y además querrían salvaguardar sus identidades.

—Ok, necesito ver los registros de las cámaras de seguridad del complejo

—Sí, señor, pero le advierto que solo se captan imágenes de autos cuando ingresan y cuando salen, no verá rostros en ellas.

Marques regresa hasta la bañera y observa los controles del hidromasaje. Jamás había disfrutado de un baño relajante en una tina como ésta e intrigado le pidió al conserje que se

acercara hasta allí.

—¿Sabe? Nunca pude comprar un aparato así y siempre deseé tener uno... ¿me puede explicar para qué son estos controles?

El hombre lo miró extrañado. Se preguntó cómo era posible que se preocupara por semejante nimiedad teniendo enfrente de sí a un espantoso cadáver. Estuvo tentado a responderle que él también desconocía como encenderlo, pero algo vio en aquellos ojos fríos que lo detuvo y supo de inmediato que esa sería una pésima idea. Entonces le explicó cómo funciona el sistema...

—Lo primero que debe asegurarse es que la bañera tenga suficiente agua antes de encender la bomba del hidromasaje. Lo demás es sencillo, con esta perilla lo enciende y con esta otra regula la intensidad de los chorros de agua y, además, este modelo posee un regulador de temperatura.

El inspector lo escuchó con atención y no pudo resistir el impulso y movió con torpeza a una de las perillas. Y esta cayó al piso... estaba suelta.

Marques, en sus ratos libres, estudió electricidad doméstica en cursos dictados por internet y adquirió suficientes conocimientos que le sirvieron para reparar algunos cortocircuitos en la instalación eléctrica de su propia casa. Sabía lo que hacía cuando, con la cara posterior de su dedo índice y un rápido movimiento, rozó el metal que quedó al descubierto. Recibió una pequeña descarga eléctrica. Fue entonces cuando comprendió lo que había sucedido en ese cuarto y ordenó...

—¡Que nadie se acerque aquí... hay peligro de electrocución!

Y, dirigiéndose nuevamente al conserje, le preguntó...

—¿Notó algo raro con la electricidad esta noche?

—No, Inspector.

—Cuando ingresó a la habitación, ¿había alguna luz encendida?

—Sí, ahora que lo menciona sí. Lo extraño es que había demasiadas bombitas encendidas, cuando en estos sitios suele ocurrir todo lo contrario...

—¡Está bien! Por favor, interrumpa la electricidad en este cuarto. Voy a necesitar esta perilla como prueba. Luego de verificarla, se la devolveré, ¿está bien?

—Sí, claro, Inspector, lo que usted diga... —respondió sorprendido el conserje.

Afuera de la habitación se ha generado un gran tumulto. Gritos y protestas alteran la paz del lugar. Unos pugnan por ingresar aduciendo ser familiares y otros se justifican por llevar en sus solapas un identificador de prensa. Entre todos, se abre paso el fiscal Ramírez, que recién llegado, se acerca a Marques mientras observa al occiso con suficiencia. Nada dice aún. Es evidente que no quiere arriesgar una hipótesis por temor a equivocarse. Pero Marques es un zorro viejo en esto de las disputas de poder entre la policía y los juristas federales y también quedó en silencio. Fue entonces cuando el fiscal preguntó...

—Según su parecer ¿qué fue lo que ocurrió aquí?

—Para mí, murió ahogado, Doctor...—respondió Marques, sin mirarlo y sin explicitar demasiado.

—¿Puede ser más claro, inspector? Ya veo que murió ahogado, ¿no soy estúpido!

—No puedo asegurarlo, pero creo que se electrocutó con la perilla del control de temperatura del agua, se sumergió y no logró sobrevivir...

—Ah, ok. Entonces vamos a caratularlo como un accidente —afirmó satisfecho de su conclusión porque así, ésta no sería una investigación prolongada.

El fiscal observó la hora en su reloj pulsera y sin despedirse se dirigió hacia la puerta de entrada. Marques no soporta los aires de superioridad de algunas personas, especialmente cuando no tiene más alternativas que trabajar con ellas. Decidió escarmentarlo, aunque esto significara más trabajo para él y, como siempre, los laureles de la victoria para el fiscal.

—*¡Lamento contradecirlo, Doctor Ramírez!*

El hombre, al escucharlo, se detuvo y permaneció estático por unos instantes, con la mirada fija hacia adelante. Luego volvió sobre sus pasos. Ahora sus gestos denotaban un claro fastidio. Ramírez es un hombre orgulloso de su profesión, pero odia el contacto permanente con los hombres de la policía. De hecho, los considera de una casta muy inferior a la suya y si, además, demuestran inteligencia, mucho peor. Y así es el trato que les dispensa. Se acerca a Marques y cuando sus rostros estuvieron enfrentados a escasos centímetros, en tono altanero le preguntó...

—*Marques... Marques... ¿Qué es lo nuevo que tiene para decirme?*

—*Que no murió por accidente... el Senador fue asesinado*

—*Y, ¿cómo está tan seguro de eso?*

—*La perilla del control de temperatura del agua fue quitada adrede. Cuando llegué estaba colocada en su lugar.*

—*Y ¿cómo sabe que se electrocutó con esa perilla?*

—*No dije eso... dije que la perilla había sido quitada a propósito y al tocar el metal, recibió una descarga eléctrica. Las marcas que tiene el muerto en sus dedos, así lo sugieren, Doctor.*

—*Ok, no entiendo mucho de electricidad, pero se supone que, aunque falte el aislante plástico de la perilla, ésta no debería producir una descarga, ¿verdad?*

—*Así es... pero aquí, la conexión fue alterada. La revisé y descubrí un cable agregado de manera tal que, cuando alguien tocara el control, se electrocutaría de inmediato. El asesino estuvo aquí antes, alteró los controles y cuando se aseguró que el senador había fallecido, colocó la perilla en su lugar y disimuló pruebas para que deriven la investigación hacia una muerte accidental. Más tarde, abandonó el lugar.*

—*Bien... es creíble su tesis. Pero ¿cómo sabía el asesino que el senador vendría exactamente a esta habitación?*

—*No lo sé aún, Será materia de investigación.*

—*¿Ya vieron las imágenes de las cámaras de seguridad?*

—*No, pero hasta donde sé solo se pueden observar vehículos que ingresan y egresan, pero no se distinguen rostros.*

—*¡Tonterías! Quiero ver esos videos... nuestros técnicos pueden mejorarlos de manera tal que sepamos quien ingresó al hotel con el senador.*

—*De acuerdo, Doctor. Mañana a primera hora las tendrá en su despacho...*

—*Creo que no me entendió... los quiero ahora mismo*

Marques miró al conserje y este asintió con la cabeza.

—*Ok, tráigalos ahora, entonces* — le dijo

Rato después, en la oficina del Fiscal...

—*Señor, revisamos las imágenes, pero no hallamos nada que nos dé un indicio de quien pudo ser el atacante. Muestran cuando ingresa el automóvil del senador, a quien se lo ve claramente, y a su lado, una mujer. Pero ella lleva lentes oscuros y sombrero. Además, se tapa la cara con una de sus manos. Lo lamento, pero no pudimos identificarla.*

—*¿Cómo saben que es una mujer?* —preguntó Marques

—*Porque hay otra filmación que muestra a una mujer, o al menos así lo parece, que un rato después sale corriendo desfavorada de la habitación.*

—*¿Se puede saber la hora en que ingresaron y en la que esta supuesta mujer huye?* —  
inquirió el Fiscal

—*Sí, 00:22 ingresan y 00:48 se ve a la mujer saliendo.*

—*Y, después de ello... ¿hay más movimientos?*

—*No lo sé... no continuamos viendo...*

—*Haga correr la cinta de nuevo, por favor...* —ordenó Marques.

El ayudante del fiscal proyectó la cinta desde el momento en que sale la mujer y Marques le pidió que lo haga desde el principio, cuando ingresan al albergue transitorio. Es entonces que se observa el automóvil llegando a la cochera de la habitación y también cuando descienden el senador y su acompañante. Minutos más tarde, se observa a la mujer huyendo, pero en ningún momento mira hacia las cámaras de seguridad. La cinta continúa avanzando y de pronto, alguien más aparece en escena... es a todas luces un hombre, de contextura pequeña, con un abrigo largo de color negro, sombrero y anteojos oscuros.

—*Que venga alguien de técnica* —ordenó el Fiscal Ramírez —*quiero que identifiquen a esta mujer, sea como sea. Y que sea rápido, ¿me entendieron? Ella nos dirá quién era el sujeto que sale más tarde.*

—*Sí, señor, enseguida*

### CAPÍTULO III

Lleva mucho tiempo así, de pie e inmóvil enfrentado al gran ventanal de su oficina en el piso catorce del anexo de la Honorable Cámara de Diputados de la Nación. Sus manos, entrelazadas a sus espaldas, eran lo único que se movía cada tanto. Sus dedos, de tanto restregarlos, están hinchados, enrojecidos y empapados en sudor. El teléfono, apoyado sobre uno de los esquineros del escritorio, ha sonado a intervalos intermitentes de cinco minutos durante las últimas dos horas. Simón Castro nunca atendió. Sabe de donde provienen las llamadas. Analía, su secretaria privada, no encuentra ya con qué excusa justificarlo: *“el señor Castro está en reunión, el señor Castro salió y ya no regresará, el señor Castro estará encantado de hablar con usted, pero hoy no podrá ser”*.

Pero hubo un timbre que él respondió con premura; fue el de su teléfono móvil...

—*Simón, quiero que vengas, tenemos que hablar y tiene que ser ahora mismo. Vení ya...*

—*¿Mismo lugar?* — interrumpió Castro

—*Sí...*

No hubo más diálogo; tampoco había más qué decirse.

En uno de los rincones del despacho hay un perchero valet. Simón Castro se acercó hasta él y descolgó su sobretodo de tweed verde inglés que cruzó prolijamente por encima del brazo izquierdo, se colocó un auténtico Borsalino de Alessandria y buscó la puerta de salida. En la antesala, Analía procura interceptarlo para entregarle la lista de llamadas que antes no respondió. Él, sin mirarla ni decir una sola palabra, la detuvo con un gesto de mano y se dirigió hasta los ascensores. Sabe que no necesita dar más explicaciones; llevan más de diez años trabajando juntos y ella entiende que de nada servirá insistir. Analía, ahora solo tiene que preocuparse por advertir a José, el chofer, para que lo aguarde con el motor del automóvil encendido y listo para partir.

Un poco más de veinte minutos necesitó para conducirlo a su destino. Castro se bajó del coche y le indicó que no lo espere, le dice que regresará caminando. Había mentido. Esperó a que el coche se perdiera en la esquina y caminó, presuroso, las dos cuadras que lo separan del lugar de reunión. El sombrero solo lo utiliza en estas ocasiones, para quedar al cubierto de cualquier cámara de seguridad callejera que pudiera captar la imagen de su rostro, aunque en esta ocasión el riesgo sería mínimo porque las lentes de los dispositivos probablemente estén empañadas por la llovizna persistente conque amaneció aquel día. Cada tanto, como si espantara moscas de allí, pasaba el dorso de su mano derecha por la solapa para quitar algunas gotitas de agua que se habían adherido a ella. Simón Castro ama a sus trajes rayados. Todos son a rayas; rayas grises, rayas azules o rayas negras, pero todos tienen rayas. Desde varios años solo viste trajes a rayas; pretende así que estas sean un distintivo de su personalidad; no como el del hombre del traje gris de la novela de Sloan Wilson, que era un conformista, sino más bien como el hombre de la canción de Joaquín Sabina, al que le robaron el mes de abril.

Oprime la tecla 9° A y segundos después escucha el sonido del portero eléctrico que destraba la cerradura de la puerta y libera el acceso al edificio...

Instantes después...

—*¿Me podés decir qué carajos está pasando aquí? ¡Primero Francisco y ahora Rogelio y*

*todo en la misma noche!* — preguntó con enojo el Juez Gabriel Sarachi

—*No lo sé, pero no creo que tenga nada que ver un caso con el otro. Debe ser una simple coincidencia... estoy seguro de que es así...*

—*Y, ¿por qué estás tan seguro? ¡Quizás la chiquita habló!*

—*No seas boludo... ¿cómo va a hablar si quedó inconsciente?*

—*Quizás algún pariente...*

—*¡Ya te dije que es huérfana y aquí nadie sabe quién es!*

—*¿Lo podés asegurar?*

—*¿Qué sé yo? Supongo que sí. La conocí en un bar y me dijo que recién había llegado al país...y sola. Esa noche estaba con el pibe francés y solo la volví a ver una vez más; ella ya estaba con Francisco. No sé más nada de su pasado...*

—*No sé... tal vez tendrías que averiguar más, llamar a la embajada de Albania, por ejemplo.*

—*En ese caso, no soy yo quien debe hacerlo... no soy albanés ni descendiente, siquiera. Pero en cambio ustedes sí.*

—*¡Sos un cagón! Podés entender que yo no puedo involucrarme en averiguaciones de una drogadicta. Soy juez federal... ¿sabés lo que eso significa?*

—*¿Qué te pasa, tenés miedo de que te relacionen con ella? ¡Te recuerdo que vos estabas allí, conmigo, con Rogelio, con Francisco y también con el pibe francés! Todos la cogimos, todos somos responsables.*

—*Sí, pero el que la drogó fue Francisco...y el pibe ni se enteró*

—*Y, eso ¿qué tiene que ver? estaba allí ¿no? Además, si Pancho no la drogaba iba a seguir gritando como una marrana ¿no? Falopeada era más fácil, pero eso no nos quita culpa. Si se despierta, nos manda en cana a todos.*

—*No se va a despertar... ya mandé a alguien a hablar con el médico que la atiende y dijo que no tiene salida, que solo resta esperar, que en cualquier momento se muere.*

—*Hay que estar atentos... puede fallar*

—*Si falla, ya tengo listos a los muchachos para resolver ese problema.*

—*Y ¿por qué no los mandás ahora y evitamos riesgos.*

—*Porque si hay alguien que la está vengando, seguro que estará atento a eso y si fallamos mejor que saquemos un pasaje a un lugar bien lejos.*

—*Gabriel, ¡no entiendo por qué creés que alguien la pueda estar vengando!*

—*Por el código Kanun...*

—*Por el código... ¿qué?*

—*Kanun... ¿acaso no sabés que es?*

—*No tengo ni idea...*

—*En Albania, si la cagás y te llevás puesto a alguien, no solo vas preso, sino que, lo más probable es que un familiar de la víctima busque a cualquier integrante de tu familia y mate al primero de ellos que tenga a mano. Esto me lo contó mi viejo y no sé si será cierto, pero resulta que, en el medioevo, existió un príncipe llamado Lekë Dukagjinit, o algo así, que escribió un código de leyes consuetudinarias que se transmitió verbalmente de generación en generación hasta nuestros tiempos. Algo así como la Ley de Talión o el “ojo por ojo, diente por diente”. Lo más llamativo de todo eran las deudas de sangre, por lo que una muerte debe ser vengada con otra muerte, y era extensivo a cualquier otra ofensa, incluso las sexuales. Si ella tiene un hermano, primo o algún familiar directo, puede querer escudarse en el código de honor y*

vengarla. *¿Entendés, ahora?*

—*Y ¿vos creés que haya alguien así?*

—*No lo sé, pero es una posibilidad, ¿no?*

—*Sí, pero para que eso ocurra, ella debió mencionar nuestros nombres antes de entrar en coma y eso no pudo ser posible. Cuando la dejamos ya estaba en coma...*

—*No importa... hay que averiguar.*

—*Está bien... buscaré a alguien discreto para hacerlo.*

—*¡No!... no quiero que involucres a nadie más... Cuantos más sepan de nosotros, más posibilidades de que nos atrapen habrá. Tenés que hacerlo vos mismo... en persona. Ya encontrarás la manera. Y, por favor, sé prudente. No tengo que recordarte que si te equivocas irás a parar a un calabozo con el mote de violador.*

—*Sí, no es necesario que me lo recuerdes...*

—*Ok... ponete a trabajar entonces...*

Dos horas después, el pabellón rojo con el águila bicéfala en el medio, le recuerda que acaba de ingresar en territorio albanés. En el interior del consulado, una sonriente mujer de treinta y tantos sale a su encuentro y le extiende su mano derecha a modo de saludo. Es delgada, elegante y de finos modales. Lo conduce hasta una oficina contigua a la recepción, le ofrece tomar asiento y algo para beber. Simón Castro intenta parecer distendido y disimula su nerviosismo con preguntas elocuentes y, aunque nada esté más alejado de sus intenciones que conocer sobre el significado de la bandera, escucha con atención cuando ella le habla de sus orígenes bizantinos o de cómo se traduce de su nombre autóctono Shqipëri en “tierra de las águilas”.

Pero, la mujer, sabe que él no está allí para conocer detalles introspectivos de su país, sino que otros son los motivos de su visita. No ahonda en más detalles y va al grano...

—*Señor Castro, supongo que usted no está aquí para hablar de nuestra enseña patria, ¿verdad?*

—*No, es verdad, aunque debo reconocer que siempre fui un entusiasta admirador de su cultura y estoy ávido de conocer más. Pero eso será en otra ocasión, seguramente.*

Ella, permanece con sus manos sobre la mesa del escritorio y los dedos entrecruzados. No responde y queda observándolo con una gran sonrisa dibujada en su rostro. El gesto incomoda a Castro, pero está en territorio ajeno y sabe que no debe cometer ningún error que dé lugar a sospechas. Algo así y aquí, será fatal.

—*Perdón por mi torpeza, pero olvidé su nombre, señorita...*

—*Señora... Muriel es mi nombre...*

—*Sí, sí... Muriel... vea, días pasados recibimos un pedido de antecedentes sobre una joven que, según pudimos identificar, es ciudadana albanesa. Ella está internada en grave estado y con pronóstico reservado y según los médicos que la atienden, su estado es irreversible. El motivo de mi visita es para averiguar si ella tiene algún familiar directo en el país, o en Albania, a quien podamos contactar para notificarlo.*

—*¿Cuál es el nombre de la joven?*

—*Soledad Starova*

—*Qué extraño...*

—*¿Qué ocurre?*

—*El apellido Starova es de origen albanés pero su nombre se identifica más con lo hispánico. Habrá que sondear si ella es nativa de Albania o si simplemente es hija de albaneses, pero nacida en este país. ¿Adónde me dijo que está internada?*

—*No le dije y tampoco lo recuerdo. Le haré llegar el nombre del hospital desde mi oficina.*

—*Ok, permítame hacer algunas averiguaciones y en cuanto sepa algo, se lo haré saber.*

Simón Castro, jamás consideró la posibilidad de que la joven Starova fuera nativa de este país y no extranjera, tal como sugirió la funcionaria albanesa. Poco faltó para que entrara en pánico. Si se comprobara esa teoría, entonces las probabilidades de que la joven tenga parientes en el país son demasiado elevadas. Necesita ganar tiempo. No dará el nombre del nosocomio hasta tanto se asegure de que Soledad Starova no pueda hablar. No hay riesgos que correr. Se despide de su interlocutora y regresa a su oficina.

—*Analia, por favor comuníqueme con el doctor Roncaglia de Migraciones*— ordena a su secretaria

—*Sí señor, enseguida.*

Herminio Roncaglia es el hombre indicado para hacer averiguaciones sobre Starova sin despertar sospechas. Todos lo llaman doctor, aunque no superó el quinto año de educación primaria. Pero Herminio Roncaglia, jubilado y a punto de cumplir los ochenta, continuó trabajando en el mismo lugar y lleva allí más de cincuenta años. Conoce como nadie a todos los vericuetos de la oficina de migraciones, a cada uno de los funcionarios y también a los que no lo son. Todos, quienes lo conocen, se nutren de sus conocimientos y pagan por sus servicios. Migraciones, es su familia real. A excepción de un hijo, a quien no ve desde años, no tiene a más nadie en este mundo. Nunca aclaró el por qué y miles de conjeturas se tejieron entorno a esa relación de padre e hijo, pero lo cierto es que ellos están distanciados desde mucho tiempo y tanto que, posiblemente, si se vieran hoy ninguno se reconocería en el otro. Herminio es de trato amable, es cordial con quienes negocia sus servicios y sonríe con franqueza. Pero quien lo mire a los ojos encontrará en ellos motivos de sobra para reconsiderar seriamente una pretensión de engañarlo. Herminio Roncaglia es un anciano, pero muchos poderosos le deben demasiado. Y él se jacta de ello.

—*¡Hola Simón, tanto tiempo sin vernos!*

—*Hola doctor Roncaglia...*

—*¿Qué necesitás?*

Roncaglia, a sabiendas de lo importante que puede ser la información que solo él puede conseguir, no duda en tutear a todos, pero se disgusta si hacen lo mismo con él.

—*Tome nota... Soledad Starova, cuándo entró al país, con quien, si tiene parientes acá... es decir, todo.*

—*Está bien... ¿Cuánto tiempo tengo?*

—*Nada...*

—*Entonces, ya conocés el procedimiento... el número de casilla es 2039*

—*Sí, doctor... en unos minutos nada más, el sobre estará allí*

Herminio Roncaglia jamás recibe un pago directamente. Utiliza sus contactos para disponer libremente de un apartado postal diferente todas las veces que así lo necesite y en algunas oportunidades, cuando esto no es posible, un Poste Restante, que por supuesto nunca está a su nombre. Los “*honorarios*” se introducen en un sobre cerrado y se dejan en alguna sucursal del correo. Así, nadie podrá vincularlo al tráfico de influencias. Simple y antiguo, pero absolutamente eficaz.

Tan pronto como constató el pago por sus servicios, Roncaglia investigó los antecedentes de la adolescente.

—*Simón, ya tengo lo que buscabas... Soledad Starova, nativa de Albania, es hija de Baskim*

*Bajraj y de Dorina Starova. Baskim era albanés igual que lo es Daniel Bajraj, su hijo varón. Dorina, es argentina, pero hija de albaneses. Soledad lleva el apellido de su madre e ingresó al país en marzo de 2011 con Daniel, su hermanastro. Baskim murió el año pasado en Albania y Dorina, en la actualidad, vive en Tirana y nunca regresó a la Argentina. Daniel, según los registros, salió del país ese mismo año y, desde entonces, se perdió todo rastro de él. No pude averiguar más nada. La piba, por lo visto, no tiene a nadie acá.*

—¿Hay direcciones, teléfonos o algo para contactarlos que me pueda facilitar?

—No me pediste eso...

—Ok, ¿me lo puede averiguar?

—No me cortes...

La línea quedó en silencio por unos cuantos segundos, hasta que...

—1143

—¿Qué es eso?

—No te hagas el boludo... sabés que es

—¡No puedo creer que me vaya a cobrar esto también!

—¿Lo querés o no?

—Sí, sí...

—Entonces pagá...

Y la llamada se cortó.

—¡Pero qué viejo de mierda! — pensó Simón Castro. Segundos después, ensobró unos cuantos billetes, lamió la banda de sellado y lo cerró asegurándose que nadie pudiera ver qué contenía. Entonces, ordenó a un cadete que lo despache sin demoras.

—Pibe, esto tiene que salir ahora mismo...no te entretengas con pelotudeces en el camino. Y te advierto, si lo llegas a perder, te corto las pelotas... ¿me entendiste?

—Sí, señor Castro...

—Me llamás no bien lo hayas entregado...

—Sí señor...

Dos horas más tarde, Analía golpea la puerta de su despacho e ingresa con un sobre en su mano.

—Señor Castro, trajeron esto para usted. Dijeron que era urgente.

—Gracias, Analía. Déjelo ahí, por favor— mientras le señala una mesita del tipo esquinero, de patas largas ubicada en el rincón próximo a la entrada.

Castro no demuestra ansiedad por conocer el contenido de aquel sobre, o al menos no le demuestra ante su secretaria. Sabe que todos sus movimientos deben ser los usuales. Después de las muertes de los senadores, todos los empleados de la Cámara están en alerta y atentos a cualquier actitud no habitual. Luego de que ella cerrara la puerta, Simón Castro corrió hasta allí y lo abrió torpemente. Está nervioso y sus acciones son toscas. Adentro encuentra una sola hoja que tenía garabateados algunos nombres apenas legibles con ocho números telefónicos, algunos con prefijo extranjero y otros locales. Pero, ninguno de los nombres coincide con los que Roncaglia mencionó antes. Una vez más, lo llama...

—Doctor, qué mierda es lo que me envió... los nombres no coinciden...

—Simón, estás muy nervioso y eso no es bueno para tu salud.

—Dejémonos de boludeces, doctor... ¿de quiénes son y qué los relaciona con la piba?

—No tengo ni idea...parece ser que al viejo de ella lo mataron el año pasado por no sé qué cosa... Kabún, Kanun o algo así me dijeron.

—Sí, había escuchado antes de eso...

—La lista que te mandé, aparentemente, es de unos tipos no tienen nada que ver con los asesinatos, pero saben que, si asoman la nariz afuera, se la borran de un escopetazo. Los tienen encerrados en sus casas, dónde aparentemente están fuera de peligro, pero si salen...son boleta. Sus nombres imagino que son falsos y los han adoptado para protegerse, pero no estoy seguro. Y la piba Starova los conoce a todos. Llama y averigua...

—Está bien... veré que hago. Gracias

Roncaglia nunca le dijo a Simón dónde había obtenido aquel listado de nombres y teléfonos, pero su fama lo antecede y nadie, en su sano juicio, pondría en duda de la veracidad de los datos.

Castro, arrumbado sobre su sillón ejecutivo, quedó pensativo y en silencio por largo rato. Blandía el papel y se abanicaba con él, pero nada más era una reacción inconsciente. Los cristales de las ventanas estaban empañados y el frío era demasiado para que sintiera la necesidad de echarse aire fresco en el rostro. Varias veces digitó el número de Gabriel Sarachi, pero antes de que el teléfono comience a llamar, cortó. Duda de hacerlo, no confía en él. Lo conoce bien y sabe que Sarachi es un hombre sin escrúpulos, capaz de traicionarlo si con ello evita que la culpa recaiga en su contra. Simón Castro, tiene en su poder un documento valioso. Los nombres que figuran allí pueden ser el pasaporte para liberarse de sus preocupaciones, pero también, si cae en manos equivocadas, un motivo de peso para inculparlo como único responsable del coma de Soledad Starova. Y se pregunta: ¿Quién le puede garantizar que Sarachi no caiga en la tentación de llamar al azar a uno de ellos y mencionarlo como sospechoso de la violación de la adolescente? Una sola llamada y se desataría una caza de brujas con resultados imprevisibles para él. Todo su prestigio, como asesor de la legislatura, se arruinará en un solo instante. El escarnio público está a solo un paso y ese es un riesgo que no está dispuesto a correr. Sus planes a futuro son los de ocupar una banca en la Cámara de Senadores y algo así puede dejar trunco a sus proyectos.

Ya lo decidió, nada dirá y continuará por su cuenta con la investigación. Pero, ¿por dónde comenzar? Marcar cualquiera de los números que figuran en el listado significa lisa y llanamente identificarse. Y, entonces perdería el anonimato. Si se verifica la sospecha de que hay alguien vengando la suerte corrida por Soledad Starova, es probable que su nombre figure en alguna nómina en poder del asesino y solo le allanará el camino hacia él. No, eso sería un error. Por otra parte, hacerlo como funcionario preocupado por la víctima sería pecar de ingenuo... ¿Quién se tragaría el anzuelo de que una extranjera drogadicta despierta tanta preocupación en un simple asesor de diputado para que éste se ocupe personalmente de ubicar a sus familiares, cuando ni siquiera está muerta?

Sin saberlo, la respuesta estaba en camino y venía directamente hacia él.

—Señor Castro, está el inspector Marques, de la policía federal... ¿lo hago pasar?  
—preguntó Analía por el intercomunicador

Castro tragó saliva antes de responder. La última persona que quisiera ver hoy es precisamente a un policía. Pero no podía oponerse. Hacerlo le grabaría en medio de la frente el mote de sospechoso. Le pidió unos minutos aduciendo estar ocupado con sus tareas legislativas. Pero en realidad, necesita de ese tiempo para realizar ejercicios de respiración para bajar sus pulsaciones y así dar una imagen de hombre controlado. Luego de muchas sesiones de yoga, esta es la primera vez que encuentra una buena razón para continuar practicándola sin que le parezca una pérdida de tiempo. Seis meses antes, Castro se dejó seducir por una jovencita que lo convenció de ir en busca de la bendición de la Trimurti y desde entonces concurre asiduamente cuatro veces por mes,

aunque el motivo siempre fue una excusa para seguir viéndola y al final de cada práctica hacer el amor con ella.

Minutos después ordenó a su secretaria que haga pasar a Eugenio Marques.

—*Inspector, ¡placer de conocerlo!* — le mintió al tiempo en que le extiende su mano para saludarlo con una enorme sonrisa tantas veces practicada cuando se encienden las luces de las cámaras de televisión.

—*Lo mismo digo, Diputado...* —respondió Eugenio imitando sus gestos y con idéntico grado de hipocresía.

—*¡Ja, ja, ja! Le agradezco el título, pero no soy Diputado, sólo un insignificante asesor legislativo.*

—*Ah, ¡pero que torpe soy! Le pido mil disculpas* —se excusó Marques, fingiendo desconocer las ocupaciones de quien tiene enfrente.

Marques lleva tantos años en la fuerza que ha perdido la cuenta de las veces que tuvo que entrevistarse con personas vinculadas al poder y sabe a ciencia cierta que la adulación es parte sustancial para lograr respuestas más veraces. En la mayoría de los casos, sus entrevistados de menor rango, aman que los confundan como legisladores. Una lisonja aplicada en el momento adecuado logra que estas personas adopten una postura de moderada altivez y segundos después la libido hace el resto: la seguridad que les provoca sentirse importantes los lleva a hablar más de la cuenta, a decir lo indecible, aun cuando sea con gestos más que con palabras. Marques ya tiene a Castro donde quiere... ahora solo resta escuchar lo que tiene para decir, pero más con los ojos que con los oídos.

—*Dígame, Inspector... ¿qué lo trae por aquí?*

—*Imagino que no desconocerá que recientemente ha habido dos muertes que enluta a todo el círculo político del país, ¿verdad?*

—*No, por supuesto que no... dos personas honorables, capaces y por sobre todas las cosas, preocupados por el bienestar de todos los habitantes de éste, nuestro bien amado país. Dos políticos de raza, honrados hasta las vísceras, hombres de familia... en fin, se han ido y nos han dejado un vacío en nuestras almas, imposible de llenar.*

—*Comprendo* —dijo Marques mientras recordaba al primero, muerto a escasos metros de su casa sin que nadie lo esperara, y al otro sumergido en la tina de un hotel alojamiento, a donde seguramente había concurrido con alguien que no era su esposa. “*Hipócritas*”, pensó. — *A propósito, señor Castro, tengo entendido que usted estaba relacionado directamente con ambos legisladores... ¿es verdad?* — Gatilló la pregunta sin piedad esperando ver su reacción. Castro tragó saliva y el gesto no pasó desapercibido para el inspector Marques. Pero enseguida se repuso y respondió con seguridad, a pesar del incordio que evidencia

—*¡Así es, inspector! Fue un verdadero honor haber trabajado junto a ellos...* —dijo procurando compunción en sus gestos y palabras.

—*¿Qué cree que pasó?*

—*Disculpe, pero no entiendo la pregunta...*

—*¿Por qué cree usted que los mataron? Es evidente que algo los relacionó desde el momento en ambos fueron abatidos con diferencia de pocas horas... ¿Qué le sugiere eso?*

—*Nada, inspector, no soy investigador. Y tampoco puedo imaginar los motivos por los que los ultimaron. Políticamente tenían adversarios, pero no enemigos y ambos formaban parte de comisiones de poca relevancia donde se tratan casos que no generan demasiadas discordancias. No, inspector, no encuentro ningún motivo por el que alguien quisiera*

asesinarlos.

Simón Castro comenzó a incomodarse y supo que si esto se convierte en un interrogatorio se verá envuelto en una telaraña difícil de eludir. Fue entonces cuando vislumbró una escapatoria. Se tomó unos cuantos segundos para evaluar la idea, pero Marques insinuó una nueva pregunta y eso le restó tiempo para desarrollarla por completo. Y entonces se arriesgó...

—Inspector, no sé si esto que encontré en el despacho del Senador Barleti se pueda relacionar con su muerte, pero quiero que lo tenga. Por supuesto que le voy a pedir tenga la máxima discreción posible. Desconozco si estas anotaciones corresponden a su vida privada o es algo relacionado a su gestión como Senador. Prométame que no lo va a difundir...

—Claro, señor Castro... ¿de qué se trata? —respondió intrigado el inspector

—En los últimos cuatro años fui al despacho de Barleti, al menos dos veces por día y sé exactamente cuántos documentos hay allí y también su contenido. A este manuscrito jamás lo había visto y tampoco sé de qué se trata. Cuando lo vi, lo tomé de inmediato y lo traje conmigo. Me resultó extraño. No me pida explicaciones porque no las tengo y tampoco quiero se me relacione con él. Quiero que quede claro algo: yo no fui quien se lo dio. Fue usted quien lo halló al inspeccionar el despacho del Senador. Porque, imagino que ya lo hizo, ¿verdad?

—No, no lo hice. Esperaba que usted me franquee la puerta para poder hacerlo.

—¡Noo, inspector, yo no puedo hacer eso! Va en contra de las reglas. Usted deberá seguir el protocolo y solicitar judicialmente una inspección. Mire inspector, soy un hombre práctico... sé que conseguir esa orden le va a llevar mucho tiempo y para entonces, si había alguna prueba, seguramente ya desapareció. Voy a salir de aquí con cualquier excusa y mientras tanto usted fotografía este papel. Si alguna vez se filtra esta información, el único responsable será usted. Fue usted quien obtuvo este documento de manera ilegal. ¿Está dispuesto a correr ese riesgo?

—Vaya Castro y mientras tanto lo pienso...

Supo entonces que ya nada había que agregar.

Simón Castro, satisfecho consigo mismo, logró quedar afuera de toda sospecha porque ahora será el inspector quien investigue aquellos nombres y aquellos números telefónicos. Si su intuición no falla, a Marques no le resultará difícil vincular al asesino con aquella lista y muy pronto el peligro habrá desaparecido. Y más aún, muertos Barleti y Hasko, quien mejor posicionado está en la línea sucesoria, o al menos, con mayores posibilidades de reemplazar a uno u otro, será él mismo. Su sueño de convertirse en Senador está al alcance de su mano. Pero, sin saberlo, el efecto de sus pensamientos cobardes había comenzado a zozobrar. El inspector Marques jamás creyó que aquello había sido una mera casualidad. Cuando Castro regresó a su despacho, Eugenio Marques ya se había ido.

## CAPÍTULO IV

El inspector Marques se ubicó en el asiento trasero de la patrulla. El sargento Torres se extrañó porque él jamás se sienta allí. Marques suele ir del lado del acompañante, quizás para estar presto ante cualquier emergencia o quizás porque no tiene aires de divo y acepta tener chofer solo porque odia conducir. Pero Torres pronto comprendió que el inspector solo necesitaba de mayor espacio para esparcir sobre el asiento algunos papeles que observaba con detenimiento, aunque no parecía leer en ellos nada en especial. Solo los observaba como si buscara algo que los relacionara entre sí. Y, Torres, intrigado preguntó...

—*¿A dónde vamos, señor?*

—*Solo conduzca, Torres, solo conduzca...*

—*¿En cuál dirección?*

Marques, solo levantó su mirada y fue suficiente... Torres comprendió la orden. Minutos después, el inspector llamó por teléfono al primero de los nombres que figuran en la lista que Castro le mostró en su despacho.

El código de área corresponde a la ciudad de Buenos Aires.

—*Hola... escuchó del otro lado de la línea*

—*¿Señor Vladislav Lop?*

No responde, queda en silencio. Marques repite la pregunta...

—*¿Señor Vladislav Lop? Habla el Inspector de policía Eugenio Marques*

Segundos después...

—*Sí... soy Vladislav Lop. ¿Qué necesita?*

—*Hablar con usted... ¿dónde lo puedo encontrar?*

—*¿Qué necesita de mí?* Preguntó Lop en voz baja y con hablar pausado. Marques supo que debía ser cuidadoso. Aquella voz titubeante denotaba desconfianza y eso solo ocurre cuando alguien tiene miedo. Miedo de ser atrapado o miedo a ser descubierto y en cualquiera de los casos el riesgo a perder el contacto está tan solo a un par de segundos.

—*Señor Lop, solo estoy investigando un listado de personas y necesito que usted me indique si conoce a alguno de ellos. Tan simple como eso. ¿Podemos encontrarnos en algún lugar?*

—*¿Qué lista es esa?*

—*Una lista donde parece su nombre y el de otras personas con apellidos extranjeros y por lo que deduzco todos son de la misma etnia.*

—...

—*Señor Lop, ¿está ahí?*

—*¿Conoce el Shopping que está en Panamericana y Edison, en Martínez?*

—*Sí, claro...*

—*Nivel 1, en frente de los sanitarios y al lado del puesto de bijouterie, en dos horas. ¿Puede llegar hasta allí?*

—*Sí... y ¿cómo lo reconozco?*

—*Yo lo reconoceré a usted...*

Marques supo que no debía arriesgarse y no insistió; creyó que había encontrado la punta del ovillo. Antes de la hora estipulada, estuvo en el lugar. Observó a todos y cada uno de quienes estaban allí, pero ninguno le resultó sospechoso. Solo dos, que parecían esperar a alguien, se

saludaron con unas mujeres que antes habían salido de los sanitarios y juntos se alejaron poco más tarde. Decidió ganar algo de tiempo y esbozar una estrategia. Evacuar sus líquidos es el método al que suele recurrir para pensar mejor cuando algo le intriga y entonces se dirigió a los mingitorios. Un hombre alto y fornido se paró a su derecha y sin mirarlo le dijo que lo siguiera. Marques aún no había concluido con sus necesidades fisiológicas, pero las detuvo y apuró un enjuague rápido de manos antes de alcanzarlo. El hombre camina rápido y poco faltó para que lo perdiera entre la muchedumbre. Subió hasta el tercer nivel y se dirigió al patio de comidas. Buscó una mesa algo aislada y se sentó a esperarlo. Marques se ubicó enfrente de él y cuando quiso estrecharle la mano, el hombre hizo un gesto de rechazo y atinó a levantarse. Quizás fue un acto reflejo y creyó que lo iba a esposar.

—*Discúlpeme, no quise asustarlo...* —Dijo el inspector

El hombre volvió a sentarse y nada dijo, solo quedó mirándolo fijo y con gesto adusto. Hasta que...

—*Muéstreme la lista...* —ordenó

El inspector Marques había impreso la fotografía que había tomado de la nómina que le ofreció Simón Castro, pero cuidando de eliminar cualquier detalle que pudiera identificarla con su teléfono celular. Nadie deberá saber que él había tomado esas imágenes. Vladislav Lop cogió el papel y en silencio revisó cada uno de los nombres que figuran en él. Cada tanto hacía una mueca indescriptible, pero eso fue todo. Una y otra vez la repasó de arriba hacia abajo y de abajo hacia arriba. Y entonces, despectivamente la dejó caer sobre la mesa. Y preguntó...

—*¿En dónde la obtuvo?*

—*Eso no le incumbe... ¿reconoce a alguien?*

—*Inspector, si no responde a mi pregunta, me levanto y me voy... y no se atreva a detenerme. No vine solo... créame, nada tenemos que perder. Ahora dígame... ¿dónde la obtuvo?*

Marques suspiró y comprendió que de nada serviría no responder. La mirada de Lop era tan fría y lejana que lo convenció de que sus amenazas eran serias.

—*Estaban en las oficinas del Senador Barleti*

—*Ahá... y, usted cree que entre nosotros hallará al asesino, ¿verdad?*

—*Nunca dije eso, pero es una probabilidad... dígame usted si eso no es así...*

—*Inspector, ustedes jamás entenderán a mi pueblo. En Albania hay costumbres que aquí se horrorizarían de conocerlas. Todos nosotros estamos sentenciados y la muerte puede estar a la vuelta de la esquina y nada podemos hacer para evitarla. Los nombres que figuran en esa lista son de personas que nada tienen que ver con asesinatos, ni robos, ni violaciones y así y todo muchas personas nos buscarán incansablemente por todo el mundo hasta eliminarnos y todo porque algún integrante de nuestras familias cometió, en el pasado, un crimen. Los deudos de las víctimas tienen derecho a recomponer su dolor matando a uno de nosotros.*

—*Ok, pero aún no me ha dicho que tiene que ver Barleti con quienes figuran en esa lista...*

—*Barleti es un albanés más, solo que se nacionalizó argentino muchos años atrás.*

—*¿Y?*

—*Él fue quien nos proveyó de una identidad falsa y nos abrió las puertas de este país.*

—*Y a cambio de nada, imagino...*

—*Imagina mal... él mantenía nuestro anonimato a cambio de un dinero mes a mes. Nos extorsionó siempre con dar a conocer nuestros paraderos si no pagábamos... pero, aunque nos alegramos cuando leímos en los diarios que lo habían asesinado, puedo asegurarle que ninguno de nosotros lo hizo.*

—Y yo debo creerle, ¿verdad?

—Sí

—Usted sabe que no será así...

—Y lo comprendo, pero si no quiere perder el tiempo con falsas pistas, le sugiero que apunte la investigación hacia otro lado. No puedo obligarlo a pensar en nuestra inocencia, pero sí puedo pedirle que no descarte otra opción. Accedí a verlo porque su fama lo precede... sé que es un policía honesto y que no se deja engañar. Piense en mí... ¿qué hubiese perdido si no respondía a su llamado? Usted no sabía quién era yo ni dónde encontrarme. Solo queremos vivir en paz y sin miedo.

—Cuénteme como fue que contactaron a Barleti la primera vez.

—No fuimos nosotros... hubo una jovencita cuyo nombre no recuerdo. Ella llegó al país mucho antes y anduvo deambulando de un lado a otro probando suerte por aquí y por allá. Hasta que conoció a un muchacho que hablaba con acento, pienso que podría ser galo. Y entonces su vida cambió de repente. Autos, lujos, fiestas y viajes... todo el glamour de la buena vida la envolvió. Ella sabía de nosotros. Ya través suyo conocimos a Barleti. Luego le perdimos el rastro hasta que unos meses atrás supimos que la habían encontrado casi muerta en una torre de Puerto Madero. Y eso es todo.

—Aún no me ha dicho nada que pueda convencerme de que ninguno de ustedes es culpable.

¿Conoció al Senador Hasko?

—Sólo de nombre, pero jamás lo vi.

—Él, ¿también era albanés?

—No lo sé... por su apellido puede ser.

—¿Dónde puedo hablar con el resto de sus compatriotas?

—Inspector... ellos están aterrorizados y no creo que accedan a mostrarse.

—Señor Lop, ¿nunca se les ocurrió pedir ayuda en su embajada?

—Veo que sigue sin entender... ¿escuchó hablar alguna vez del código Kanun?

—Algo...

—Ok, y entonces... ¿cree que la embajada nos va a proteger?

—¡No veo por qué no!

—Porque el código Kanun está institucionalizado y jamás fue prohibido, a excepción del período en que en Albania gobernaron los comunistas. Es como un derecho milenario... No señor, jamás pediríamos protección de la embajada...

—No obstante, ellos deben tener sus nombres registrados como ingresados al país...

—Probablemente... no lo sé y espero que no sea usted quien se los provea

—Está bien, si los asesinos no fueron ustedes... entonces, ¿quiénes?

—Eso es algo que deberá averiguar, inspector.

—Esperaba que pudiera darme ciertos atisbos que los aleje de las sospechas...

—Inspector, ya hablé más de lo que estaba dispuesto a hacer...

—Sabe que puedo arrestarlo por portar identidad falsa, ¿verdad?

—Sí, lo sé, pero creo que usted busca a unos asesinos, no a inmigrante ilegal. Además, inspector, ¡no juguemos al gato y al ratón! Está perdiendo su tiempo. Creo que es momento de irme. Hablaré con algunos de los que conozco de la lista y les pediré que se comuniquen con usted. Pero no se extrañe que nadie lo llame.

—Gracias por su amabilidad, señor Lop.

Lop asintió con la cabeza, se puso de pie y se perdió entre la muchedumbre. Marques

permaneció pensativo por unos cuantos minutos hasta que el timbre de su teléfono lo interrumpió...

—Inspector, ¿dónde diablo se ha metido? Llevo horas tratando de ubicarlo...

—¡Dr. Ramírez, buenas tardes!

—Sí, sí, buenas tardes... ¡dejémonos de galanterías! Habíamos quedado que vendría a mi oficina, ¿verdad?

—Y lo hice, doctor... —mintió Marques

—¡Vamos, inspector! No crea que soy estúpido, por favor. Venga de inmediato... hallamos a la mujer que huyó de la escena del crimen del senador Hasko.

—¡Perfecto, doctor! ¿Ya la interrogó?

—No y no creo que pueda hacerlo... está internada en terapia intensiva con un coma profundo en el Hospital General de Agudos.

—¿Al menos saben su nombre?

—Soledad Starova

Marques apenas si escuchó el nombre. Aún retumba en su cabeza el lugar donde la hallaron. Victoria, su esposa, trabaja como enfermera allí y probablemente obtenga más datos a través de ella que de cualquier otra manera.

—Hola mi amor, necesito que me averigües algo... ¿podés?

—Eugenio, sabés que no me gusta que me incluyas en tus investigaciones.

—Lo sé... lo sé, pero solo quiero que me digas si hay allí, una internada de nombre Soledad Starova y cuando fue que la llevaron... sólo eso...

—Te llamo en unos minutos... pero, Eugenio, solo te haré este favor... no me pidas nada más, ¿entendido?

—¡Claro, amor... claro!

Al rato...

—Ingresó inconsciente hace exactamente un mes y nueve días...

—¿Estás segura?

—¡Absolutamente!

—Gracias... te debo una.

—No, no me debes una... me debes muchas más.

Eugenio Marques no pudo responder, su esposa ya había cortado la comunicación. Él sonrió con picardía cuando escuchó el silencio al otro lado de la línea. Ama a esa mujer.

Entretanto, el Sargento Torres, que había presenciado el encuentro entre el inspector Marques y Vladislav Lop, simula deleitarse con un cono de papas fritas mientras vigila discretamente los movimientos de cada uno de los parroquianos aledaños a él. Viste de civil para no ser reconocido como policía. Está cerca de su jefe por si acaso la situación se saliera de sus carriles y tuviera que actuar para secundarlo. Sospecha que, desde algún lugar del salón, alguien está cubriendo las espaldas de Lop. Pero nadie parece sospechoso y tampoco ninguno se levanta de su asiento cuando Lop se retira.

Marques permanece en el lugar y parece ajeno a todo. Revuelve incesantemente el café de su pocillo, aunque éste ya se ha enfriado y sabe que así no lo beberá. Cientos de imágenes rondan en su mente y las preguntas sin respuestas lo atosigan sin cesar...—“¿Por qué el Fiscal había cometido tamaño error de creer que la sospechosa mujer que salió del albergue transitorio era la misma que un mes antes del crimen había ingresado inconsciente al hospital?... ¿Existen intereses políticos para desviar la investigación y el fiscal es cómplice?... Y Simón Castro, ¿qué

*motivos tuvo cuando le entregó la lista con los nombres de quienes supuestamente fueron extorsionados por su jefe político? ¿Dónde quedó su lealtad? ¿Alguien recuerda que luego de la salida de la muchacha, se vio a un hombre abandonar el lugar ocultando su rostro y cubriéndose de las cámaras?*

## CAPÍTULO V

“*Dr. Stroll...Dr. Stroll, lo solicitan en administración...Dr. Carlos Stroll, Dr. Carlos Stroll, lo solicitan en administración*” anuncia la joven por el altavoz. La tarde se hizo noche y en Buenos Aires ha comenzado a llover copiosamente. En el playón del Hospital General de Agudos, los choferes de las ambulancias hacen malabares para acercarse y poner, a sus trasladados, a resguardo del vendaval que se ha desatado en la ciudad. En el segundo nivel, en la sección A de terapia intensiva y en una pequeña habitación, está Soledad Starova. Con cortinas mini-band como único cerramiento para darle privacidad y conectada al monitoreo electrónico, permanece con sus ojos cerrados e inmóvil sobre la cama cuyo respaldar apenas elevado expone a su rostro angelical. Nadie ocupa el único sillón para acompañantes que hay dispuesto en uno de los rincones. A su derecha, una mesa diminuta y vacía. No se oyen ruidos en los alrededores y las pocas conversaciones que se escuchan son en tono apenas audible. A pocos metros de allí, alguien solloza. El pitido rítmico de un monitor cardíaco ha detenido su intermitencia. Ya no se oye ningún sonido metálico, solo palabras de consuelo.

En eso, alguien ingresa a su estrecho cubículo. Vestida de enfermera la mujer se acerca a joven inanimada, toma su mano izquierda y la gira palmas arriba. Presiona la arteria radial y toma su pulso. Examina sus pupilas y anota en su planilla los datos que arrojan los monitores de conteo. Nada cambia en la expresión de Soledad Starova. Tampoco se altera el ritmo cardíaco y su respiración continúa pausada y silenciosa. La mujer guarda sus enseres en el maletín médico y queda de pie observándola por un momento, en silencio, contemplando sus bellas, pero ya deterioradas facciones. Hasta que, se inclina sobre su frente y la besa allí, delicadamente. Y entonces...—*¡No te rindas, mi amor! ¡Ya verás cómo pronto te habrás librado de la escoria que te trajo hasta aquí!* — Soledad Starova, desde su exánime expresión parece responderle “*No te apiades de ellos*”

Mientras tanto y tres horas antes...—*Dr. Ramírez, un tal Simón Castro está al teléfono y quiere hablar con usted*— dijo Celeste, la secretaria del Fiscal Ramírez

—*No conozco a ningún Simón Castro... ¿Quién es?*

—*Dijo que es asesor del senador Barleti...*

—*¿Del muerto?*

—*Supongo que sí, doctor... ¿otro senador que se apellide Barleti?*

—*Y, ¿qué quiere?*

—*No me dijo... pidió hablar con usted*

—*Ok, pásemelo...*

—...

—*Dr. Castro ¿qué puedo hacer por usted?* —preguntó el fiscal

—*Dr. Ramírez, ante todo quiero aclararle que no soy doctor... solo soy un simple perito*

—*Ah, ok... y ¿perito en qué?*

—*Perito en granos... trabajé años en la vieja Junta Nacional de Granos, que desgraciadamente hoy no existe.*

—*Me dicen, señor Castro, que usted fue asesor del senador Barleti...*

—*Así es...en derechos humanos*

—Ah... (*¡un perito en granos, asesor de derechos humanos... humm!* pensó el fiscal extrañado)

—*Dr. Ramírez, tanto la familia del senador Barleti como la del senador Hasko, me han pedido que me interiorice sobre los avances de la investigación sobre sus decesos. Por esa razón lo estoy llamando...*

—*Comprendo, pero lamentablemente rige un secreto de sumario. No veo cómo pueda ayudarlo, señor Castro...*

—*Vamos, doctor, usted y yo sabemos que sí puede hacerlo...*

—*... ¡no sé por quién me toma, si le digo que hay secreto de sumario, es porque nada puedo hacer!* —gritó enervado por la sugerencia de Castro.

—*Está bien, señor Fiscal. Lo comprendo. Pensé que podíamos trabajar juntos...creo que puedo aportar más de lo que se imagina. Pero veo que me equivoqué... tendré que seguir en contacto con el Inspector Marques, entonces...*

—... (Ramírez, al escucharlo, quedó estupefacto)

Castro, fogueado por las infinitas noches de la política, donde se tejen las innumerables tomas y daca del poder, se ha vuelto un experto en generar expectativas con tan solo dos palabras. Necesita imperiosamente conocer cuánto sabe la justicia sobre ellos y hasta dónde han avanzado con las investigaciones. Nada impacta más en el orgullo de un hombre que verse a sí mismo prescindible y Castro, sin medir riesgos, le ha insinuado que puede obtener lo que quiere de Marques. Necesita desestabilizar al fiscal y sabe cómo hacerlo. Tiene entrenamiento y conoce todas las artimañas habidas y por haber. Fue por eso que lo llamó por teléfono, para sondearlo, para conocer su temple, para estudiar sus reacciones. Ahora ya lo tiene donde quiere, con la autoestima baja y la intriga carcomiéndole las tripas. Ramírez, nunca debió responder su llamado. Alguien, como él, que conoce su poder, simplemente lo ejerce sin más y delega a estas nimiedades en sus ayudantes. El fiscal había cometido un error y lo pagará caro.

—*Está bien, está bien...* —dijo carraspeando para aclarar su voz luego de comprender su equivocación...— *estoy yendo hacia el Hospital General de Agudos a entrevistar a una testigo; si no tiene inconvenientes podemos encontrarnos allí y hablamos en persona...*

—*¿Hospital General de Agudos? ¿Cuál de todos?* —preguntó Castro para confirmar

—*El Argerich...*

—*Ok, lo veo allá, entonces...*

En el ínterin, Marques había decidido adelantarse al fiscal y llegó al hospital unos minutos antes. Quería ver antes y a solas a Soledad Starova. En la mesa de entradas, sin identificarse, preguntó por ella. Corrió escaleras arriba hasta el segundo piso y cuando ingresó al pabellón de terapia intensiva fue interceptada por una enfermera que le preguntó...—*Disculpe señor ¿a quién busca?*

Sabiendo que, si esto llegaba a oídos de su esposa iba a estar en serios problemas con su esposa, respondió...

—*Hola enfermera, soy el inspector Marques, esposo de Victoria Gaspar...*— y nada más agregó, esperando la reacción de aquella mujer. No se equivocó, no fue necesario nada más, ella sabía que el esposo de Victoria era policía, aunque jamás lo había visto en persona. Le creyó...

—*¡Ah!... hola inspector... Victoria debe andar por aquí... seguramente está haciendo su ronda. ¿quiere que lo ayude a hallarla?*

—*No, no... gracias, no quiero quitarle su tiempo. Yo lo haré...a propósito... ¿Victoria Starova?*

—*Aquí mismo, en aquel box...sígueme, por favor*— la enfermera caminó unos cuantos pasos y sin detenerse le señaló el lugar y continuó con su camino. Al hacerlo estaba violando una disposición judicial, pero eso, ella lo sabría más tarde.

—*Gracias, esperaré a Victoria aquí, entonces...*

La mujer respondió con un saludo con su mano alzada y se alejó. El inspector, descorrió la cortina y vio a la mujer de espaldas. Ella giró y entonces ambos quedaron boquiabiertos...era Victoria...

—*¡¡¡Eugenio!!!, ¿qué hacés aquí?*

—*Ho...hola, Viole...*—respondió tartamudeando por la sorpresa.

—*Eugenio, no podés estar aquí... me estás comprometiendo. Por favor, salí de acá ya mismo...*

—*No te preocupes, el fiscal Ramírez está en camino. Viene a ver a esta niña y nada más quise adelantarme. Nadie va a decirte nada...*

—*Cuando él llegue y presente lo que tiene que presentar ante el hospital, entonces estará todo bien...pero antes de eso nadie puede entrar y cuando digo nadie, es nadie...*

Marques parece no escucharla. Su mirada está puesta en la mujer postrada. Ha quedado obnubilado por su belleza que, aunque con evidentes signos de deterioro, sus finos rasgos no han desaparecido. El estrés y la falta de sueño le arrugaron la piel y formaron enormes bolsas azuladas rodeando a sus ojos, que, a pesar de ello, no lograron opacar al azul profundo de sus iris. Su cabello, ahora graso y desprolijo deja entrever luces doradas que a duras penas escapan de aquella maraña — *¡qué sacrilegio!* —pensó.

Entre tanto, Victoria insiste y lo toma de la mano en intenta guiarlo para salga del box, pero él la interrumpe...

—*Es ella, ¿verdad?*

—*Ella, ¿Quién?*

—*Soledad Starova...*

—*Sí, pobrecita...la destruyeron...*— De pronto, Victoria olvidó todo su enojo y su mirada se enterneció.

—*¿Por qué decís que la destruyeron...por los que le proveyeron la droga?*

—*En parte...*

—*No te entiendo...*

—*No lo divulgues, hay un juez que dictó secreto de sumario y no puedo hablar, pero la pobre está toda rota...a esta chica la violaron y no una, sino muchas veces y desde mucho tiempo atrás...mirá esto* —y Victoria le muestra el parte médico después del exhaustivo examen físico que le realizaron luego de su internación. Marques lo lee con determinación y al concluir resopla con indignación...

—*¡Pero qué hijos de puta!... ¿Cómo puede haber gente tan jodida?*

—*Sí, eso mismo me pregunto. ¡Ojalá que se pudran en el infierno...malnacidos hijos de putas!*

—*¡Amor! Nunca te escuché hablar así. Creo que le debes una visita al padre Braulio.*

—*¡Sí, tenés razón! ¡Qué Dios me perdone! Es que veo esto todos los santos días y estoy indignada... indignada con la justicia, indignada con la hipocresía de los jueces que si los atrapan los largan enseguida, por la falta de pruebas...indignada con los políticos que nada hacen para evitarlo y hasta indignada conmigo misma...*

—*Y vos ¿qué culpa tenés... que tenés que ver en todo esto?*

—Nada, pero a veces me pregunto si uno no debería comprometerse más y exigir que la justicia sea justicia y no la bazofia que es ahora...

—Dejá eso a la policía y a los jueces...

—Sí, maldita sea...siempre lo mismo...siempre lo mismo

—...(silencio)

—¿Puede escucharnos? —preguntó Eugenio intentando calmar los ánimos y desviar la conversación en otro sentido.

—No lo sé... espero que sí.

—¿Alguien la visita?

—No. Al principio venía un chico, joven, lindo y avejentado igual que ella, pero ya no...

—¿Existe algún registro de su nombre?... ¿algún teléfono donde ubicarlo?

—No lo creo, Eugenio... vos sabés...

—Está bien, pero en las cámaras del acceso tiene que haber alguna imagen de él. Alguien tiene que poder reconocerlo, ¿no?

—No, porque hace unos días descubrieron que toda la memoria del sistema de seguridad se había borrado y nadie sabe cómo fue.

—¡Mierda! ¿quién estará detrás de todo esto para que se tomen tanto trabajo para borrar huellas? Y, ¿en la nube no quedaron registros?

—No lo sé... supongo que para averiguar eso están ustedes, ¿no?

—Mmmh...

—No te enojas... no lo digo por vos, pero ¿entendés por qué dije lo que dije? Acá cualquiera hace lo que se le canta y nadie hace nada para corregirlo...

Minutos después, en el segundo nivel, la puerta del ascensor se abre y de él emergen el fiscal Ramírez y Simón Castro. El inspector Marques va a su encuentro. Victoria concluyó con sus tareas de testeó y tildó uno por uno cada dato de medición obtenido de los instrumentos a los que está conectada la joven Starova y continuó con su rutina habitual en el piso. Vio a su esposo ir en dirección de los hombres y salió por detrás de él. A mitad de camino lo alcanzó y sin mirarlo, se adelantó a él. Más adelante se cruzó con el fiscal y con Castro, pero a éste solo lo miró por el rabillo de sus ojos y al hacerlo no pudo evitar sentir un escalofrío recorriendo toda su médula. Su presencia la intimidó y más aún cuando percibió a su mirada desnudando su trasero, detalle que no escapó a los ojos de Eugenio Marques.

—Es linda, ¿no? — le dijo por lo bajo mientras estrujó sus dedos al darle la mano.

—S...sí, sí... —respondió un dolorido Simón Castro sin entender por qué este hombre había actuado así. No obstante, y ante la duda, no se atrevió a hacer ningún comentario.

—Inspector Marques, veo que se nos adelantó... —dijo el fiscal

—Pasaba por aquí y decidí aguardarlo en este lugar, señor Fiscal...

—Imagino que ya vio a la muchacha, ¿es así?

—No, no, lo esperaba a usted, señor fiscal... —mintió una vez más

—Perfecto, perfecto... ¿Ya conoce al señor Castro?

—Sí, nos hemos visto antes, señor —respondió si dar más explicaciones

Ramírez había comprobado lo que sospechaba...Castro no le había mentido cuando antes dijo lo que dijo...

—Ok, vayamos entonces...

El inspector Marques estuvo a punto de excusarse de hacerlo. Ya la había visto y de nada serviría hacerlo otra vez, pero algo, en su interior, lo contradijo. Y su instinto, una vez más, no se

equivocó. Cuando los tres ingresaron en el box y justo en el momento en que Castro habló, el conteo de pulsaciones de Starova se incrementó, aunque fue levemente. Ninguno lo percibió porque el bip de la consola había sido silenciado, salvo Marques, que observó la variación en la medición en el display del módulo de cabecera. Pero, no fue lo único que advirtió ...Castro había clavado su mirada en el rostro de la mujer y un leve y casi imperceptible gesto en su boca denotó cierto alivio y hasta esbozó una pequeña sonrisa. El fiscal, en cambio, al verla en ese estado, se molestó consigo mismo por haberse dejado llevar por las apariencias y los comentarios de sus ayudantes a los que a menudo califica como inoperantes e inútiles, sin considerar que fue él mismo quien los eligió para esas tareas. Habían perdido el tiempo. Ella jamás hablará.

## CAPÍTULO VI

Simón Castro había visto lo que quería.

Cree que Soledad Starova difícilmente salga del trance en que se encuentra y si lo hace, es factible que no recuerde nada de su pasado inmediato.

Cree que el Fiscal Ramírez ha orientado su investigación con rumbo equivocado y ahora se ha estancado al ver a su única pista en estado vegetativo.

Y, además, cree que el inspector Marques es un estúpido que supuso que estaba colaborando con él al entregarle una copia del listado de extranjeros. Ahora presume con sus relaciones con que lo mantiene entretenido entrevistando a cuanto albanés camina por las calles de Buenos Aires arrancando sus carcajadas y mofándose de él.

Está feliz y, por si fuera poco, en el hospital ha visto el culo más hermoso que recuerde y ahora sabe dónde encontrarlo. Jamás consideraría un rechazo de parte de una mujer, se siente victorioso.

Pero, continúa sin pistas sobre el asesinato de los senadores. Y eso lo intranquiliza. Su teléfono móvil comienza a vibrar. Observa el display y ve que es Sarachi. Al principio se negó a atenderlo, pero la insistencia del timbre pudo más y entonces...

—Hola, *Gabriel*...

—*¿Dónde carajos te metiste? Hace horas que te busco y no me das pelota...*

—*¿Sabés quién es el asesino de Rogelio y de Francisco?* — responde Castro con enojo

—*No...*

—*Bueno, yo tampoco. Pero al menos lo estoy buscando. ¿Y vos, qué estás haciendo? O ¿te sentaste muy cómodo a esperar a que otros te resuelvan el problema? Quiero recordarte que, si esto tiene relación con la piba Starova, vos sos tan culpable como nosotros y sos tan candidato al plomo como yo.*

—*Está bien... está bien, calmáte. ¿Qué has averiguado?*

—*No mucho, vi a Soledad y no creo que salga de su estado vegetativo. En cualquier momento se muere. El fiscal no tiene ni la más puta idea de dónde buscar y el inspector de policía es un nabo que se cree cualquier cosa que le digan.*

—*¿La piba, tiene parientes acá? ¿Sabés algo de eso?*

—*No, Roncaglia me dio una lista con nombres, pero creo que no sirven para nada. Son todos albaneses que están en el país bajo otros nombres. Seguramente vinieron huyendo, pero nada tienen que ver con la Starova. Ella entró al país con un hermano, pero poco después él se volvió a Albania... o al menos, salió del país.*

—*Y, esa lista ¿dónde está ahora?*

—*La tengo guardada*

—*Rompéla, hacéla desaparecer...*

—*De nada va a servir... le di una copia al inspector para distraerlo y que no averigüe lo de Soledad y nosotros.*

—*¿Qué boludo que sos! ¿Cómo se te ocurrió semejante estupidez?*

—*Y, ¿qué hay con eso? Le dije a Marques que esa lista la había encontrado en el despacho de Francisco...*

—*¡Justamente, boludo! ¿Acaso no sabías que lo que Francisco hacía con los refugiados? Si el tipo no sabía nada de eso, ahora, gracias a vos, lo sabe. Y por si tampoco sabías, la Starova*

*era una de ellos.*

*—Uy, ¡qué cagada me mandé!*

*—Sí, y rogá para que la piba no despierte. Pero, ahora tenemos otro problema...el francesito...*

*—¿Qué pasa con el francesito?*

*—¿Cómo qué pasa con él? Es el único que sabe de nosotros... y no confío en él. Hay que hacerlo desaparecer... Buscálo y ocupáte.*

*—¿A quién mando?*

*—A nadie... lo hacés vos mismo.*

*—¿Estás loco? Yo jamás limpié a nadie...*

*—¿Preferís ir en cana?*

*—...*

*—Ok, por tu silencio veo que has comprendido...*

André Courtois había nacido en Lyon, Francia, veintidós años atrás. Su padre, Francois, jefe de redacción del Journées Scientifiques Éditeurs, una revista mensual de ciencias de París y su madre, Louise, gerente de producción de la misma firma. Llevan más de tres años sin dirigirse la palabra, aunque sus vidas se cruzan todos los días. Un larguísimo juicio de divorcio los separa, a excepción de aquellas veces en que sus cuerpos se buscan para encuentros fogosos de uno o dos días de duración y entonces sus mentes se confunden, quizás más por el consumo de barbitúricos que por la atracción en sí misma.

Pero sus encuentros y desencuentros fueron recurrentes desde mucho tiempo atrás. Era, André, un niño aún, cuando conoció a Silvestre Romero, un aspirante a actor español, con quien quedaba a su cuidado cada vez que sus padres organizaban fiestas de fines de semana donde, no solo corría el alcohol, sino también estupefacientes y estimulantes de toda índole. Próvidamente, Romero conducía a André hasta su hogar a la tarde del día siguiente cuando se suponía que todo había acabado y el orden reinaba nuevamente.

Pero, las precauciones de sus padres, en los comienzos, fueron perdiendo entidad con la asiduidad de sus citas y a veces cuando André regresaba a su hogar se encontraba con una escena de completo desorden con cuerpos desnudos encimados unos con otros y curando sus borracheras. Francois y Louise, participaban activamente de aquellas orgías, pero nunca fueron sorprendidos in fraganti por su hijo y, aunque excusaban al descontrol de sus invitados con argumentos creíbles para un niño, André ya era un adolescente y comenzaba a sospechar. Fue entonces, cuando cierta tarde se sintió algo descompuesto y regresó a casa antes de lo previsto. Introdujo la llave en la cerradura de la puerta de entrada y abrió; adentro todo era silencio y el living estaba completamente ordenado. André pensó que todo había acabado o que, en realidad, nunca había habido una fiesta aquel fin de semana. Apenas se cumplía un mes desde que había armado su primer cigarro de marihuana y escuchado algo sobre las propiedades terapéuticas de la cocaína. Recordó que, de pequeño, en una de sus tantas aventuras persiguiendo piratas y corsarios con su espada de madera, tropezó con un pequeño cofre de madera en un rincón del desván. Su tierna imaginación lo condujo a lanzarse sobre él como lo haría el gran bucanero de sus fantasías y buscó las mil maneras diferentes de abrirlo. Estaba seguro que en él hallaría un tesoro con monedas, cadenas y joyas de oro y brillantes. Pero, gran desilusión le provocó hallar solamente algunas bolsas de papel llenas de malolientes hojuelas y hebras de color marrón oscuro y, en otras

más pequeñas, un polvo tan blanco como el talco que su abuela le aplicaba debajo de las axilas después de cada baño. Por entonces, no comprendió que contenía aquella cajuela, pero ahora sí y consideró que había llegado el momento de probar los efectos de ese polvo en su cuerpo. Algunos amigos de la escuela le habían enseñado cómo inhalarlo. Entonces, subió al desván, pero el cofre ya no estaba allí. Imaginó que sus padres lo habían cambiado de lugar y ahora lo tendrían más al alcance de sus necesidades. Él ya había crecido y ya no tendrían motivos para ocultarlo de su vista.

Decidido, se dirigió a la habitación matrimonial. Creyó que estaba solo en la casa y, como tal, no sentía la obligación de golpear la puerta antes de entrar. Y no lo hizo...solo abrió. Fue entonces cuando su mundo se derrumbó. Sus sentidos se paralizaron de golpe. Sobre la cama y desnuda, su madre y rodeada por cuatro hombres, también desnudos; uno de ellos era su propio padre quien procuraba infructuosamente mantener su erección mientras su esposa era sometida sexualmente por los tres restantes. Aquella visión lo redujo a un estado catatónico. Vio manchas de suciedad escatológica por doquier y al cuerpo de Louise, su madre, embadurnado con una mezcla de sudor y cocaína más, sus cabellos, eran ya una greña amarillenta y grasosa. Sobre las mesas de noche, líneas de narcóticos sin consumir y restos de otras ya aspiradas. Todos estaban tan drogados que ni siquiera advirtieron su presencia. André, petrificado y absolutamente mudo, tardó unos cuantos segundos en reaccionar hasta que desde sus entrañas emitió un lastimoso y ahogado alarido y corrió escaleras abajo con sus ojos nublados por las lágrimas hasta que se topó con la puerta de entrada. Quiso abrirla, pero la angustia lo había bloqueado y nunca logró quitar el pasador. Y la puerta no se abrió. Llorando desconsoladamente, se apoyó de espaldas sobre ella y se deslizó hasta quedar sentado en el piso, con la cabeza atrapada entre sus rodillas y con sus manos cubriendo los oídos. No quería seguir escuchando los gemidos exagerados de los hombres ante el placer que les generaba abusar de Louise. Ninguno se detuvo cuando André entró. Ninguno de ellos pudo hacerlo. La droga había bloqueado sus inhibiciones y les doblegó el raciocinio. También a ella, su propia madre.

Aquella escena marcó un punto de inflexión en su vida. Días más tarde estaba planeando huir hacia la Argentina con su amigo Silvestre Romero, quien había encontrado un acceso a sus pasiones actorales en los teatros de Buenos Aires. Corrían tiempos en que, inmigraciones, poco preguntaba e ingresar a un menor al país, era algo simple y sencillo.

Ya en Buenos Aires, André poco tardó en rodearse de amigos con vidas licenciosas y la noche y el dinero fácil surgieron de la nada. Fue así como su acento francés y talante de bon vivant, sedujeron a Soledad Starova. Quinceañera por entonces y ávida de nuevas experiencias, solo deseaba vivir sin las dificultades económicas de su Albania natal. Desde el mismo momento en que tocó tierra argentina, Soledad anduvo deambulando de un lugar a otro buscando su destino. Trabajos mal pagos, hoteles de mala muerte y muchas noches con el estómago vacío y gruñendo su hambre. Hasta que una tarde lluviosa y un charco inoportuno fue todo lo que necesitó para que su vida diera un vuelco. André la había empapado con agua barrosa al doblar una esquina con su automóvil y cuando se detuvo para socorrerla, su belleza lo impactó de tal manera que ya no logró quitársela de la mente. Caballerosamente y en compensación por su atropello, la llevó a una de las mejores tiendas de ropa de la ciudad. —*Elegí lo que desees!*— le dijo mientras se sentaba a esperar en uno de los sillones dispuestos para los acompañantes.

Soledad se paseó frente al joven con cada prenda que le ofrecía la vendedora y buscaba su aprobación. Su metro sesenta y cinco, su figura estilizada y su cabello con rizos dorados resaltaban aún más a las finas telas con que estaban confeccionadas. Estaba feliz.

Cautivada por sus modales finos y su predisposición a gastar dinero en ella, ya nunca se separó de él. André fue su primer beso ardoroso, su primera noche de pasión y también quien pagó por los servicios de su primer aborto. El idilio duró unos cuantos meses hasta que pronto se volvió una rutina insoportable. El muchacho pronto descubrió que los negocios y el dinero le atraían más. Horas y más horas se pasaba pensando en cómo hacer para diversificar sus operaciones. Estaba convencido que, si lo lograba, entonces sus ganancias crecerían exponencialmente. Así fue que conoció al senador Barleti. Y Barleti, gracias a André, conoció a Soledad Starova. El senador, viendo una oportunidad en ciernes, nada tardó en ofrecerle negocios espurios de gran retorno económico para mantenerlo ocupado mientras planeaba cómo seducir a la jovencita. Pronto, llegó la primera proposición para ella. Soledad nunca imaginó, que detrás de aquella inocente invitación para acompañarlo a una fiesta privada, se ocultaba un plan siniestro que la conduciría rápidamente hasta su propia destrucción.

Barleti había quedado impactado por sus finas facciones y al verla por primera vez sonrió maliciosamente. Su mente demoníaca imaginaba a la niña sucumbiendo a sus engaños y desnudaba así sus perversos propósitos. En la fiesta, Barleti se vanagloriaba de su conquista divulgando hacia todos los vientos un discurso lleno de sofismas y falsedades. A todos describía sobre cómo ella había caído bajos sus encantos. Soledad era el centro de todas las miradas y nada sospechaba sobre lo que a su alrededor se pergeñaba. Su piel juvenil, tan tersa y tan blanca, parecía resplandecer entre todas las mujeres presentes. Antaño, quizás, también ellas habían sido hermosas, pero la noche y sus vidas libertinas habían hecho estragos en sus figuras. Se sentían disminuidas y hasta imposibilitadas de competir ante tanta belleza y con recelo la observaban sin ocultar la envidia en sus miradas. Con el correr de la noche, Soledad se convirtió en el centro de atención de todos los hombres. Amigos de Barleti y otros que simulaban serlo, se acercaban a ella con cualquier excusa. Solo querían oler la fragancia que emanaba de su inocencia y se relamían como lobos hambrientos de solo imaginarla desnuda sobre sus lechos y a merced de sus bajos instintos. Soledad se sentía halagada sin sospechar que detrás de aquella fachada de hombres elegantes y respetados, se escondían los pensamientos más tétricos y cobardes que alguien pudiera concebir. Todos conocían a Barleti y sabían que, si él se mostraba allí con aquella jovencita, tarde o temprano habría una selección de afortunados que disfrutará de sus carnes mancebas. Y ninguno ignoraba que esa misma noche, la compulsa de favores hacia el senador había comenzado y nadie quería quedar afuera de la contienda.

Día tras día y durante un mes, André y a Soledad fueron invitados por Barleti a cenar en distintos restaurantes, todos elegantes y distinguidos. Pronto, solo a ella. André había comenzado a viajar incesantemente siguiendo expresas directivas del senador quien aprovechaba la ausencia del joven para ganarse la confianza de la adolescente.

Cierta tarde, Barleti llamó por teléfono a Soledad y le dijo que esa noche sería especial...

—*Soledad, quiero que salgas de compras. Buscá un lindo vestido. Tiene que ser elegante y sexy. Confío en tu buen gusto. Esta noche voy a presentarte a un joven que es el heredero de una de las fortunas más grandes del país y quiero causarle una muy buena impresión.*

—*Sí, senador, me gustaría poder hacerlo, pero ocurre que no tengo dinero para eso...*

—*¡No te preocupes! En un rato más, irá a tu casa un cadete de mi parte y con un sobre con lo suficiente para que te vistas con lo mejor. De ti depende. Debo convencer a este joven para que invierta los dineros de su padre en un proyecto que presentaremos la semana que viene en el congreso. ¡Es muy importante para mí y para el país!*

Barleti había mentido. No existía tal proyecto ni tal heredero. El joven en cuestión era un actor

mal pago que solía hacer trabajos para él cuando la situación así lo demandara. Era solo una excusa para que ella no sospechara cuando la noche culminara en un departamento que Barleti utilizaba en ocasiones como esta.

Un auto de alquiler pasó a recogerla para llevarla directamente al restaurante. Barleti se había excusado de hacerlo personalmente argumentando reuniones de última hora en el senado. Pero cuando ella llegó, el senador y el joven “heredero” ya estaban ubicados en la mesa que había sido reservada con anterioridad. Algo más tarde su sumó una mujer que, a pesar de sus esfuerzos por disimular, no lograba encajar en el papel que le asignaron. De conversación elemental y modales toscos, dejaba entrever su vulgaridad cada vez que tomaba la goma de mascar con la punta de sus dedos índice y mayor para estirla fuera de la boca. Era una prostituta que gastaba todos sus ingresos en barbitúricos que, por supuesto, eran provistos por Barleti. Y claro está, como parte de la transacción, ella debía hacerle algunos “favores especiales”, como en este caso, que debe fingir pertenecer a la alta sociedad y ser la novia del joven heredero.

Soledad, a pesar de la mala impresión que le generó la pareja, jamás sospechó lo que tramaban. Era tal su entusiasmo por participar en el proyecto del senador, que obvió los gestos de ordinareiz de sus contertulios. Estaba tan convencida de que estaba haciendo algo importante por el país que olvidó lo que tantas veces escuchó de su madre: *“hija, a veces las apariencias engañan y no debes creer ciegamente en todo lo que veas o quieran hacerte ver”*.

La velada se prolongó por una hora y tanto más y fue entonces cuando Barleti sugirió beber la última copa en su departamento. El joven y la prostituta asintieron entusiasmados y Soledad, a pesar de no sentirse cómoda con la propuesta, no quiso defraudar al senador y accedió. Había bebido más de la cuenta y quizás por ello no supo discernir su conveniencia. Aquella fue la firma de su sentencia. La telaraña la había atrapado y lo que siguió fue una seguidilla de tropiezos que jamás logró evitar. Barleti abrió la puerta y no bien ingresaron, la prostituta extrajo de su cartera unos pequeños envoltorios que contenían cocaína y a la que distribuyó en líneas iguales y paralelas sobre el estante de vidrio de una mesa ratona. Uno tras otro y a través de una pequeña cánula fueron aspirando una línea a la vez. El primero fue el joven y por último el senador. Soledad jamás había visto nada igual y desconocía el peligro que le acechaba. Había sido criada en un ambiente tradicional y ajeno a este tipo de prácticas, más allá de su religión musulmana que prohíbe a estas sustancias en todas sus acepciones. Barleti le acercó la cánula para aspirar la cocaína y ella se negó aduciendo que no sabía para qué debía inhalar esa sustancia. Todos estallaron en carcajadas y Soledad se sintió como la párvula de un colegio de monjas. Tomó la cánula y la introdujo en una de sus fosas nasales y esnifó su primera raya de cocaína. Nada tardó en percibir sus efectos...se sintió eufórica y con deseos de abrazarse con todos. De pronto y sin motivo aparente experimentó una alegría desmesurada y comenzó a hablar con gran verborragia. Actuaba con desinhibición y tanto que cualquier sonido que escuchara era música para sus oídos y comenzó a bailar tarareando sus propias melodías sin percatarse que uno de sus senos había escapado de su escote y quedó expuesto a la vista de todos. Lejos de amilanarse, desnudó completamente su torso y comenzó a reír descaradamente ante aquella travesura. El exceso de alcohol ingerido durante la cena había potenciado los efectos del narcótico. Barleti estaba feliz... había logrado su cometido. La niña pronto se convertiría en una adicta y lo que había invertido en ella se recuperará con creces en menos de lo que canta un gallo.

Al día siguiente, Soledad había caído en un pozo depresivo y una gran tristeza se apoderó de ella. Por primera vez en su corta existencia había experimentado taquicardia y eso le produjo temores incontrolables e insomnio. Barleti sabía que eso iba a ocurrir y solo tuvo que hacer un

llamado telefónico para confirmarlo...

—*Hola Soledad, ¿cómo te sentís?*

—*Bien, senador... bah, no tan bien...*

—*¿Qué te ocurre, pequeña?*

—*No lo sé... me siento triste y no sé por qué...*

—*Oh vamos, ¿por qué no venís a mi casa que tengo buenas noticias para darte y verás cómo te levanto el ánimo?*

—*No lo sé, senador...*

—*Basta de llamarme senador... creo que ya tenemos suficiente confianza como para que me llames por mi nombre ¿no es así?*

—*Sí, senador... es que no sé cómo es su nombre*

—*¿Quéééé, acaso el tonto de tu novio no te lo dijo? Ja, ja, ja, voy a tener que retarlo cuando regrese. Francisco, es mi nombre y si lo prefieres puedes llamarme por mi apodo... Pancho.*

—*Ok, señor Francisco está bien... y, ¿cuáles son esas buenas noticias que tiene para darme?*

—*Ah, noo... por teléfono no. Vení a mi casa y te lo cuento*

—*Francisco, no creo que esté bien que vaya a su casa...*

—*¿Por qué no, acaso no estuviste aquí anoche?*

—*Sí, pero...*

—*No, no... no quiero escuchar peros... vestíte y ponete linda que voy a enviar a alguien por vos.*

Y ya no le dio tiempo para volver a negarse. Cortó la comunicación y se quedó con la última palabra. Sabía que así no le dejaría ninguna opción y unos minutos más tarde ella estaba enfrente de su puerta. Barleti corrió a abrirle, pero para su sorpresa, no estaba sola; André había regresado de improvisó y la acompañó. Rápido de reflejos, los invitó a pasar y destapó unas cervezas para brindar. Y siguió destapando botellas, una tras otra hasta que consideró que era oportuno pasar a la siguiente fase de su macabro plan: una vez más y en menos de veinticuatro horas les ofreció aspirar cocaína. André, ya era un adicto, aunque según él, solo socialmente y aceptó de inmediato. Jamás desperdiciaría un convite como éste y además sin coste alguno. En cambio, Soledad se reusó.

—*¡Oh vamos! No me vas a decir que no querés recuperar tu alegría...*

—*No, Francisco, creo que por haberlo hecho anoche es que me siento así...*

—*Noo, nena, estás equivocada... el talco solo te da bienestar, energía, rapidez mental, estarás ágil de mente y verás cosas que otros no. Además, yo necesito gente joven y alegre a mi lado, que no sienta miedos y se atreva a todos los desafíos que tenemos por delante... que, dicho sea de paso, son muchísimos... quiero que sepas que detrás de esto hay mucho dinero que irá a tus bolsillos y cuando digo mucho quiero decir muchísimo dinero. ¿No te parece atractiva la propuesta?*

—*Sí... pero...*

—*Escucháme, Soledad, no voy a obligarte a hacer algo que no quieras y estás en todo tu derecho a negarte...*

—*¡Gracias! Sabía que me iba a comprender...*

—*Sí, claro. Te comprendo, pero yo necesito gente que sea eficiente, es decir, muy eficiente. Que trabaje horas y horas sin parar. Aquí no hay descanso. Se trata de mucho dinero y eso solo se consigue con trabajo y más trabajo y aunque sos muy joven, en algún momento vas a querer*

*detenerte...y eso, en mi negocio, no ocurre. Así que voy a quedarme con André solamente. ¿Verdad que vos me entendiste, André?*

*—Claro, claro, senador...lo que usted diga...*

*—Así me gusta... pero basta de llamarme senador y usted. Para vos soy Pancho y che... jja, ja, ja!*

*—Sí, Pancho...che, jefe... —respondió orgulloso André y estalló en carcajadas.*

*—¡Qué lástima, chiquita! —dijo Barleti mirando a los ojos desconcertados de Soledad— Me había ilusionado con trabajar junto a vos. Bueno, bueno... será mejor que nos veamos en otro momento. Ahora, taza, taza, cada cual a su casa. Tomá, André, lleváte esto por si te hace falta más tarde... —Y puso en su mano un sobre con suficiente cocaína para dos. Y, al hacerlo, le guiño un ojo, hecho que André interpretó enseguida.*

El anzuelo había sido encarnado y la línea estaba en el agua. Ahora solo resta que el pez se enganche en él.

André haría su labor. Inocentemente creía que su jefe solo quería su bien y que por ello debía convencer a Soledad para que ceda y comprenda que si quieren dinero grande deben seguir sus indicaciones. Y ahora, las indicaciones eran: “*debe aspirar cocaína para rendir más en su trabajo*”.

Aquella noche y en la intimidad, ambos consumieron un par de rayas y luego tuvieron sexo. Poco necesitó Soledad para relacionar a ese polvo demoníaco con las exquisitas sensaciones que experimentó. Por los efectos de la droga, había incrementado su excitabilidad y había desaparecido en ella todo vestigio de inhibición. Soledad ahora tenía un motivo más para continuar consumiendo. Y pronto sería una necesidad insoportable, destructiva, solo que ella, aún no lo sabía. Barleti, se ocupó de que André siempre dispusiera de suficiente polvo para satisfacer las necesidades de Soledad.

Pero, aún su plan no se había completado. Faltaba la prueba de fuego, necesitaba comprobar cuan dependiente de la droga era. Había visto lo que la niña generaba en los hombres de su entorno y comprendió lo que ella significaba para engrosar sus arcas. Una vez más los invitó a cenar, pero esta vez solo estarían ellos tres. Y tal como lo ideó, la noche culminaría en su apartamento para beber a discreción e inhalar cocaína. Barleti, simuló aspirar dos rayas y bebió apenas una copa de champaña. Debía mantener el control de sus acciones. Ya entrada la noche se escucharon las campanadas de una iglesia cercana que anunciaban las dos de la mañana y, para entonces, André y Soledad, absolutamente drogados y fuera de sí, comenzaron a amarse sin importarles la presencia de Francisco. Esa era la prueba que el deleznable legislador estaba esperando. Sin desnudarse, bajó sus pantalones hasta las rodillas y sin mediar palabra apartó al joven de un empujón y la penetró. André reía descaradamente, pero sin sorpresa en su mirada. Parecía aprobar la insolencia de su jefe. O, quizás, rememorando vivencias de su pasado, lo imaginó como parte de la normalidad.

Empero, el rostro de Soledad, con una expresión inanimada y ausente, sugería una mente desconectada de su cuerpo y todo lo que le estaba sucediendo era ajeno a su percepción.

Noches tras noche, la escena se repitió una y otra vez, pero con hombres y mujeres diferentes. Soledad ya no respondía a sus instintos. La droga la había atrapado y cada día necesitaba más. André era ya un despojo humano y tampoco generaba ingresos como para pagarla. Por dos años, Francisco Barleti recaudó dinero a raudales, aunque, y a pesar del evidente deterioro físico de la joven, aún era muy deseada por sus clientes que pagaban sumas siderales por un encuentro con ella y a solas.

Hábil, como pocos, le negaba la sustancia horas o incluso días antes de cada cita y la sensación de abstinencia completaba el cuadro de desesperación. Soledad, con solo verla, aceptaba cualquier condición. Citas con un solo hombre, con dos, con más de dos, con otras mujeres, con sadismo o sin él. En ocasiones, las cosas se salieron de sus carriles y tuvo que ser asistida por médicos con silencio cómplice abonado por el senador.

Hasta que llegó aquella noche fatídica.

Veintidós treinta horas de un jueves del mes de mayo, el teléfono del senador Barleti comenzó a vibrar...

—¿Pancho? Abrí...ya estamos todos aquí...— dijo una voz por el llamador desde la calle

—Dale, suban...

Se sirvió una copa y mientras aguarda la llegada de sus amigos, se acercó a uno de los ventanales. Barleti se jacta ante todos cuando afirma que gracias a sus contactos adquirió este apartamento desde donde puede deleitarse con las mejores vistas de la ciudad. Controla desde allí los movimientos en la Casa Rosada, el Ministerio Economía y Finanzas y la casa central del Banco Nación. Se siente poderoso por ello. Esa noche, como tantas otras, se va a reunir con tres de sus mejores amigos, el Senador Rogelio Hasko, el juez Gabriel Sarachi y Simón Castro, su asesor y amigo personal además de su contacto con el sindicalismo más radicalizado. Todos amigos y todos vinculados directamente con la política en su acepción más deleznable. Esa noche, como tantas otras, discutirán estrategias y proceder que garanticen su perpetuidad en el poder y, por ende, sus ingresos económicos indiscriminados. Aquellos hombres, para la opinión pública en su mayoría, son hombres de bien, facultados para ejercer honestamente el poder y preocupados por el servicio desinteresado a la población y por encima de todos sus provechos personales.

Solo una hora necesitaron para acordar los términos de su convenio. Había llegado el momento del brindis...el momento tan deseado del brindis y todo lo que ello conlleva.

Recostada sobre un sillón y sumergida en la trama de una película en la televisión, estaba Soledad, ajena a todo lo que sucedía a su alrededor. El aburrimiento y el hastío la condujeron con resignación a una vida repleta de desventuras. Y eso se reflejaba en su rostro con expresión de desolación.

Barleti, sentado en la cabecera de la mesa oval, miró sonriendo perversamente a cada uno de sus invitados buscando su complicidad. Y con un apenas perceptible gesto consiguió que todos miraran hacia la joven. Tal como sucede rigurosamente desde un año atrás, cada vez que concluyen sus cóncaves, la diversión, entre comillas, se llama Soledad Starova. De pronto todos dejan de hablar. Se produce un gran silencio, solo interrumpido por el sonido de la televisión. Hasta que...

—Soledad, vení acá... con nosotros...—le ordenó

—¿Para qué? —preguntó con insolencia la joven

—¿Cómo para qué? Ya sabés para qué... —insistió el senador ante las risotadas de los demás...

—No, Pancho...hoy no me siento bien...

Barleti se levantó de su asiento y caminó despacio hacia ella. Se acercó a su oído izquierdo y ...

—Escucháme, pendeja del orto... te levantás inmediatamente del sillón y vas a complacernos como ya sabés... ¿me entendiste?

—Sí, Pancho, entendí, pero no me siento bien... estoy descompuesta, me duele la cabeza...

Barleti, en soberbia actitud, se irgue y con una maliciosa sonrisa dibujada en su rostro se

vuelve hacia sus cómplices y en tono burlón les dice...

—*¡Pobrecita!... ¡Ella no se siente bien! ¿Qué me dicen...la ayudamos?*

Soledad supo de inmediato lo que ello significa y quiso evitarlo. Se puso de pie y tomó a Barleti de la mano y sumisa, le rogó...

—*No, Pancho, por favor...por favor, te lo pido...esta noche no. Realmente no estoy bien...te prometo que...*

Y ya no pudo seguir hablando. Simón Castro y el senador Hasko la tomaron desde atrás y la sujetaron con violencia mientras Barleti y Sarachi la despojaron de todas sus prendas. Soledad comenzó a gritar y rogar que la soltaran, pero de nada sirvieron sus súplicas. Le taparon la boca y la sujetaron sobre la mesa procurando que sus piernas no se juntaran. Nunca supo quién comenzó, pero a pesar de su enérgica resistencia no pudo evitar que la sometieran todos, de a uno por vez. Pero, sus gritos desesperados los ponía en riesgo. Riesgo de que la oyera alguno de sus vecinos y disparara la alarma en el edificio. Entonces Barleti se acercó a ella con una jeringa atiborrada con cocaína derretida y la inyectó en sus venas mientras Sarachi y Hasko le sostenían el brazo con firmeza. Y fueron apenas unos momentos antes de que comenzara a convulsionar. Uno, dos y tres espasmos hasta que quedó inmóvil. Respiraba, pero con dificultad...

Y fue así cuando el pánico cundió entre ellos...y con él, las acusaciones cruzadas...

La cobardía afloró en cada uno en su peor expresión. De pronto todos deseaban no haber estado allí, no haber hecho lo que hicieron y que esa joven jamás hubiera existido...

—*¡Mierda...mierda...mierda!... ¡La mataste...boludo, la mataste!* —exclamó Hasko.

—*Arrojémosla por la ventana...*— Sugirió absurdamente Castro en su desesperación

—*Noo, idiota, que si alguien nos ve estamos hasta las bolas...*— temió Sarachi

—*Mejor llevémosla hasta la cochera, la cargamos en el baúl del auto y la tiramos por ahí...*—propuso nuevamente Castro.

—*No, en la cochera hay cámaras...nos van a ver...*— concluyó Sarachi

—*Mejor, la bajamos por el ascensor unos cuantos pisos y nos rajamos todos...que otro se haga cargo. Nadie graba lo que pasa en los palieres*— sugirió Barleti, que hasta entonces había quedado paralizado, sin respuestas ni propuestas válidas para salir del embrollo en que se habían metido. Si los descubrían, todo habría acabado y no lo iba a permitir.

—*Qué pendeja del orto...mirá en el quilombo en que nos metió* —exclamó mientras la tomaba por las axilas y la arrastraba hasta la puerta de entrada. Allí, mientras procuraba vestirla, ordenó —*¡que alguien vigile si el palier está liberado... Apaguen la luz y llamen al ascensor...!*

Bajó veinte pisos y la arrojó fuera del cubículo del ascensor. La abandonó allí, sin contemplaciones. Y enseguida regresó al apartamento. Todos aguardaban su arribo para coordinar una misma estrategia. Son conscientes de que deben procurar una versión igual de los hechos para no ser involucrados.

—*Bueno, listo...ya está...ahora debemos separarnos y salir ordenadamente.*

En eso, la puerta de una de las habitaciones se abrió...todos quedaron petrificados al ver que de allí emergía André. Borracho y aún bajo los efectos de la droga, se había dormido sin que Barleti lo advirtiera...

—*¿Qué mierda hace este tipo acá?* —preguntó ofuscado el senador Hasko

—*No lo sé, pero ustedes vayan saliendo que de éste me ocupo yo* —respondió Barleti.

Poco necesitó para saber que el francesito no sería una amenaza. Su deplorable estado era suficiente evidencia de que jamás se enteró de lo que allí había ocurrido. Barleti mantuvo la calma y supo detectar una oportunidad única. El joven sería el chivo expiatorio y si las cosas se

ponen duras ya tiene alguien a quien culpar...

—*Hola André...*

—*Ho...hola... ¿qué hora es?* — preguntó bostezando y desperezándose

—*No lo sé... es tarde y me tengo que ir. ¿Por qué no te quedas aquí y esperas a que Soledad regrese? Después, cuando llegue, cierran bien las puertas y se van... ¿me escuchaste?*

—*Sí, está bien...*—respondió André con su mente aún en una nebulosa de vahos etílicos. No obstante, y sin saber por qué lo hizo, preguntó balbuceando...

—*Pancho, decime... ¿a dónde fue Soledad?*

—*¿Qué sé yo? Viste como es esta pendeja... se aburre y gana la calle enseguida. Solo la vi salir y ni siquiera me dijo a dónde iba...*

—*¡Ah! Y, ¿qué hacemos con las llaves del departamento?*

—*Llevátelas y mañana me las alcanzás a la oficina...*

—*Buéh, dale... chau Pancho*

—*Chau, pibe, hasta mañana...*

Una hora después, alguien llama a la puerta. Era uno de los encargados de portería del edificio...

—*Buenos días, ¿está el senador Barleti?*

—*No... salió... ¿qué necesita?... soy su ayudante...*

—*Estamos buscando a alguien que pueda reconocer a una joven que apareció desvanecida en el nivel doce. No tenía documentos encima y la ambulancia se la acaba de llevar...*

—*Y, ¿cómo es ella?*

—*Joven, de unos veintiocho o quizás treinta años, aproximadamente*—Soledad Starova, aparenta más edad de la que realmente tiene.

—*Ah, creí que podía ser mi novia, pero ella apenas tiene diecisiete...además...*

—*¿Sí? Además... ¿qué?*

—*No, no tiene importancia...*

## CAPÍTULO VII

9:30 horas, el senador Francisco Barleti se ha encerrado en su despacho. Allí se siente protegido. Es un lugar sagrado de la democracia y está a resguardo de ojos y oídos indeseables. Josefina, su secretaria, filtra todos los llamados que recibe y su teléfono celular está en un lugar cualquiera de la ciudad y a resguardo. Así, nadie sabrá que estuvo allí esa mañana.

Apoltronado detrás de un escritorio señorial de maderos antiguos, Barleti siente cómo algunas gotas de sudor se deslizan por su frente. Sus manos, húmedas y frías, están entrelazadas por debajo del mentón y sirven de apoyo para su cabeza. Pensativo e inmóvil, su cuerpo parece parte esculpida del mobiliario y cada tanto, solo sus ojos se mueven buscando un punto imaginario en algún lugar de los muros como si allí pudieran encontrar las respuestas a los cuestionamientos que lo sitian desde todos los flancos. Los pesados cortinados tapan la luz que se insinúa desde el exterior. Aguarda con disimulada paciencia el arribo de sus amigos. Está nervioso y por momentos se irgue y tamborilea los dedos sobre el escritorio. Sabe que sobre ellos se cierne una tormenta de acusaciones y necesita idear una estrategia que los exculpe de toda sospecha.

Pronto, y de a uno por vez, comenzaron a llegar sus amigos. Antes habían acordado dejar sus teléfonos celulares en lugares alejados. Ningún rastro de su encuentro allí debe quedar registrado. Para los demás, aquella junta jamás existió. Solamente Josefina los vio entrar, pero ella ha dado sobradas muestras de su discreción. Nada ve, nada escucha y nada dice. Quizás por lealtad, quizás por cautela o quizás por temor; temor a perder su fuente de ingresos o temor a perder algo más. Lleva demasiados años asistiendo al Barleti y conoce a pie juntillas de lo que es capaz si alguien se opone a sus deseos.

Pero ellos tienen ahora una preocupación más importante: André Courtois. El joven fue testigo de todo el periplo narcodependiente de Soledad Starova. Poco necesitará para atar cabos y vincularlos con el hecho. Los vio anoche en aquel departamento y sabe que también ella estuvo allí.

—*Muchachos, algo tenemos que hacer con el pendejo. El francesito sabe demasiado y es un riesgo grande para nosotros...*— abrió la discusión el senador Hasko

—*Creo que tiene que desaparecer cuanto antes...después puede ser muy tarde*— acotó el juez Sarachi.

—*¡Che, paren un poco* —interrumpió Castro—*ni que fuéramos la mafia rusa, carajo! ¿Qué eso de “tenemos que hacerlo desaparecer”?* *¡Apenas si nos cogimos a la pendeja y la falopeamos un poco, nada más! ¿Cuál es el delito?*

—*Simón tiene razón...si la pendeja se despierta nada puede hacernos. ¿Quién le va a creer que fuimos nosotros quien le puso la cameruza? ¿Qué somos, carajo? ¿unos boludos sin pelotas? Dejémonos de joder... Y en cuanto a André, voy a hablar con él y me voy a ocupar de que cierre el pico...sé cómo hacerlo.*

—*Mirá, Francisco, no sé dónde mierda estudiaste leyes, pero te cuento que sí pueden hacernos mierda, si quisieran. Los dos. Por ahora, él es el único y si se despierta, también la pendeja puede hacerlo. Él sabe quién les proveyó la frula y si te inculpan, poco faltará para que nos relacionen a nosotros tres. Y en ese caso, no solo él se vuelve peligroso para nosotros... ¿me entendés?* — agregó el juez Sarachi

Barleti, sorprendido por lo que estaba escuchando, frunció el entrecejo y de pronto su rostro se

tiñó de rojo. Instintivamente su mano derecha bajó hasta el cajón superior y lo abrió. Simón Castro lo vio y supo que, si no ponía paños fríos de inmediato, las cosas se saldrían de encuadre. Sabe qué es lo que guarda Barleti en ese lugar. Rápidamente y con disimulo, se acercó y mirándolo fijo a los ojos, le quitó la mano de allí y cerró despacio el cajón. —*Vamos, muchachos, dejémonos de joder. Nadie se vuelve peligroso para ninguno. La pendeja no puede ni va a poder hablar...está hecha mierda y el boludo de André tampoco lo va a hacer. Sabe que nos necesita para ganar plata y seguir falopeándose*

—*Está bien...está bien* —dijo el senador Hasko —*Que Francisco hable con el francesito. Pero quiero que sepan que opino igual que Gabriel y si este pendejo no entra en razones vamos a tener que eliminarlo. Yo no quiero caer en cana por una pendejada de estas. Si veo que se vuelve un riesgo para mí le levanto la tapa de los sesos y no les voy a pedir autorización para hacerlo, ¿me entendieron bien?*

Nadie respondió. Todos conocen al senador Hasko y saben que solo es un bravucón que amenaza, pero que no tiene pelotas para ejecutar sus advertencias. Quedaron en silencio, sin mirarse. Castro encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana para abrirla y dejar salir el humo, pero Barleti le sugirió que no lo hiciera...

—*¡Dejála así, Simón! Que nadie nos vea desde afuera. Terminemos de una buena vez con la reunión y después cada cual se va a su oficina o a dónde mierda quiera...*

Rato después y justo en el momento en que Barleti tomaba su abrigo para retirarse, Josefina le avisa por el intercomunicador que había llegado André y pedía hablar con él. Las cosas se habían precipitado más de lo que esperaba, pero consideró que era mejor concluir con esto ahora y le respondió que lo haga pasar...

—*Pasá André y sentáte que tengo que hablar con vos* — le dijo sin siquiera mirarlo a los ojos. Simuló acomodar unos papeles sobre su escritorio y después lo rodeó por detrás y se sentó en un sillón enfrenteado al joven. —*Querés tomar algo? Le preguntó...*

—*No, gracias, Pancho...Acá te traje las llaves del depto y ¿Qué querías decirme?*

—*Escucháme, pibe... esta mañana me avisaron que tu novia está internada y al parecer está en coma. Tengo la sospecha que, mientras estábamos reunidos con mis amigos, la pendeja me afaná unos sobres y se pasó de mambo con la frula. Dicen que la encontraron tirada en el palier unos cuantos pisos más abajo. Creo que no se aguantó las ganas y se dio jeringa adentro del ascensor. Sabrás que esto me puede traer problemas y si yo tengo problemas, también los vas a tener vos... ¿me explico?*

—*Sí...sí, Pancho...pe...pero te prometo que no vas a tener problemas. Ella no le va a contar a nadie.*

—*No me prometas algo que no vas a poder cumplir... ¡no me tomes por boludo! Hacete cargo de la pendeja y listo. Y si se despierta, la sacás del hospital y te la llevás a Francia o a donde se te cante el culo... pero no quiero verla cerca mío nunca más... ¿me entendiste?*

—*Sí...sí, Pancho...Pero es raro ¿no?*

—*¿Qué es raro?*

—*Que ella no sabía cómo pincharse...*

—*Qué ingenuo que sos, pibe... mirále los brazos y vas a ver cómo aprendió de rápido... tanto que ni vos te enteraste. Ah, y otra cosa... por un tiempo quiero que no vengas... ni a mi casa, ni me llames por teléfono, ni nada... ¿escuchaste?*

—*Pe...pero Pancho... ¿me estás echando?*

—*Más o menos...*

—*Noo, por favor, Pancho... no me rajes...* —dijo el joven con los ojos brillosos y a punto de romper en llanto.

—*No te estoy rajando... solo que quiero que no nos veamos por un buen tiempo. Te voy a pasar otros trabajos, pero ya no serán como los que venías haciendo para mí. Y si no te alcanza, te vas a tener que buscar otra cosa...lo siento mucho, pero vos y tu novia me metieron en un gran quilombo y eso no es justo para mí. Ah...y la frula te las vas a tener que conseguir en otro lado.*

—*Pe...pero si no te puedo llamar y tampoco puedo venir a tu oficina ni a tu casa... ¿cómo es que me vas a pasar laburos?*

—*No te preocupes por eso...alguien te va a contactar de parte mía y desde entonces solo te vas a ver con esa persona. Yo, de tu vida, salí por completo... ¿me entendés?*

—*Sí, Pancho...*— André se pone de pie y comienza a caminar con la cabeza gacha hacia la puerta, pero antes de tocar el picaporte, gira sobre sí y...—*eh, cuando dijiste que me haga cargo de Soledad... ¿qué quisiste decir?*

—*Y vos... ¿qué creés que quise decir?*

—*No lo sé...*

—*Tiráme una idea entonces...*

—*¿Qué la haga desaparecer?*

—*Es una idea aceptable, pibe*

—*¡Pero, yo nunca liquidé a nadie, Pancho!*

—*Quizás es hora de que madures ¿no? En este negocio se vive y se muere...*

—*Pero también me dijiste que la sacara del hospital y la lleve a Francia...*

—*¿Tenés plata para eso?*

—*No...*

—*Y, ¿entonces?*

—*La puedo conseguir...*

—*¿Quién te la va a dar? Conmigo ni cuentas...*

La mente perversa de Barleti no desaprovecharía aquella oportunidad. Las necesidades del chico harían el trabajo sucio y solo tenía que impulsarlo a cometer el homicidio. El tiempo juega a su favor, solo debe esperar.

André, durante el último año, se volvió dependiente de los dineros que él le proveyó y jamás ahorró ni un céntimo. La noche, la droga y los amigos oportunistas contribuyeron a que así fuera. Lo que fácil se obtiene, fácil se va. Por entonces, el joven había olvidado a quienes lo cobijaron cuando llegó a la Argentina y hasta había despreciado sus “negocios”. Para él solo eran monedas.

Ellos jamás olvidaron aquel desaire y ahora, que los necesita, le darían la espalda sin siquiera contemplar su propio beneficio. Negros nubarrones asoman por sobre su cabeza y ya no cuenta con la protección del senador. La soberbia de creerse un elegido lo llevó por senderos sinuosos y con los barrancos próximos a la única huella por la que transitaba. Durante un año condujo a alta velocidad creyendo que era inmortal, despreciando los precipicios y riéndose en la cara de quienes, con su esfuerzo, batallaban a diario para llevar el pan a sus mesas. Ahora, su vida ha dado un vuelco y la pendiente es hacia abajo y, aunque accione con desesperación la pedalera, su vehículo ha quedado sin frenos. El despeñadero está allí, detrás de la próxima curva y solo la suerte puede salvarlo. O quizás, la única persona a la que nunca traicionó pero que dejó olvidada por más de dos años: Silvestre Romero. Era su única esperanza, aquel que le brindó su calor cuando, en las noches frías de París, ni siquiera sus padres lo abrigan. “*Tal vez continúe*

*viviendo en la misma pensión*”, pensó. Y hacia allá se dirigió. Pero, para llegar debía sortear un inconveniente que no había tenido en cuenta: sus arcas estaban absolutamente vacías. Ni un céntimo en sus bolsillos, ni siquiera para un pasaje de subterráneo. Tuvo que caminar todo el trayecto. Un poco más cuarenta cuadras fueron suficientes para idear las mil maneras diferentes de presentarse sin parecer un derrotado. Su idiotez era lo único en él que no tenía heridas y solo estaba dispuesto a reconocer que estaba pasando por un momento de escases económica, pero *de seguro es solo algo momentáneo*, le diría para justificarse. André se había acostumbrado a mentir y lo hacía aun cuando no necesitaba hacerlo. Barleti y sus secuaces lo habían sumergido en un ambiente turbio donde la mentira era moneda corriente y necesaria para sobrevivir. Mentía sobre su pasado, sobre su presente, sobre sus realidades, sus amistades, sus ingresos, sus egresos, sobre todo, sobre absolutamente todo. Pero pronto descubriría que todas las excusas que había pensado, de nada le servirían; lo que encontró allí fue solo una casa en demolición, vacía, donde apenas quedaban en pie algunas puertas con sus jambas y dinteles desnudos y, en otras, solo el vano. De aquella casa de pensionados solo quedaban los recuerdos. Había sido vendida a una desarrolladora inmobiliaria y pronto se convertiría en una torre para oficinas.

Desolado, interrogó a los pocos vecinos que se dignaron a abrirle sus mirillas. Le dijeron que Silvestre ya no estaba en el país, que se había mudado a Méjico junto con la compañía teatral que lo conchabó desde sus comienzos. Que habían decidido probar suerte en el país caribeño. André, ya no tenía a nadie, había quedado solo y sin alguien que lo cobije. Un tiempo antes, sus padres habían muerto por sobredosis y su herencia había sido dilapidada antes de que los sorprendiera la parca. Sus cuentas bancarias y su vivienda fueron a cubrir deudas con los bancos y también a los proveedores de anfetaminas. No tiene tíos ni abuelos, está solo en este mundo...absolutamente solo.

Aquella era la excusa que su mente esperaba para traicionar a sus convicciones...la propuesta de Barleti se vuelve cada vez más real y probable; después de todo sus sentimientos han quedado sepultados bajo los escombros de su orfandad y Soledad solo es una piltrafa humana que no sirve a ninguno de sus propósitos. Seguramente, ella jamás se recupere y ayudarla a traspasar los límites del limbo no solo servirá para aliviar la pena de su alma sino también para resolver su problema.

Cuando era apenas un mocetón, agobiado por la desdicha y la ausencia de lazos familiares, André buscó refugio en la lectura de temas teológicos y fue allí cuando descubrió a Clemente de Alejandría, un teólogo que ya en el siglo III sostenía que solo las almas pecaminosas eran castigadas con la infinita venganza del fuego insaciable. Convenientemente y para afirmar sus intenciones, André recordó que Soledad Starova es una niña bondadosa y carismática que, si no fuera por su traición, jamás habría caído bajo los influjos de la cocaína. La droga que él mismo le había inducido a inhalar era la causante de sus desventuras. Soledad Starova no era culpable de ello y si muere su único destino solo puede ser el paraíso y el descanso eterno a la diestra de Dios.

La droga había afectado a su raciocinio y para él, cometer ese asesinato, era liberador para Soledad y además, todo lo que necesitaba para ganarse nuevamente el respeto de Barleti. El senador estaría feliz con su decisión y seguramente lo recompensaría por ello. Ni siquiera sospechaba que su jefe era el culpable de que la muchacha estuviera en esa situación y, aun cuando lo supiera, es factible que lo justificara con tal de que el dinero y la cocaína regresen a su insignificante vida. Ahora solo tenía que idear un plan para deshacerse de Soledad. Pero, ¿cómo lo haría? No tiene dinero ni armas y tampoco suficientes neuronas como para pergeñar algo tan

complejo. La respuesta apareció cuando inconscientemente introdujo su mano en el bolsillo derecho de su pantalón y palpó algo metálico y frío: eran las llaves del departamento de Barleti que aquella mañana había olvidado dejar sobre su escritorio. Y, entonces, todas las cartas comenzaron a caer; supo de inmediato que debía hacer. En el departamento del senador conseguirá cocaína y solo debe encontrar el momento justo para entrar y robarla. Un llamado a Josefina le asegurará cuando no haya moros en la costa. André sabe que nadie tiene duplicado de las llaves y también que Barleti tampoco deja entrar a nadie si él no lo acompaña. Es su reducto pecaminoso y como tal extrema precauciones para evitar miradas indiscretas. No habría riesgos.

Luego, pensó, todo será fácil; visitar a Soledad como lo hace desde varios días e inyectarla para producirle un colapso. Sabe que su cuerpo vapuleado por los excesos no resistirá otra dosis alta y el deceso será inevitable.

Es la hora 12:30 y en el Hospital Argerich ha comenzado el horario de visitas solo para las salas de terapia intensiva. André lleva en su bolsillo derecho una cantidad considerable de cocaína y en el izquierdo una jeringa, una cuchara y un encendedor. Sobre sus espaldas una colorida mochila igual a las que utilizan los estudiantes universitarios.

Victoria Gaspar, acaba de terminar su ronda matutina y se alista para salir a almorzar con su esposo. No es habitual que ambos coincidan en sus horarios libres y festejan cuando eso sucede. Mira la hora en el reloj pulsera y se encamina hacia la salida, pero de pronto se detuvo; André acaba de ingresar al hospital y ella lo reconoció. Ya antes lo había visto visitar a Soledad y aunque aquello fuera normal, algo en la expresión del joven le extrañó. Decidió seguirlo. Ella todavía no se había quitado el uniforme y eso le permitió acompañarlo en el ascensor hasta el segundo nivel sin despertar sospechas. Nunca lo miró y tampoco le dirigió la palabra. Ambos se dirigieron al área de cuidados intensivos y fue entonces cuando Victoria se detuvo simulando atender el requerimiento de un paciente. Era la excusa para dejarlo continuar su camino y ver así en cuál de los boxes ingresaba. Y sus sospechas pronto se confirmaron. André desapareció detrás de las cortinas donde está alojada Soledad Starova. Victoria se extrañó, aunque no se alarmó. Se mantendría alerta y cerca del lugar. André, sabía que no había tiempo que perder; de inmediato sacó la cuchara de su bolsillo y calentó en ella la cocaína que llevaba en su bolsillo y esperó hasta que se derritiera totalmente. Enseguida introdujo la aguja en el líquido tibio y jaló el embolo hacia arriba. La jeringa se llenó. Victoria se acercó hasta la entrada misma del box y quedó escuchando desde afuera. De pronto, su expresión parca y cautelosa se convirtió en un enunciado de felicidad y jolgorio. Su corazón estalló de júbilo; el joven había comenzado a rezar y para Victoria era una señal divina. Sus ojos se cubrieron de lágrimas. La embarga la felicidad. Era la prueba de amor más grande que había presenciado en su vida. Un joven como él y que en estos tiempos reza a Dios pidiendo por la recuperación de su amada es tan raro que no dudó un instante y se arrodilló en su sitio para acompañarlo en sus oraciones. André nunca la vio y tampoco la escuchó; ella estaba detrás del cortinado y no ingresó para no entorpecer su intimidad.

Pero, inesperadamente algo sucedió. El oído entrenado de Victoria, supo detectar un chasquido que le era demasiado familiar y entonces, alarmada, se incorporó. Era un sonido igual al de una banda elástica al soltarse, como el que se utiliza cada vez que se va a inocular una vena. No había tiempo para contemplaciones. Aquello nada bueno podía significar. El joven no era médico ni enfermero. Descorrió la cortina y entonces lo vio, en el preciso momento en que introducía la aguja en la vena y estaba presto a inyectarle el mortal líquido. La sangre había comenzado a ingresar en la jeringa y se mezclaba con la droga líquida.

André, al verse sorprendido, extrajo de entre sus ropas una pistola e intentó dispararle. Pero su

inexperiencia hizo que sus movimientos fueran torpes y Victoria no tuvo dificultades para desarmarlo. Lo había detenido justo a tiempo. Pero su entusiasmo duró poco. El joven, en una maniobra sorpresiva, se soltó y logró huir. Fue justo en el momento en que ella aflojó la presión de sus manos para ver si la jeringa aún estaba clavada en el brazo de Soledad. Por instinto, quiso perseguirlo, pero la vida de la paciente podía estar en peligro y desistió. En el panel de la cabecera de la cama identificó el botón de emergencia médica y lo oprimió. Y enseguida, quitó la jeringa del brazo de Soledad y comenzó las prácticas que la urgencia requería. Pronto escuchó pasos que se acercaban acelerados y se apuró para esconder la pistola adentro de la mochila que trajo consigo André y después la empujó con el pie por debajo de la cama. No supo por qué lo hizo. Algo había en los gestos circunspectos del muchacho que la contuvo de delatarlo; tal vez su mirada de inocencia o quizás su estupidez, o padres ausentes o malos consejeros. Pero de algo estaba convencida: él no era un asesino y había actuado así en su desesperación al ser descubierto. No había odio en su mirada y era evidente que no sabía manipular armas. Para ella, estaba claro que había querido asesinar a Soledad, pero quizás él lo veía más como un acto misericordioso y solo pretendía aliviarle las penas ante un final irremediable, algo que hasta los mismos médicos habían diagnosticado. Fue un acto de amor, por eso sus rezos.

Por algo más de media hora, la médica de guardia y uno de sus asistentes permanecieron en el box. Debían asegurarse de que no hubiera ingresado ni una sola gota de cocaína en las venas de Soledad y solo cuando comprobaron que el peligro había pasado, abandonaron el cubículo. Victoria, mientras tanto, llamó por teléfono a su esposo y se excusó con él por no poder asistir a la cita. Solo mencionó que habían tenido una emergencia, pero nunca cuál ni dónde se había declarado. Fue una respuesta automática y no supo por qué lo había hecho. Sintió remordimientos. Pero se auto exculpó convenciéndose de que no era el momento propicio. Ya había demasiadas complicaciones dentro del hospital como para generar una nueva. Denunciar un intento de asesinato solo le traería más problemas de los que ya tiene.

Ella había mentido en su informe. Dijo que el joven desvariaba, que eran evidentes sus signos de estar bajo los efectos de alguna sustancia alucinógena y que, según sus palabras, solo pretendía resucitarla con una dosis de cocaína.

Victoria aún no entiende por qué lo hizo. Sabe que encubrió a un asesino, que si la descubren irá a la cárcel como cómplice y que ni siquiera su esposo podría ayudarla. Y por sobre todas las cosas, sabe que no hay explicación alguna para semejante delirio. Debe buscar ayuda y creyó que una visita al padre Braulio será el mejor remedio para sobrellevar esta culpa. Pero eso será en otro momento. Ahora, tiene otra misión que es la de descubrir por qué este joven había cometido semejante tropelía.

## CAPÍTULO VIII

Antes de salir del box, Victoria se aproximó a la cama de Soledad, se agachó por debajo de ella y estiró su brazo para alcanzar la mochila que dejó olvidada André. Aún desconoce el nombre del joven, pero muy pronto lo descubrirá.

Su primer impulso fue abrirla en el lugar, pero la prudencia pudo más y salió del hospital con ella a sus espaldas. Apuró su paso y se dirigió al estacionamiento a buscar su coche. Está nerviosa y a duras penas pudo abrir su cartera para sacar el dinero de ella y pagar la estadía. El cajero lo notó y le preguntó si se sentía bien. Ella esbozó una sonrisa fingida y le respondió que sí y enseguida se excusó aduciendo que cuando está apurada se vuelve torpe. Por la mirada esquiva del hombre supo que no le había creído y al tomar el ticket de salida no pudo evitar que éste escapara de sus manos y cayera al piso. Maldijo en voz baja. Se apresura a ingresar al vehículo, asegura las puertas y mira en todas direcciones para cerciorarse de que nadie la observa. Tomó el morral, lo apoyó sobre sus rodillas y lo abrió; le intriga de sobremanera saber qué contiene. Pensaba que en la intimidad de su automóvil podría inspeccionarla alejada de ojos curiosos e indiscretos. Pero, su plan falló. Al ver que demoraba su partida, alguien le golpeó suavemente la ventanilla para llamar su atención: era uno de los empleados que le recordó que solo disponía de diez minutos para abandonar el lugar si no quería pagar un recargo. Le agradece con un gesto con la cabeza, coloca la primera marcha y se va. Busca un café alejado del hospital y también de su casa. No quería nuevas interrupciones y tampoco que algún conocido la viera con una mochila que le era ajena. Se ubicó en una mesa alejada, en uno de los rincones del lugar y casi en solitario. A pesar de sus precauciones jamás imaginó que estaba siendo observada desde otro lugar.

Pidió un café apenas cortado y esperó a que el camarero le trajera el pedido. Solo entonces fue cuando comenzó la inspección del bolso. Enseguida identificó algunos envoltorios que no necesitó abrirlos para saber qué contienen: era cocaína. Pensó que, desde su inexperiencia, el joven no sabría cuánto polvo debía derretir y llevó más de la cuenta. En otro compartimento del morral y adentro de un bolsillo interno, un pasaporte. Lo sacó y vio que pertenecía a Soledad; volvió a guardarlo y siguió hurgando. Fue entonces cuando descubrió, disimulado entre algunas ropas femeninas, algo que parece una libretilla de tapas duras. Una cinta de cuero la cruza en el lado contrario al lomo y se introduce en una traba de cerradura impidiendo su apertura. No tiene ninguna inscripción en la portada y por sus dimensiones, pensó que aquello era un diario íntimo. Forzar la cerradura no sería un problema, pero no fue necesario. Seguramente por impericia, las llaves jamás fueron quitadas de su atadura y entonces la abrió y comenzó a leer, o al menos lo intentó. Aquello no era español, sino una escritura con numerosas acentuaciones con diéresis con la que se identifica al idioma albanés. Victoria, por sus ancestros albaneses logró reconocerlo, pero no comprenderlo. Ella jamás aprendió hablar aquella lengua; solo comprende el significado de algunas palabras sueltas. Pero, para su sorpresa, en albanés solo fueron las primeras páginas. Promediando el diario se entremezclaba con el español y más adelante continúa solo en este último, aunque pésimamente redactado. Estaba claro que quien lo había escrito no lo hizo con asiduidad porque las fechas no eran correlativas. En las primeras páginas la letra era pareja y hasta denotaba una perfecta caligrafía, pero a medida que avanzaba el texto, se tornó desigual, con rasgos toscos y hasta se habían filtrado suciedades entre medio. Algo había sucedido en medio y el sesgo de los acontecimientos le impidió mantener una escritura impoluta. Algunas palabras solo

eran meros garabatos totalmente ilegibles.

No se detuvo a leerla completamente, eligió solo algunos párrafos. Pero hubo uno en especial que llamó a su atención: “*Me siento mal...me siento sucia*” y más adelante leyó “*quiero irme a casa, quiero huir...pero no puedo, Francisco no me dejará*”. Y allí, el papel estaba arrugado y la tinta corrida, como si una gota hubiera caído sobre ella y se la quiso quitar del medio con la mano. ¿Una lágrima, quizás? La escritura estaba borronada y enlodada; la mano con que quisieron secarla también. Dedujo, por su contenido, que ese diario pertenece a Soledad. El joven que huyó tiene un inequívoco acento francés y salvo que también hablara albanés, quien escribió aquellas tortuosas palabras no puede ser otra que Soledad Starova. Parte de lo que expone en la narración se corresponde con lo que su informe médico expresa. Pero, ¿quién es Francisco, aquel que ella menciona como culpable de no dejarla ir? Quizás el joven asesino, o quien le proveyó de los narcóticos. O quien la explotó sexualmente; o ambas cosas. Por su relato, aquella niña había venido a este país buscando un porvenir auspicioso y solo halló miseria. Victoria siente que debe hacer algo por ella, aunque solo sea por su memoria. Cerró el diario íntimo y lo guardó en su cartera. No quiso continuar leyendo y tampoco hurgando en el interior de la mochila. Temía tocar el arma que le había quitado a André y aunque estaba habituada a manipularlas, siempre le produjeron rechazo. Consternada, se levantó de la mesa y fue en busca de su automóvil; quería salir de allí e ir a su casa.

El camino hasta su hogar fue lento, nunca imaginó descubrir lo que había descubierto y tampoco se pudo quitar de la mente los horrores que suponen esas escrituras; sabe que en algún momento debe hablar de esto con su esposo, pero también que, si lo hace y cuenta toda la verdad, sería apartada de su puesto. Sentía pena por la joven postrada y haría hasta lo imposible para evitar que la justicia se ensañara en preguntas y cuestionamientos estériles que la alejaran de su lado. Ahora más que nunca tiene necesidad de continuar viéndola, de cuidarla, de rezar a su lado. Aquella inocente jovencita estaba sola, sin nadie que la proteja y lo que es peor, ahora está en peligro real. El asesino había huido y debe hallarlo sin demoras...pero ¿dónde?

Introduce la llave en la cerradura de la puerta de entrada y abre. La casa estaba silenciosa; apenas unos minutos antes, supo que Eugenio llegaría tarde y que Micaela, su hija, pidió pasar la noche en casa de una de sus amigas. Subió hasta su habitación, se quitó la ropa y entró al duchador. Abrió los grifos de agua y se dejó masajear por los finos chorros calientes sobre su espalda. Sabiéndose en soledad, se cubrió con un robe de chambre y se recostó sobre su cama para continuar con la lectura del diario íntimo de Soledad. Antes se mortificó por haberlo hecho, pensó que violaba la intimidad de una niña que aún estaba viva. Pero enseguida comprendió que allí podía estar la llave de su verdad y continuó. Así supo que, un tal Francisco, es a quien ella acusa de no permitirle salir de aquella vida caótica y pecaminosa y que el joven amor de su vida se llama André “Curtuá” y al que ya no ve. Imaginó que Soledad, por las dificultades idiomáticas, solo pudo transcribir la fonética.

Los relatos se continúan y son cada vez más crueles. Pronto el espanto se apodera de Victoria, su piel se eriza y su garganta se reseca. Frecuentemente cubre su boca con las manos como si así pudiera evitar leer las atrocidades a las que fue sometida. El odio comenzó a dominar sus emociones y se persigna cuando lo nota. Su corazón late a pasos acelerados y una extraña sensación se apodera de su mente; es el repudio a la justicia que nada hizo para impedir que aquella jovencita sufriera tamañas degradaciones. Se enfurece y arroja con fuerza el diario que impacta sobre la alfombra. Ovilla su cuerpo y se cubre los oídos con las manos como si así lograra sustraerse de sus propios pensamientos. Sus ojos se cubren de lágrimas, la angustia la

atormenta. Pero, minutos más tarde, recoge el diario y lo sostiene entre sus manos por largo rato, mirándolo y acariciándolo con sus dedos pulgares, como si le rindiera un homenaje póstumo. Aquellos textos la han conmovido, sus pensamientos se trastocan y adquieren ribetes inusuales. Mil imágenes se cruzan por ellos, son sensaciones encontradas. Sus deseos, rayanos con lo inmoral, se confunden entre sus creencias religiosas y la realidad que la golpea inexorablemente. Pero esta vez no se reprime y tampoco se persigna, es una férrea lucha entre el bien y el mal, sin ganadores ni perdedores. Hasta que, por fin, una vez más lo abre y continúa leyendo. Quizás por respeto a la víctima o tal vez por la intriga que le genera conocer el final de la historia. Cada página es un testimonio diferente. En cada frase, en cada palabra que lee, la angustia y el padecimiento de la joven están presentes. Fue entonces cuando surgieron otros nombres, a los que ella menciona como “*el juez, el senador, Castro y una vez más, Francisco*”.

Soledad había tomado a ese diario como su confesionario, un amigo íntimo con quien compartir las prácticas bárbaras que, por su dependencia a las drogas, debía aceptar. Estaba encadenada a su cruel destino, pero al menos escribiendo había hallado un escape. Este amigo de tapas duras jamás la cuestionará ni la atosigará con porqués. Era la huida a sus momentos de lucidez y solo cuando no estaba bajo los efectos de los narcóticos, que cada vez fueron menos frecuentes. Las fechas anotadas así lo revelaban y la desprolijidad de las escrituras, evidenciaban el consumo casi permanente.

Y entonces, lo impensado; un texto incompleto que sugería un pedido de auxilio: “*muero muero me muero por favor francisco basta ya*”.

La frase estaba escrita sin reglas ortográficas, sin mayúsculas, sin comas ni puntos y era apenas legible. No era solo un mensaje, era un ruego. Y después, nada. Ya no hubo más palabras, solo manchas de suciedad y páginas arrugadas que se habían resistido a ser arrancadas. Quizás fue obra de la casualidad, pero gracias a su rebeldía, el mensaje había quedado intacto y pudo transmitirse.

Victoria, absorta, entreabrió sus manos y dejó que el diario se deslizara por ellas hasta que se detuvo sobre el acolchado que cubre la cama. Su mirada humedecida quedó fija en un punto perdido del espacio. No logra hilvanar un pensamiento único; está confundida... consigo y con su razón de ser. Deja transcurrir unos minutos y enciende la televisión; quizás para distraerse, quizás para olvidar aquella amarga sensación en su boca. Pero, de pronto, algo sucedió; desde la planta baja, se escuchó un ruido extraño; pensó que su esposo había regresado antes de lo previsto y en un acto reflejo, escondió el diario íntimo debajo de la almohada. Rápidamente se sentó en el borde de la cama, se calzó un par de pantuflas y enseguida se puso de pie. Debía adoptar una postura diferente, de distensión. Se enjugó las lágrimas, se acomodó el cabello y abrió y cerró la boca para aflojar los músculos faciales. Frente al espejo ensayó una fingida sonrisa y ya conforme aflojó levemente el lazo de su albornoz. Luego, separó el cuello para mostrarse sugerente y se preparó para darle una bienvenida sensual. Debajo de la bata, su cuerpo estaba desnudo y pensó que un poco de buen sexo la ayudaría a sobrellevar la angustia que le provocó la lectura de aquel diario. Creyó escuchar pasos cerca y lentamente se encaminó hacia la puerta. Quería estar cerca de ella para darle un recibimiento como jamás olvidaría. Y entonces, la puerta se abrió...quedó estupefacta, un enorme cuchillo de carnicería apuntaba su filo hacia su garganta y lo empuñaba André que ingresó a la habitación con expresión desencajada. Con su mano libre la tomó de los cabellos y la arrastró hasta la cama. Victoria no tuvo oportunidad de defenderse. El muchacho, por la abstinencia, no medía consecuencias. Sus labios se habían resecado y buscaba humedecerlos con la lengua de manera permanente. Eso le impedía hablar con soltura...solo balbuceaba...

balbuceaba una sola pregunta...

—*¿Dónde está la mochila... dónde está la mochila? Hija de puta... ¿dónde está la mochila?*

Mientras la zamarreaba con violencia. Por la desesperación había multiplicado sus fuerzas. Con una sola mano la dominaba, la arrastraba por el piso, la levantaba hasta enfrentar sus rostros y segundos después la arrojaba nuevamente encima de la cama. No se había drogado por más de veinticuatro horas y la ausencia de cocaína en su sangre estaba haciendo estragos en su cuerpo. Victoria, aterrada no lograba emitir sonido alguno y eso lo enervaba aún más. Pero, de pronto, el muchacho vio que por debajo de la cama asomaba una de las bandoleras de la mochila y por tratar de alcanzarla se descuidó y esa fue la oportunidad que vio Victoria para intentar escapar. Corrió hasta la puerta, pero hacerlo con babuchas le impidió ganar velocidad y antes de que alcanzara el picaporte, André la asió del lazo de la salida de baño y la detuvo. Tanta fue la brutalidad con que lo hizo que parte de su torso quedó al desnudo. Ella intentó cubrirse, pero André había salido de sus cabales y comenzó a golpearla con ferocidad. Se puso a resguardo e intentó calmarlo. Le habló bajo para no enervarlo. Lentamente se puso de pie anteponiendo sus manos para evitar mayores daños. Sus palabras fueron apenas un susurro...

—*¡Tranquilo... tranquilo... dejá de pegar... ya tenés lo que querías!* — le dijo en tono de súplica.

André, por alguna razón dejó de hacerlo y sacó uno de los sobres de cocaína del interior de la mochila. Inmediatamente lo abrió y sin demasiados preámbulos, lo esnifó en una sola pasada. Victoria, aprovechando el momento, se cubrió el pecho y ajustó el lazo de su albardón. La cocaína comenzó sus efectos y André calmó su enojo. Fue entonces cuando riendo socarronamente exclamó ...

—*Ja, ja, ja... ¡no hace falta que te tapes, vieja! No me gustan las minas como vos...*— dijo con acento francés, pero modismos argentinos.

Ella se contuvo de responderle, más no iba a desafiarlo. Fue entonces cuando recordó algo de lo que leyó en aquel diario y le preguntó...

—*¿Cómo te llamas?*

—*Y a vos ¿qué mierda te importa?* — respondió André seguro de que esta vez era él quien dominaba la situación.

—*Está bien... si no me querés responder, no importa. Solo quería ser amable. Sé que sos el novio de Soledad...*— arriesgó a decir sin tapujos.

André, sorprendido quedó en silencio unos cuantos segundos, mirando al piso primero y luego a ella. Estaba escudriñando sus gestos para decidir si responder o no, hasta que...

—*Ah, ¿sí? Y vos, ¿cómo sabés eso?*

Fue entonces cuando, sin saber por qué, Victoria se aventuró y desafió a la suerte una vez más...

—*Me lo dijo Francisco...*

El rostro del joven cambió radicalmente. La expresión de incredulidad se marcó en cada uno de sus pliegues. —*¿Cómo puede ser que esta mujer conozca a Barleti?* — pensó. Fue entonces cuando ella supo que había dado en el clavo y que de él obtendrá mucha información. Solo debe ser precavida y no abusar de su buena estrella. Decidió continuar con la parodia, pero ahora desde un lugar más tranquilizador. Está claro que nombrar a Francisco lo desestabilizó; su sola mención fue suficiente para el joven adquiriera una postura más calma, de respeto o quizás de temor...

—*¿Sorprendido?* — le preguntó

—¿Por qué habría de estarlo? ...cualquiera conoce al senador

Ahora, la sorprendida era ella. En el diario, Soledad mencionó a un senador, pero también a Francisco. Algo no cuajaba, pero no iba a cejar en su intento de averiguar más.

—¿Sí? Y ¿cualquiera conoce a Castro, también? Y ¿al juez? —Para entonces André no lograba salir de su asombro. —¿Quién es esta mina? —Pensó. Victoria comprendió que le había asestado un golpe al mentón del que no logrará sobreponerse rápidamente y debe rematarlo antes de que pueda reaccionar... —Y ¿cómo era que llamaba el juez? ¿A ver? ¿Me lo vas a decir o tengo que demostrarte con quien te metiste?

—¿Qué querés que te diga... qué juego es este?

—Demostráme que tenés pelotas y decime quien te mandó a eliminar a Soledad. Y no me vengas con boludeces... ¿Fue el juez?

—¿Quién, Sarachi? Ja, ja, ja...nooo, él mete jeta, pero es un cagón, igual que el senador Hasko. Ellos siempre quieren hacerte creer que se comen los chicos crudos, pero la verdad es que son un par de cagones. Nooo, ellos no fueron...fue el senador Barleti, pero eso ya lo sabías ¿no?

—Sí...ya lo sabía. Y ¿vos, sabés que hacía yo allí?

—No

—Francisco necesitaba comprobar que tenías los huevos necesarios para sacar a la pendeja del medio. Ahora ya lo sabe. Ahora andáte a tu casa y dejáme de joder... y quedáte tranquilo que de esto no le voy a decir nada...

—Él sabe que le robé la frula?

—Ya vos ¿qué te parece?

—¿Creés que es buena idea llamarlo para pedirle perdón? —Para entonces, André había cambiado radicalmente su actitud y del agresor que fue hace instantes pasó a buscar su consejo. Victoria no iba a dejar pasar esa oportunidad.

—¿Sos boludo? Ni se te ocurra...a menos que quieras que él te corte las pelotas al ras... Pibe, mejor desaparecé del mapa y asegúrate de que no te encuentre.

—¿Sabés? Lo que no me cierra es que si él quería saber si tenía huevos para liquidar a Soledad... ¿para qué te mandó a vos?

—¿Vos creés que sos el único que trabaja para él?

—No, pero es raro. Además, hoy vos a mí no me esperabas.

—No, y ¿por qué iba a hacerlo? Al que esperaba es a mi marido ¿Sabés quien es mi marido?

—No... a ver ¿quién es tu marido? y no me digas que es alguno de ellos porque los conozco a los cuatro —dijo en tono burlón

—Es el inspector Marques, de la policía... ¿querés esperarlo? sentáte nomás, pero después no me digas que no te lo advertí...

—¿Queé? ¿Sos la mina de un policía? Que los parió a todos ustedes...son todos iguales... políticos y policías, toda la misma mierda...

—No te pases de vivo...

André sintió la necesidad de enseñarle a esta mujer que a él nadie le habla así, pero recordó lo que había sucedido apenas unas horas antes en el hospital y la facilidad con que ella lo había desarmado. Solo esbozó una sonrisa solapada, tomó la mochila y se la colgó de un hombro. Caminó lento hasta la salida de la habitación, abrió la puerta y salió sin decir nada. Tampoco miró hacia atrás.

Victoria, cuando escuchó que la puerta de calle se cerró, se dejó caer, se arrodilló al lado de

su cama y rompió en llanto. Jamás se imaginó con el valor suficiente para hacer lo que había hecho, pero ahora tenía un nuevo problema y es que, si este joven habla, ella estaría en reales dificultades. Saben dónde encontrarla. Estaba en un verdadero dilema. Confía en su esposo, pero no en la justicia y si habla de esto con él seguramente se verá comprometida con el caso y su imagen se divulgará. La prensa no dejará pasar la oportunidad de hacerse eco de semejante noticia e imaginó los titulares de todos los diarios: **“Valiente enfermera se enfrentó con un sicario y evitó que asesinaran a una testigo”** **“Dos senadores de la nación y un juez federal involucrados en la denuncia”**. Y pocos días después leería otro titular: **“Los senadores y el juez fueron absueltos de toda sospecha por falta de elementos probatorios y han iniciado acciones legales en contra de Victoria Gaspar, la enfermera que los denunció”** o **“Inspector de policía Eugenio Marques debió renunciar por el escándalo desatado por su esposa Victoria Gaspar”**.

André se había llevado la mochila sin percatarse de que ni el diario íntimo de Soledad ni la pistola con la que la había agredido estaban en su interior. Y era lógico que así ocurriera: él solo quería su maldita droga.

Pero, Victoria no podía permitir que su esposo encontrara el arma en la casa y decidió esconderla entre sus enseres de costura. Pensó que allí jamás sería descubierta y además no tuvo oportunidad de idear otro escondite porque unos minutos después Eugenio introducía la llave en la cerradura de la puerta de entrada. Ella salió a su encuentro y antes de que él pudiera reaccionar se colgó de su cuello y lo besó tres veces en amabas mejillas...

—*¡Bueno, bueno!... ¡qué recibimiento! ¡qué festejamos hoy?* —dijo el inspector asombrado por la reacción de su esposa.

—*¡Nada...! ¡qué pasa, no puedo abrazarte y darte un beso de bienvenida, acaso?* —respondió ella intentando disimular su angustia

—*Sí, claro amor, solo que me sorprendió tanta efusividad...*

Victoria necesitaba distraerlo para que su esposo no advierta ni su nerviosismo ni las marcas rojizas en el cuerpo que le dejaron los golpes que le propinó André tan solo unos minutos antes. Lo tomó de una de sus manos y lo guió hasta la cocina.

—*Séntate, mi amor, que ya te preparo la cena. ¿Cómo estuvo tu día hoy?* —le preguntó mientras se colgaba del cuello un delantal para cocinar.

## CAPÍTULO IX

—*¡Hola hija, hace días que no te veo por aquí!*

Victoria levantó su mirada y al reconocerlo, se corrió unos centímetros en el banco para que el Padre Braulio se sentara a su lado. El altar, apenas iluminado, es el único testigo de aquel encuentro. Ella, como otras veces, estaba allí para meditar en solitario. Ha elegido la primera fila de asientos porque necesita la proximidad a la cruz desde donde Cristo la observa con su rostro desdibujado por el sufrimiento. El silencio de la majestuosa nave es atroz, y tanto que duele en sus oídos, pero la voz grave del párroco es un bálsamo que alivia a todos sus pesares. Braulio llegó a su vida hace un poco más de veinte años cuando lo vio por primera vez en una pequeña iglesia de Orense, un pueblo en el sur bonaerense. Aquel había sido el destino que la jefatura de policía había elegido para un, por entonces, joven oficial que poco después se convertiría en su esposo. Enamorada de la paz que se respiraba allí, pensó que ese lugar sería su último destino de vida. Le recordaba a la Galicia natal de su abuela materna, aunque jamás visitó a la ciudad que le dio nombre a ese poblado. Poco después llegó un ascenso para Eugenio Marques y con él una nueva mudanza. Pasaron unos cuantos meses y los designios de la providencia hicieron que Braulio y ella volvieran a cruzar sus caminos y desde entonces jamás se separaron.

—*Hola Padre...*— lo saludó sin sonreír y con un gesto en su rostro que evidenciaba su angustia.

—*¡Qué raro que te vea aquí tan temprano y en un día hábil!* —respondió él

—*Tenía necesidad de hablar con Dios, Padre...*

—*Y has hecho muy bien en venir, pero no hace falta que te recuerde lo mucho que te conozco y por tu expresión, sé que algo de preocupa y mucho... ¿quieres hablarlo conmigo?*

—*Es verdad, algo me preocupa, pero no creo que usted pueda resolverlo...*

—*Está bien, respeto tu decisión. Ahora voy a dejarte a solas con el Señor. Adiós hija.* —Y entonces, Braulio, viendo que la incomodaba con su presencia, apoyó su mano sobre el hombro de ella, se puso en pie y se dispuso para retirarse. Fue entonces cuando Victoria, arrepentida por el modo en que lo trató, lo detuvo con un gesto y...

—*No, Padre, discúlpeme si me expresé mal. No se vaya, por favor.*

El párroco, como pocos, sabía cómo actuar y qué decir para que la culpa aflore desde las entrañas de sus feligreses. Se detuvo y volvió a ocupar el lugar que había dejado unos segundos antes. Pero, esta vez, se mantuvo en silencio y sin mirarla. Así fue que Victoria comenzó a hablar sin necesidad de que él pregunte nada...

—*Estoy pasando por un momento horrible y no sé qué hacer... hay una joven en el hospital que... (y, entonces, interrumpió el relato) no, no, no es eso, perdón... ¡por Dios!, ¿cómo explicarlo?* —exclamó acongojada mirando al cielo como si allí pudiera encontrar las respuestas justas. Titubeaba. Atinaba a decir algo y enseguida callaba. Su mentón había comenzado a trepidar, estaba al borde del llanto. Tomó aire y procuró respirar pausadamente y, momentos después, con voz trémula, prosiguió... — *vea Padre (e hizo una pausa para recuperarse y entonces continuó) ayer un muchacho, muy joven él, quiso asesinar a su novia justo delante de mí* —Y al notar la expresión de estupor del párroco, agregó... — *Sucedió en el hospital. Fue horrible... creí que había ido a rezar por ella, pero me equivoqué. Gracias a Dios logré evitarlo porque me trabé en lucha con él y lo desarmé a tiempo. El chico huyó, pero dejó olvidado una bolsa donde*

*encontré el diario íntimo de la jovencita. Y allí está todo el problema, Padre...*

*—Continúa, hija, continúa ...*

*—Es que es muy difícil de explicar qué me pasa con eso, Padre...quisiera largarme a llorar...*

*—Calma, calma, cuéntame todo... o lo que recuerdes, al menos...*

*—Primero quiero advertirle, Padre, que me sentí muy mal por abrir el diario sin autorización de la muchacha...pero, entiéndame, por favor... es que ella está en coma y difícilmente logre despertar y creí que si lo hacía podría comprender qué le había sucedido para terminar internada allí. Y, créame Padre, Dios puso ese diario en mis manos para que descubriera la cosa más espantosa que se pueda imaginar y ahora no sé cómo seguir...*

*—¿Quieres contarme qué descubriste?*

*—Sí, no me importa ya... pero, prométame que no se lo va a decir a nadie. A nadie, Padre, ¡Ni siquiera a Eugenio! —le advirtió con enojo—Yo no lo hice y tampoco lo voy a hacer.*

*—Claro, Victoria... será un secreto de confesión...*

*Ella apenas si escuchó lo que el Padre Braulio dijo...la angustia la consume por dentro y necesita hablar para quitársela. Y de pronto estalló...*

*—¡Hay dos senadores, un juez federal y otro tipo más, cuatro malditos hijos de puta que drogaron y violaron a esta pobre chiquita!... Y no una, sino mil veces... — exclamó antes de romper en llanto desconsolado. Braulio, dejando de lado las formalidades de la iglesia, sintió compasión por ella y sin pensarlo la abrazó para permitir que desahogue su congoja. Victoria, avergonzada, comprendió que se había dejado dominar por la furia y, en compunción, procuró disculparse con el clérigo —¡Perdón, Padre, perdón! No quise usar ese lenguaje delante suyo... le pido que me perdone... es que me indigna tanto...pero tanto, tanto, que no puedo evitarlo y vocifero sin querer hacerlo.*

*—Procura mantener la calma porque la ira no te llevará por buen camino. No obstante, ¿tienes pruebas de lo que acabas de decirme?*

*—Padre Braulio, es todo lo que le conté... lo leí en el diario íntimo de la muchachita...*

*—Bueno, pero comprenderás que no puedes presentarte a la justicia solo con eso, ¿verdad?*

*—Es que... ¡no pensaba hacerlo, Padre!*

*—Y, ¿por qué no le muestras ese diario a Eugenio? ¿Quién mejor que él para saber cómo actuar?*

*—Padre, amo a mi esposo, pero a decir verdad a veces es demasiado ingenuo. Él, seguramente, le dará el diario a algún fiscal o a algún juez y usted sabe que es lo que sucede después...nada, absolutamente nada. Creo que no me escuchó atentamente... dije que dos senadores de la nación y un juez federal están involucrados... ¿cree usted que alguien va a arriesgarse y denunciarlos en este bendito país? Y, lo que es peor ¿sabe qué es lo que me espera después de eso?*

*—No creo que tengas nada de qué temer... Eugenio es un buen policía y si ve que hay algo para investigar, seguro lo hará...Además te ama profundamente y no va a permitir que te pase algo.*

*—Sí, seguramente a mí nada me ocurrirá...pero, ¿qué me dice de la jovencita? Ya quisieron asesinarla... ¿usted cree que no van a intentarlo de nuevo? Recuerde que ella, si despierta, es la única que los puede acusar y no creo que esté en el ánimo de esos malnacidos esperar a que eso suceda...Padre, ¡por favor! No seamos inocentes...alguien debe protegerla...*

*—Sí, eso es verdad, pero no debes ser tú... deja eso a la justicia.*

—*Todos me dicen lo mismo y después, cuando es tarde, se lamentan de no haber hecho nada por la víctima...*

—*Victoria, no me gusta hacia dónde estás dirigiendo esta conversación... debes calmarte y actuar más responsablemente. Además, que en ese bendito diario alguien haya escrito que dos senadores y un juez la ultrajaron no es prueba de nada. Todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario, recuérdalo. Creo que debes tomar las cosas con más calma...*

—*¡Por Dios, Padre! Nunca creí que iba a escuchar eso de usted...justamente de usted. Pensé que podía ayudarme...pensé que podía sugerirme algo nuevo y diferente a lo que ya sé...Pero veo que me equivoqué.*

Victoria está furiosa y aunque no esté es su ánimo demostrárselo, cree que nada logrará si permanece más tiempo allí. Hay una inocente que corre peligro y ella debe velar por su seguridad. Se pone de pie, lo besa en la mejilla y se va. El Padre Braulio la conoce y sabe que la ha desilusionado, pero nada puede hacer para evitarlo. Está convencido de lo que le dijo y ahora está en ella reconocer su error. *Rezaré por ti*, le dijo antes de que ella desaparezca detrás de la puerta de entrada. Al escucharlo detuvo sus pasos por unos instantes y sin voltearse continuó su camino. Nada dijo, nada hizo, solo siguió caminando como única respuesta.

Victoria regresó a su hogar mientras imaginaba mil maneras sobre cómo resolver el problema en que estaba inmersa. Debe actuar rápido. Sabe que André, desde su soberbia, ya habrá hecho caso omiso a sus consejos de desaparecer de escena. Para entonces, seguramente ya marcó el número del senador y le contó con lujo de detalles el encuentro entre ellos, seguramente justificándose así por su fracaso en la misión que le habían encomendado.

Observó la hora y pensó que aún tiene tiempo para remediar lo que ahora comprende que fue su error. Tomó su computadora portátil y en el buscador de internet introdujo el nombre del senador Barleti; debía saber dónde poder encontrarlo. Ahora, además de la jovencita, también su vida corre peligro y creyó que si ataca primero minimizaría los riesgos. Concertó una entrevista con él y en su despacho. Mintió a su secretaria sobre el motivo de la reunión, pero ocurre que no encontró las palabras justas para definir: *“quiero una reunión con su jefe para advertirle que si se mete conmigo voy a destruirlo”*.

Unos minutos antes de las quince, ingresó a la recepción donde la recibió Josefina, la secretaria de Barleti. Ella le ofreció asiento y algo para beber y le dijo que debía esperar a que el senador se desocupe, porque estaba en reunión. Victoria siente la boca seca y pastosa y pidió un vaso de agua. Estaba nerviosa y algo arrepentida de haber ido. Pero, se había convencido enfrentarlos en su misma madriguera era la única manera de poner las cosas en su lugar. Creyó que así se ganaría su respeto.

De pronto, la puerta del despacho del senador se abrió y de ella emergió un hombre bajo, regordete, de tez oliva y aspecto pulcro. Se acercó a ella y le extendió su mano a modo de saludo y le sonrió como lo hace tantas veces durante el día. Es un político de raza y tiene estudiados cada uno de los gestos que atraen votos: una sonrisa practicada ante cuando espejo vea, un hablar pausado y seguro y una terminología intrincada y difícil de descifrar. Era la primera vez que Victoria veía su rostro y por un momento sintió tantas náuseas que poco faltó para salga huyendo de allí sin concretar su plan.

—*Hola, soy el senador Francisco Barleti y él es mi colega el senador Rogelio Hasko...pase, señora, por favor...* —y la condujo hasta la oficina.

Victoria, por primera vez estaba frente a dos de los abusadores mencionados en el diario de Soledad Starova y por un momento dudó de entrar, pero más allá de la repulsión que estos

hombres le produjeran, no se amilanó. Se dijo a sí misma que esa era la oportunidad que estaba buscando y piensa que allí, al menos, estaría segura. No se imagina a estos hombres cometiendo el error de atacarla en un lugar así y entonces, arremetió sin preámbulos...

—*Señores, estoy aquí para pedirles que dejen en paz a Soledad Starova. Ella está en coma y su situación es irreversible. Sé lo que le hicieron y tengo pruebas de ello y el trato es que, si se olvidan de ella, no lo denuncio.*

—*No, no, no, no, aguarde...aguarde un momento*—interrumpió Hasko — *¿De qué diablos está hablando señora?* —Para entonces las formalidades habían quedado de lado.

—*Saben muy bien de qué estoy hablando... tengo pruebas de que ustedes la doparon y la violaron salvajemente y no creo que les convenga que esto salga a luz y que todos los medios de comunicación dispongan del material que tengo...*

—*Usted no tiene nada... ¿Cree que puede venir hasta aquí e intimidarnos con acusaciones falsas e infundadas? Creo que no sabe dónde se metió y mucho menos con quienes...*

Victoria, lejos de acobardarse, respondió, pero esta vez mintiendo descaradamente. Sabe que su presencia allí los amilana. Ellos jamás imaginaron que aquel día culminaría así, con una acusación que puede destruir sus vidas públicas. Los había tomado de sorpresa. Esperaban a una mujer que iba a pedirles una ayuda humanitaria para su barrio y de pronto se encontraron con una demente que se atreve a enfrentarlos abiertamente y sin medir consecuencias. Pero algo había en ella que los desconcertaba; ¿cómo sabía tanto sobre Soledad Starova? Se saben culpables y el temor ha comenzado a roer sus entrañas. Victoria no se rinde y se vale del desconcierto que ha provocado...

—*Les advierto que tengo copias de un video grabado justo antes de que Soledad entre en coma donde los acusa claramente y que están a resguardo en dos estudios de abogados diferentes para que los divulguen si algo nos pasa a nosotras y hablo de mí, pero también de la pobre niña a la que ustedes ultrajaron. Nos dejan en paz y nadie saldrá lastimado... ¿está claro?* —advirtió con inusitada firmeza.

Barleti y Hasko no salían de su asombro. Sus expresiones eran ya un cúmulo de muecas de desconcierto que, poco a poco, se transformaron en rótulos de advertencia destellando en sus frentes. Cuando vio que, en actitud amenazante los hombres se acercaban a ella, Victoria intuyó que había sobrestimado a su poder de disuasión. Supo que el momento de acabar la reunión había llegado y lentamente se acercó a la puerta. Pero antes dijo...

—*Ok, por su silencio veo que han comprendido. ¡Buenas tardes, señores!* — Nunca supo por qué había dicho esto último. Quizás fue por el miedo que se apoderó de ella, o tal vez por un acto reflejo para demostrar entereza y una valentía que, a todas luces y por su actitud evasiva, hasta un niño se daría cuenta de que es inexistente. Quiso apurar su retirada, pero sus piernas no respondieron. Parecía que todo se había confabulado para retenerla allí. Apenas logró dar dos pasos cuando la mano de Barleti la sorprendió desde atrás aferrando su cuello. Así la detuvo y sin darle tiempo a reaccionar, la inmovilizó de espaldas contra la pared y entonces...

—*¡Escucháme, hija de re mil putas...vos no vas a hacer nada! ¡No tenés nada y si no querés aparecer en los diarios de mañana, más vale que te dejes de joder y te olvides de tus estúpidas amenazas...! ¿me entendiste, forra de mierda? ¡No sabés con quienes te metiste, pero si querés averiguarlo decímelo que te lo explico enseguida!*

Victoria, no respondió. Tampoco pudo hacerlo; Barleti le pinzaba el cuello y apenas si lograba respirar gracias al escaso aire que se filtraba por un intersticio en su tráquea. Ya no sentía miedo, sus emociones desaparecieron de repente. Su mente se había bloqueado por una extraña sensación

de venganza que rápidamente se había apoderado de ella. Era una sensación nueva, que había ganado espacio por sus continuas decepciones con la justicia y más recientemente con sus propias creencias religiosas. Un efecto alucinógeno también alimentado por el estricto desenvolvimiento de su esposo, siempre apegado a las normas y reglas protocolares de la justicia con las que, a menudo, daba una falsa imagen de debilidad y exagerada obediencia de las leyes.

Victoria apenas si se resiste, lo suficiente como para no ahogarse y eso potenció la agresividad verbal de aquellos hombres...

—*¿Quieres saber si fuimos nosotros? Sí, sí...fuimos nosotros quien la drogamos y también quienes la cogimos hasta que se desmayara. ¡Y vos, vieja chupa porongas, dejáte de jodernos porque si no vas a ser la próxima...te vamos a romper el culo en quinientos pedazos y vas a rogar morirte porque después vamos a volver a cogerte una y otra vez...y, no quieras imaginar por dónde!* —Le grita mientras bárbaramente le soba los pechos por encima de la ropa. Tanta fue su brutalidad que la armazón de su sostén le dejó marcas indelebles sobre su piel. No conforme con denigrarla así, Barleti deslizó su mano por debajo de la pollera hasta alcanzarle la entrepierna y pellizcarla bestialmente en sus partes púdicas. Y comenzó a reír descaradamente mirando de reojo a Rogelio Hasko buscando en él su complicidad. Victoria, por primera vez en su vida sintió odio; odio real y concreto y solo quería una oportunidad para verlos sufrir, que rogaran por sus vidas o que desearan la muerte para librarse del castigo que recibirían. Y no sentía culpa por ello. Lo que le estaba sucediendo, jamás lo imaginó. Nunca pensó que se atreverían a tanto. Cuando planeó enfrentarlos creyó que hacerlo allí era una buena idea. De alguna manera supuso que nada podía sucederle y que allí estaría segura. Ahora, el terror la había bloqueado; no reaccionaba y apenas si pudo mirarlo con fiereza como único signo de su desprecio. Barleti, se vio desafiado, y la retó —*¿Qué me mirás así? ¿Vas a gritar...querés hacerlo? ¡Hacélo, dale atrevéte, hija de puta! ¿Creés que alguien va a venir a socorrerte? Parece que no me entendiste...acá soy el rey y si alguien entra por esa puerta para defenderte, lo saco a patadas... ¡Ahora, agarrá tus cosas y andáte rápido... y que no te vuelva a ver...! ¿escuchaste bien...? ¡que no te vuelva a ver, turra de mierda!* —Le gritó Barleti a escasos centímetros de su cara, salpicándola con saliva cada vez que vociferaba como un endemoniado.

Después, la soltó con brusquedad, y tanto, que la hizo trastabillar. Victoria aspiró profundamente una bocanada de aire y sin esperar a recuperarse, abrió la puerta y se fue. Presurosa buscó la salida y se sintió aliviada al observar que Josefina no estaba en su puesto de trabajo; necesita imperiosamente de unos momentos para reponerse y no quería que ella la viera salir en ese estado. Su plan ha comenzado y aquello podría arruinarlo todo. Apenas recuperada de su resuello, bajó por el ascensor hasta la calle y se mezcló entre los transeúntes para pasar desapercibida cuando Barleti emergiera desde las cocheras. Aquella sería la señal para continuar. Sabe que no debe alejarse demasiado y que debe aguardar el momento justo para actuar. Su corazón palpita acelerado y teme que algo salga mal. Pero de pronto, un lujoso automóvil se asomó por el portón y cruzó la acera compulsivamente y poco faltó para que la atropellara. Solo el chofer la vio, pero nada había en aquella mujer que significara una amenaza para su patrón y le restó importancia. En el asiento trasero, Barleti parecía ajeno a todo y mantenía la mirada fija hacia adelante en soberbia actitud y a su lado, el senador Hasko que, con la cabeza gacha, observaba con empeño a su teléfono celular. Nadie que los viera en ese momento pensaría que estos mismos hombres, de aspecto tan distendido, son los mismos que minutos antes habían hecho trizas la honra de una mujer.

Ella supuso que ellos ya no regresarán y entonces apuró su regreso a la misma oficina. Hacerlo

es parte crucial del plan que ella ideó para vengar a Soledad y ahora, a sí misma. Fingiendo amabilidad se dirigió a Josefina en un tono bajo y distendido...

—Perdón por molestarte, pero recién, cuando estuve reunida con los senadores dejé olvidado un par de lentes recetados sobre el escritorio... ¿serías tan amable de alcanzármelos, por favor?

—Sí, señora, ¿cómo no?... Dígame cómo son, por favor...

—Negros, de marco grueso...

—Aguárdeme aquí, por favor...

Josefina entró al despacho. Por su actitud, parecía desconocer todo lo que ocurrió allí adentro tan solo unos minutos antes. O al menos, supo disimularlo. Momentos después salió sonriente con las gafas en su mano. Jamás sospechó que, al hacerlo, estaba contribuyendo a la ruina de su jefe.

Victoria las ocultó en su bolsa y salió de aquella oficina tan presurosa como pudo; no podía correr el riesgo de llamar la atención de nadie.

Ya en la calle, respira aliviada. Ahora se siente más segura. Había dejado su automóvil estacionado en las cercanías y corrió hasta él. Enseguida y en un acto irreflexivo, trabó todas las puertas. Aún retumbaban en su mente los insultos y las amenazas proferidas por Barleti. Y en su cuerpo, las marcas por el castigo infringido cambiaban rápidamente de color.

Extrajo las gafas de su bolsa y buscó en una de las patillas una hendidura pequeña y secreta enmascarada debajo del logo del fabricante. Aquellas, eran gafas espía que había comprado como regalo de cumpleaños para su sobrino Joaquín, un pequeño de siete años que se jacta de seguir los pasos de su tío Eugenio.

Sin perder tiempo, extrajo el microchip adosado y lo insertó en un dispositivo diseñado especialmente para conectarlo a una computadora a través de un puerto USB. Lo que había hecho era ilegal y ella es consciente de ello, pero necesitaba un archivo audiovisual que probara todo lo que sucedió en aquella oficina.

Al instante, las primeras imágenes se proyectaron en la pantalla de su ordenador portátil. Todo había quedado registrado; desde el momento en que ingresó hasta cuando, al salir, cerró la puerta detrás de sí. Todos los improperios y todas las amenazas quedaron grabadas. Los abusos, los manoseos y hasta la conversación posterior, la que mantuvieron ambos senadores que, confiados en el anonimato que les propone ese lugar, se explayaron sin tapujos ni miramientos...

—¿De dónde salió esta hija de puta? —preguntó el senador Hasko

—¿Qué sé yo...

—La mina sabe demasiado... ¿Qué hacemos con ella? —insistió

—Creo que lo único que quiere es plata... vino a extorsionarnos. ¡Si no se asustó lo suficiente y vuelve a jodernos, entonces la liquidamos, pero con el cagazo que se pegó, creo que todavía debe estar corriendo, ja, ja, ja!

—¿De dónde habrá sacado nuestros nombres? ¿Será cierto que la pendeja alcanzó a hablar?

—Puede ser que haya dicho algo, pero no creo que la hayan grabado en video... imagináte que en una situación así nadie va a tener un celular a mano y listo para grabar. La pendeja debe haber balbuceado algo y esta mina se agarró de eso y vino a querer corrernos.

—Bueno, es factible que así sea... pero ¿la dejamos ir así, sin hacer nada?

—Por ahora sí, no quiero más quilombos. Si vuelve a joder, vemos qué hacer.

—Está bien... no me gusta la idea, pero supongo que tenés razón. Si quiere plata, va a volver. Che, a propósito ¿qué vas a hacer esta noche?

—Esta noche tenemos sesión... ¿acaso ya te olvidaste?

—¡Cierto, la puta madre! ¡Qué cagada... me enganché con una putita y quería cogérmela hoy!

—Y ¿qué te impide hacerlo?

—No, boludo, es que mi mujer está aquí, en Buenos Aires y necesito una coartada.

—¡Cogétela mañana, entonces!

—Es que estoy re caliente...

—Y, ¿para qué me necesitás?

—Por el departamento... para que me lo prestes.

—No, el departamento no lo vamos a usar por unos cuantos días. Todavía está muy fresco el tema de la pendeja y no quiero correr riesgos inútiles. Hagamos una cosa... mañana seguramente vamos a estar acá todo el día y casi seguro que hasta la noche; arreglo con mi jermu una cena entre los cuatro y vos, tipo ocho de la noche te vas a un telo y cuando termines, vas para mi casa. Yo estaré esperándote y mientras tanto le hago el cuento a tu mujer de que te quedaste laburando en la comisión. Ella sabe que cuando estás allí nadie te puede joder con el teléfono.

—Buena idea.

—¿Adónde la vas a llevar?

—No sé, a algún telo de la panamericana...de medio pelo, nomás...no sé si la mina vale la pena para que gaste plata en ella. Y, vos sabés, para un polvo, conque la habitación tenga jacuzzi y algunos chiches, está bien.

—Bueno, fijate si la piba es buena en la cama y otro día la cogemos entre los dos... y si no, ¡buscamos a la mina de recién, ja, ja, ja!

—Nooo, ni en pedo... es muy vieja para mí... ya me conocés, me gustan las chichis de veinte, como mucho...

—¡Qué viejo degenerado, carajo! Ja, ja, ja...

—¡Mirá quien se queja, ja, ja, ja!

## CAPÍTULO X

Victoria supo que no tenía tiempo que perder. Ahora su vida también corre peligro y debe adelantarse a los hechos. Sus deseos de venganza están latentes y cada vez más fuertes. Esta vez tenía un motivo mucho más fuerte. Ellos son senadores de la nación y nadie se atreverá a enjuiciarlos, salvo que las pruebas sean tan contundentes que no lo puedan evitar. Solo cuenta con veinticuatro horas para planear todo y no dejar nada librado al azar. Los cazará de a uno por vez. Ya experimentó cuanto se envalentonan cuanto están juntos y no correría ese riesgo otra vez. Dedujo, por las grabaciones que Barleti tiene domicilio en la ciudad, o al menos, en la zona. Averiguar donde vive no será tarea imposible... internet le facilitará todo. Hasko, en cambio, debe ser senador provincial. Las esposas de los legisladores provinciales suelen venir a la Capital Federal como visitas. Es común que eso suceda con la gente del interior del país.

Mañana por la noche, ambos coincidirán en un mismo lugar, pero en horarios diferentes y ese será el momento para actuar. Más adelante habrá tiempo para ocuparse de Castro y del juez Sarachi.

Antes de regresar a su hogar, se tomó unos minutos para pasar por el hospital. Necesitaba ver una vez más a Soledad Starova. Ingresó al box sin hacer ruido. No supo por qué lo había hecho. La niña no despertaría por eso. Se acercó a ella, la besó en la frente y quedó observándola por unos cuantos minutos, en silencio, consustanciada con su pesar, rogando por su recuperación. La observaba y no lograba entender el porqué de tanta injusticia; tan joven y llena de vida; tan bella y con tanto por aprender. Mira hacia arriba, como si se dirigiera al cielo. Y se pregunta: *Dios ¿qué hizo ella para merecer este castigo? ¿Qué tanto te ofendió? ¿Acaso fue necesario esto para que corrija el rumbo de su vida? No, creo que no, creo que esta vez te excediste. Perdóname por cuestionar tus decisiones, pero no estoy de acuerdo contigo. De ti depende que ella se recupere, pero de mí que se haga justicia.*

Tomó una de sus manos y se la oprimió suavemente como si pertenecieran a la misma hermandad. Había una promesa en ese gesto, una promesa y un compromiso. La vengaría de sus verdugos, aunque le vaya la vida en ello. El ritmo cardíaco de soledad se aceleró, pero Victoria no lo advirtió.

De pronto, a sus espaldas escuchó correrse el cortinado. No se sorprendió; creyó que era el médico de turno haciendo su ronda, pero al girar su cabeza vio a nadie. Alguien se había sorprendido de verla allí y huyó. Victoria tardó unos segundos en reaccionar y para cuando lo hizo, solo pudo observar una sombra que se perdía en un recodo del pasillo. Corrió hasta allí y justo en el momento en que se cerraban las puertas del ascensor vio que alguien se cubría el rostro con las manos. Era evidente que no quería que lo reconocieran. Desde un teléfono interno alertó a la seguridad del hospital, pero para cuando llegó a la planta baja todo indicio del intruso había desaparecido. Ni rastros del sospechoso.

Una hora más tarde, ingresó a su hogar y corrió escaleras arriba y se desvistió. Pronto llegaría su esposo y antes de que eso ocurra debía disimular con maquillaje las marcas en su piel. Y logró hacerlo justo a tiempo...

—*Hola amor, ¿cómo fue tu día?* —preguntó él

—*Igual de monótono que los demás* —mintió ella

Estaba avergonzada, pero nada debe entorpecer sus planes. Si confiesa sobre ellos, todo habría

acabado aún sin comenzar. Y nunca se lo perdonaría.

Pronto llegaría la hora del descanso y ella temía a lo que vendría en un rato más. Eugenio se había mostrado excesivamente cariñoso durante la cena y hasta hizo gala de su gran humor. Aunque no sintiera deseos, ella jamás lo había rechazado en el lecho de amor. Tampoco Eugenio lo haría con ella. Pero sí esta noche y por primera vez en más de veinte años de convivencia. Su cuerpo le dolía todo, especialmente en sus partes púdicas. Ingresó al vestidor y revolvió todo hasta que encontró sus pijamas más viejas y raídas. No vestirá nada que alimente al erotismo de su esposo. Y cuando creyó que estaba suficientemente indeseable, salió a escena, no sin algo de nerviosismo; su esposo se jacta de ser un gran observador y si la viera desnuda difícilmente escaparía de sus ojos aquellas marcas en su piel. *Quizás si apago la luz*, pensó. Pero cuando miró hacia su cama, una sonrisa de satisfacción se dibujó en sus labios: Eugenio dormía profundamente. Agradeció al cielo que él hubiese tenido un día tan ajetreado y se deslizó debajo de las sábanas en el más absoluto sigilo.

La mañana siguiente la sorprendió en soledad. Eugenio y Micaela, su hija, ya habían salido de la casa. Bajó hasta la cocina para prepararse el desayuno y fue entonces cuando vio, encima de la mesa, una rosa roja cruzada de manera transversal sobre una nota que musitaba:

*“Quisiera ser poeta para encontrar las más bellas palabras y así decirte cuanto te amo. Dejaré un beso en esta rosa para que lo haga por mí. Eugenio”*

Su corazón comenzó a latir aprisa y su mentón a trepidar. El llanto estaba a flor de piel. Sus lágrimas caen sobre el papel y borronean la nota de amor. Se siente culpable, culpable por traicionar su confianza, por ocultarle su plan, por arriesgar tantos años pasionales por una causa que no le es propia. Pero pronto halló consuelo en los motivos que la exculpan, al menos desde su óptica. Se enjugó las lágrimas, bebió apurada su café y cargó en el baúl de su automóvil todo aquello que necesitará llevar para lograr su objetivo. Las gafas de espía en la función video y audio, un sobretodo de gabardina y un sombrero de pana para pasar desapercibida ante las cámaras de seguridad urbanas que pudieran delatarla. Creyó que tenía todo lo necesario, pero de pronto recordó que había olvidado algo que era fundamental para una ocasión así: un arma. Victoria es una experta tiradora y aunque las detesta, sabe que no puede ser tan cándida e ir a esta misión sin tener algo con qué defenderse. Estos hombres son violentos y nada los detendrá si se ven amenazados. Y, precisamente, su objetivo es llevarlos a perder los estribos para poder captar su reacción en audio y video. La Beretta que le quitó a André es el arma ideal, es pequeña, de empuñadora cómoda, además de liviana y fácil de accionar. Si fuera necesario, podía deshacerse de ella sin temor porque nada la identifica con ella. Sus guantes de raso evitarán que sus huellas dactilares la incriminen.

Su turno en el hospital comienza a las 9:30 y culmina a las 17:00

Tendrá tiempo suficiente para tomar posición y aguardar a la primera de sus víctimas. Solo debe esperar agazapada y saltar sobre su presa en el momento indicado. La noche y las bajas temperaturas desertificarán las calles y solo serán ella y él, frente a frente y dirimiendo sus diferencias.

13:30 horas...

—Victoria, nosotras vamos a comer algo... ¿venís?

—¡N...no, Patricia! —respondió titubeando—No me siento muy bien...estoy con algo de náuseas y creo que hoy me voy a ir temprano. Vayan ustedes... gracias...

No había mentido. El tiempo no se detiene y la hora del encuentro con Barleti se aproxima tan

velozmente como sus deseos de abortar su proyecto. Una y mil veces se replantea sobre si sus reclamos de justicia son reales y no exceden los límites de sus derechos. Y entonces la tensión se acrecienta y sus intestinos son los primeros en percibirlo. Victoria batalla contra su paranoia perfeccionista. Repite para sí misma los pasos a seguir y procura memorizarlos. Nada debe escapar de su revisión. Cree que, si algo falla, por mínimo que sea, será catastrófico para ella, su plan se habrá arruinado y su integridad física se verá seriamente comprometida. Sabe que allí, con la noche cerrada como único testigo, será presa fácil para criminales como Barleti y Hasko. Ellos tendrán en sus manos todas las cartas de ganar y si ella comete un error y aun así sobrevive, las acusaciones en su contra serán tan graves que difícilmente salga de prisión antes de los próximos diez años.

El día anterior condujo su automóvil hasta allí y pasó en repetidas ocasiones frente al sitio donde espera emboscar al senador Barleti. Reconocer cada detalle de la calle, cada cámara de seguridad y cada vía de escape es fundamental para concretar su plan exitosamente. Nada quedaría librado al azar. El lugar es una vieja casona del barrio de San Isidro, con una verja de hierro sobre la acera que la retrotrae hasta los años de la colonia. Está construida en dos plantas y, como todas las de su tipo y antigüedad, no posee garaje cubierto. Detalle que no escapó a la observación de Victoria y por el que dedujo que Barleti llegará en un coche de alquiler o en el que le provee el estado y del que seguramente descenderá justo enfrente de la portezuela de entrada. Es una calle concurrida de día y desértica de noche.

18:40 horas. En pocos minutos más, Victoria dejará el hospital y saldrá con rumbo a San Isidro. Está algo nerviosa y escuchar la voz de Eugenio la tranquilizará. Desde su teléfono celular llama a su esposo...

—*Hola amor*

—*Hola Vicky... ¿dónde estás?*

—*Todavía en el hospital y por lo que veo se hará tarde antes de que vuelva a casa...* —le mintió una vez más.

—*Victoria, hacé lo que tengas que hacer... también yo estoy demorado. ¿Micaela tiene algo para comer en casa?*

—*Sí, no te preocupes...*

—*Está bien... te dejo porque hay reunión con la superioridad.*

—*Te amo, Eugenio... te amo mucho*

—*También yo...* —Y cortó la comunicación. El inspector Marques estaba habituado a que ella expresara sus sentimientos hacia él, pero esta vez el tono con que lo hizo fue diferente. Sus años en la fuerza y como inspector le dieron suficiente entrenamiento como para captar señales, aunque estas fueran insignificantes. Algo había en la voz de su esposa que lo alertó. Ella puso demasiado énfasis en aquella frase, como si estuviera enviándole un mensaje encubierto. Durante varios minutos se mantuvo pensativo; aún retumban en sus oídos aquellas palabras de amor, pero más que enorgullecerlo, lo intranquilizaron, aunque no encontraba un motivo suficiente para alarmarse.

Pronto, la voz de un subalterno lo quitó de su trance...

—*Inspector, el Capitán y el resto de los jefes lo aguardan en la sala de reuniones.*

—*Gracias, Cabo... dígales que... no, no, olvídalo... vamos para allá. ¿Trajo los legajos?*

—*Sí, inspector... aquí están...*

## CAPÍTULO XI

20:30 horas. La noche es noche cerrada ya. Las nubes bajas reflejan las luces de la ciudad que tiñeron al firmamento de color rosa mortecino con sutiles pinceladas cenicientas. La ciudad se cubrió de sombras lúgubres y los transeúntes, a esta hora, son inexistentes. El Servicio Meteorológico Nacional pronosticó lluvias para toda la metrópoli.

Victoria se estaciona a unos pocos metros del lugar y apaga el motor. Los cristales tornasolados de su automóvil impiden ver hacia su interior. Espera en silencio. Pronto llegará el momento de actuar y sus latidos se aceleran tanto que se tornan ruidosos. Ella intenta acallarlos cerrándose el abrigo con ambas manos como si así pudiera evitar que alguien los escuche. En la esquina y a unos ochenta metros de distancia, aparece un hombre que en su mano derecha lleva una linterna que emite un poderoso haz de luz. Por su uniforme, pertenece al servicio de la seguridad barrial. Si la descubre estará en problemas. El hombre comienza a caminar en dirección de ella y su corazón ahora palpita tan fuerte que poco faltó para que escape de su pecho. Entonces Imaginó mil excusas para justificarse, pero todas le parecieron absolutamente ridículas y las desechó de inmediato —*Quizás si me quito la ropa y solo me cubro con el tapado, crea que soy una trabajadora de la noche*—pensó para validar su idea, pero el exiguo espacio del que dispone para desvestirse fue el principal motivo por el que la dejó sin efecto. El guardia avanza decidido...algo atrajo su atención y dirigió la luz hacia ella. Se vio perdida. Ya no hay más tiempo para lucubraciones y entonces decidió qué hacer...si el sereno da un solo paso más, bajará de su automóvil y le pedirá discreción, porque está esperando a alguien. —*Es hombre* —pensó ella—*y su atrofiada mentalidad solo puede interpretarlo así: un afortunado hombre casado tendrá su momento de placer. Y un hombre jamás deschavará a otro de su misma especie. Tiene que resultar* —concluyó.

Pero su mente analítica la devuelve a la realidad. Si el hombre avanza solo le resta encender el motor de su automóvil y huir. Su plan no tendrá chances de éxito si alguien ve su rostro. Se convertirá en un testigo. No lo puede aceptar.

Apenas treinta metros la separan del custodio. Su mano se posa sobre la llave de encendido y está presta para accionarlo. Pero, de pronto, algo sucede. El hombre se detiene, aunque no deja de alumbrarla. Duda. Por lo incierto de sus movimientos parece que no logra divisar cuantos ocupantes hay en el interior del automóvil. Victoria se desliza sutilmente por debajo del volante para empequeñecerse y confundirlo aún más. —*Tal vez sean solamente dos tórtolos enamorados que demoran su despedida o quizás algunos amigos que debaten sobre el lugar de encuentro de una próxima noche de diversión* —pensó el sereno para justificarse y no avanzar. En realidad, él no cree en ninguna de esas estupideces... sabe que los ocupantes de ese coche son sospechosos, pero no se atreve a acercarse a él. Tampoco alertará al 911 porque será hombre muerto si lo ven hacerlo. En su juventud fue entrenado para combatir, pero ahora, con su avanzada edad y con sus músculos tiesos, sabe que lleva las de perder. Apagó su linterna y giró sobre sí para desandar el camino. Avanza despacio, para disimular, pero está decidido a llamar a la policía no bien se oculte de sus miradas al doblar en la esquina. Curiosamente, Victoria pensó que el hombre actuaría así y se anticipó. Fácil era imaginarse que el miedo se había apoderado de él y ahora tenía una oportunidad. Intuyó que debe actuar rápido si no quiere que su plan se vaya al demonio. No bien lo vio desaparecer, encendió el motor de su automóvil y aceleró a toda marcha. Al llegar

a la intersección de las calles dobló en dirección al guardia haciendo chirriar los neumáticos. Y entonces lo vio. Tanto barullo tenía un único objetivo: que el hombre entre en pánico. Aceleró nuevamente y lo alcanzó. Estrepitosamente frenó poniéndose a la par. Se detuvo, pero no apagó su motor. Tampoco bajó los cristales; la noche y el reflejo del alumbrado público sobre las ventanillas impidieron que el sexagenario viera hacia el interior del habitáculo. Ella comenzó a acelerar el motor una y otra vez y luego colocó la primera marcha y se perdió a toda velocidad en la siguiente esquina. El mensaje había sido claro: *“no te metas en lo que no te incumbe”*. El miedo a ser abatido hará el resto. Con discreción y en absoluto silencio regresó al mismo sitio desde donde había salido. Apenas detuvo la marcha del motor, se desató una copiosa lluvia que rápidamente empañó todos los cristales de su automóvil. Victoria respiró aliviada; el guardia seguramente habrá buscado refugio y entonces podrá actuar libremente. Pronto, la lluvia cesó y coincidentemente con ello, las luces de un automóvil se acercaron despaciosamente y desde atrás. *¿Será él?* —pensó. Pero el coche siguió su camino. Apenas dos minutos después, regresó y se detuvo a escasos cinco metros por delante de donde estaba estacionada. Una persona desciende del vehículo y ella lo reconoce: era el senador Barleti. Por precaución y por su seguridad, el chofer había rodeado a la manzana antes de detenerse enfrente de su domicilio. Confiado en que su patrón ya estaba seguro, no esperó que se pusiera a cubierto. Aceleró y se perdió en la oscuridad. Barleti hablaba por teléfono y mientras los hacía caminaba unos pasos hacia adelante y luego regresaba.

Era el momento preciso para actuar. Las pulsaciones de Victoria habían sobrepasado el límite de lo normal y sus manos temblaban tanto que no lograba aferrarse del manillar para abrir la puerta. Hasta que finalmente lo logró. Después tomó el arma y la amartilló. Su suerte estaba echada... descendió del vehículo y se acercó apuntando a Barleti desde atrás. Él, concentrado en su conversación telefónica, no lo supo hasta que escuchó su nombre a sus espaldas. Giró despacio y sin temor. Era la voz de una mujer y él no teme a las mujeres. Fue entonces cuando la vio. La expresión en su rostro cambió de repente; supo que estaba acabado. Atinó a decir algo, pero fue demasiado tarde. Su hueso frontal estalló cuando la bala ingresó a su cabeza justo por encima de sus ojos y a escasos dos centímetros por arriba de ellos. Victoria quedó paralizada al ver que el adiposo cuerpo de Barleti se desplomaba enfrente de ella. Un fuerte olor a pólvora la envolvió de repente. Por unos cuantos segundos no atinó a nada hasta que súbitamente sintió algo frío y férreo apoyándose en su nuca...no tuvo que adivinar qué era...

—*No te muevas, mi amor... despacio, muy despacio me vas a dar tu pistola. No te des vuelta y solo escucháme... ¿sí?... ¿me estás escuchando?* —Era una voz extraña, tan extraña que se oía distorsionada, metálica, hueca. Victoria no tuvo opción. Y obedeció...

—*Sí...sí...no me mate, por favor... tómela... tómela... yo solo quería...*

—*Shhhh, no hables...solo escucháme...*

—*Sí, sí...*—Victoria temblaba tanto que apenas si podía hilvanar una frase completa.

—*No te preocupes por él... era un hijo de puta que no merecía vivir más. El arma que trajiste me lo quedo yo. Es por tu seguridad... por lo que veo era de este desgraciado mal nacido y si te agarran con ella te vas a ver envuelta en problemas muy serios... no sé cómo es que la tenés vos, pero la verdad es que poco me importa. Te agradezco la ayuda... si no hubieras aparecido iba a ser más difícil para mí.*

—*Es que... no quería matarlo... solo traje el arma para protegerme...*

—*Lo sé... pero lo que querías hacer era una boludez. Ellos jamás iban a ir presos por más pruebas que hubiera en su contra. ¿Tenés tu teléfono encima?*

—Sí...

—Dámelo...

—No me lo quite por favor... —le rogó

—No te lo voy a quitar... sólo quiero tu número. Bien, ya está...ahora andáte a tu casa y olvídate de esto. Estos hijos de puta ya no van a joder a nadie más...

—¿Estos?...

—Ya te vas a enterar... ahora rajá de acá antes de que alguien te vea... Y, no trates de verme, por favor... no me obligues a hacer algo que no quiero. Victoria, tengo tu teléfono y más adelante te voy a llamar...

Escuchar su nombre en boca del asesino le provocó temores indescriptibles. No lo dudó, corrió hasta su automóvil. Estaba tan excitada que apenas si logró introducir la llave para arrancarlo y hasta se equivocó al intentar colocar la primera marcha. Tanto era su nerviosismo que el motor se le apagó dos veces antes que pudiera acelerar. Y, cuando por fin lo consiguió, lo hizo lentamente. El cuerpo del senador estaba sobre el empedrado y lo rodeó para no arrollarlo. No pudo evitar ver su expresión aterrada. Sus ojos permanecían abiertos y por un momento creyó que la había mirado. Un escalofrío le corrió por la médula. Vio cómo su ejecutor, de cuclillas, hurgaba en uno de sus bolsillos hasta que de pronto se esfumó. Se había evaporado en el aire; ya no estaba, se fue, desapareció tan rápido como vino. Ella no pudo advertir cómo lo hizo. No pudo ver su rostro; solo vio su sobretodo, su sombrero y sus gafas oscuras, más, no su identidad y tampoco iba a quedarse allí para averiguarla.

Comenzó a conducir con destino incierto; estaba choqueada. Nada de lo que había planeado sucedió como esperaba. Su mente es una gran confusión; siente como si todos sus pensamientos se hubieran agolpado en un solo sector de su mente. Necesita cobijarse en los brazos de su familia, pero teme enfrentarlos con la verdad. Pensó en llamar a su esposo, pero enseguida desistió de hacerlo. Él nunca entendería que fue lo que la motivó a poner en riesgo su vida tan estúpidamente...

—Hola hija... disculpáme, pero se me hizo demasiado tarde. ¿Comiste algo? —preguntó Victoria esforzándose hasta lo imposible para que su voz no se escuchara temblorosa.

—Sí, ma... no te preocupes. Y ¿vos, comiste?

—No, pero tampoco tengo demasiado apetito. Papá, ¿llegó?

—No

—Está bien, si te llama, decile que ya estoy yendo para casa.

—Sí, mamá, no te preocupes, le aviso...

—Gracias, hija. Mejor andá a dormir que mañana tenés colegio.

—Sí, ma... justo ahora iba a hacerlo.

Cortó la llamada. Aún no se decide a regresar a su hogar. Comenzó a deambular por toda la ciudad sin detenerse en ningún lugar. Le costaba serenarse. Aún se negaba a comprender la importancia de lo que sucedió allí. Y se resiste a creer que ella es en parte culpable de aquel asesinato; tampoco consigue concentrarse en nada específico y por momentos adopta posiciones rayanas con la esquizofrenia.

Pasan los minutos y también las horas, pero ella aún no lo advierte. Ha conducido por más de tres horas sin advertir sensaciones diferentes, sin percibir emociones, sin mantener un pensamiento congruente con lo que acaba de padecer. Su mente estaba en blanco. Todo se sostenía en un mismo valor, el odio que Barleti le había despertado, sus deseos de venganza, sus temores a ser herida, la pena que sentía por Soledad Starova, la culpa por haber pecado, el remordimiento

por haber mentido, el orgullo por sí misma, por haberse atrevido a poner coto a las acciones del senador o el alivio por verlo muerto. Pero nada le quitaba de encima el peso de creerse inocente. Y no fue hasta entonces cuando comprendió que, si no se hubiese dejado llevar por su afán de justiciera, ahora Barleti estaría con vida. Quizás no, pero al menos no cargaría con esta culpa por toda la eternidad.

Casi tres horas conduciendo sin cesar habían pasado cuando una luz parpadeante y un pitido en el tablero la sobresaltó. Era el indicador de falta de combustible. Había agotado casi todo el tanque. Solo le quedaba la reserva y entonces reaccionó. Fue entonces cuando observó la hora: diez minutos pasados de las doce de la noche. Otra vez la angustia se apoderó de ella. Eugenio, seguramente habría llegado de su trabajo y ésta será la primera vez que suceda que ella no está en casa para recibirlo.

Una vez más, había cometido un error, pero éste es imperdonable. Aunque, quizás no todo esté perdido. Recordó sus palabras cuando mantuvieron la última conversación telefónica y pensó que aún estaría a tiempo de subsanar su equivocación. Probablemente él llegue tarde como todas las veces que tiene reunión con la superioridad y entonces aceleró para adelantarse a su llegada. Conoce la ciudad como la palma de su mano, pero había conducido a ciegas por demasiado tiempo y se había extraviado. Estaba desorientada. Encendió el GPS y en la pantalla vio que su domicilio no estaba tan lejos como imaginaba. No sabe cuánto tiempo le llevó hacerlo, pero antes de lo sospechado había llegado a destino. Quizás, en su alocada carrera contra el tiempo cruzó algún semáforo en rojo y tal vez excedió los límites de velocidad, pero cualquiera sea la multa que deba pagar será menor al castigo por ser partícipe de un magnicidio. Previamente a recorrer los últimos cincuenta metros, tomó el control de mando a distancia del portón levadizo y oprimió el botón izquierdo. Sabe que cada minuto y cada segundo cuentan, y no esperó a que terminara de levarse todo para entrar con el coche al garaje. Al hacerlo, escuchó un golpe seco y quebradizo en el techo, pero le restó importancia y bajó aprisa sin detenerse a mirar contra qué había impactado. Tampoco reparó en que, por ese motivo, el portón quedó entre abierto. El sistema anti compresión se había activado. Corrió escaleras arriba y se desvistió. Toda la ropa que traía puesta fue a la lavadora. Debe borrar todo rastro de pólvora que hubiese quedado adherida a ella. La detonación del disparo que abatió a Barleti se había producido a escasos centímetros de ella y es posible que algunas partículas la alcanzaran.

Abrió los grifos de la ducha y se introdujo debajo de ella. Apoyó sus manos contra la pared, separó sus piernas y dejó que el agua caliente recorra su cuerpo desnudo purificándola de todas sus culpas. De pronto, y sin darse cuenta, había olvidado todo el dolor que le mortificó la noche anterior. Palpó sus senos y comprobó que allí tampoco quedaban vestigios. Poco tiempo después, se relajó y su mente puso en orden a sus pensamientos. De alguna manera se sentía aliviada y aunque sus creencias religiosas la condenasen por ello, también sentía cierta alegría. Uno de los bastardos que abusaron de la pobre niña ya no le hará daño a nadie más. Sonrió y hasta percibió cierto placer al hacerlo. Placer mental y placer físico. Un leve cosquilleo pélvico le advirtió sobre su pecado más no se reprimió por ello. De hecho, unos segundos después la providencia le dio la excusa perfecta para no hacerlo; su esposo irrumpió en la sala de baño y la sorprendió bajo la ducha con claras evidencias sobre sus intenciones. Lo que siguió se tradujo en un manifiesto palmario de quejas y gemidos que erotizaron cada milímetro de sus cuerpos unidos por sus sexos. Sin saberlo, ambos necesitaban de este encuentro para distenderse de las tensiones que les produjo la misma y angustiante situación.

Poco después, el teléfono de Eugenio comenzó a sonar. Habían encontrado el cadáver del

senador Hasko en un albergue transitorio. Victoria intentó disimular su sorpresa por la noticia...

—¿Cómo que otro muerto y otro senador? —preguntó con fingido asombro. Fue entonces cuando recordó el diálogo final con el asesino de Barleti: *Estos hijos de puta ya no van a joder a nadie más...*

—¿Estos?...

—*Ya te vas a enterar... ahora rajá de acá antes de que alguien te vea... Y, no trates de verme, por favor... no me obligues a hacer algo que no quiero. Tengo tu teléfono y más adelante te voy a llamar...*

Al fin comprendió el sentido de aquellas palabras y también que todo había sido planeado rigurosamente. El primero en morir había sido Hasko.

*Barleti y Hasko ya no existen... ¿quién sigue en la lista? ¿El juez Sarachi y Simón Castro...?*

— Se preguntó Victoria.

## CAPITULO XII

La mañana siguiente amaneció fría y aún persistían algunas lloviznas intermitentes. En las radios y en la televisión no se hablaba de otra cosa que del asesinato de dos senadores nacionales. Pronto comenzaron a escucharse voces a favor y en contra de estos funcionarios. Y no tardaron en aparecer las primeras versiones de lo ocurrido y hasta de algunos que decían haber visto u oído algo. Desde venganzas por amores despechados hasta ordenes mafiosas vinculadas con las drogas, desde pases de facturas por favores incumplidos hasta sicarios enviados por la oposición. Todos tenían sus verdades a flor de boca y pugnaban por darlas a conocer. El mundo político entró en ebullición y los funcionarios exigen a la justicia por resultados concretos. Algunos lo hicieron con convencimiento propio y otros por temor a que sean los próximos creyendo que hay un loco suelto que odia a los dignatarios del senado. Todos quieren que aparezca un culpable.

Victoria comenzó a intranquilizarse y hasta temió que el asesino busque su exculpación brindando a la justicia datos precisos sobre ella; datos que evidentemente conoce bien. Sabía de su plan, conocía su nombre y ahora también tiene su número de teléfono. Su mente comenzó a lucubrar y la condujo por senderos difíciles de descifrar. Se vio reflejada en cada cosa que se dice y en cada imagen que se muestra. Todo le parece estúpido y en su accionar encuentra errores hasta donde no los hubo. Se martiriza permanentemente con reproches por haber sido tan apresurada y poco profesional. Una y otra vez se lamenta de no haber planeado mejor las cosas. Cree que dejó demasiados cabos sin atar y ahora su vida se habrá convertido en un verdadero calvario. Siempre estará esperando que la justicia llame a su puerta para llevarla detenida. Duda de su entorno y también de su eficiencia. Hasta de su esposo. Eugenio le había hecho el amor como nunca antes y raro en él, pero en ningún momento le preguntó dónde había estado hasta tan tarde. —¿por qué? —se preguntó —¿sabe algo?... ¿sospecha, quizás?... ¿se excitó tanto porque descubrió a una mujer diferente en el cuerpo de su esposa...? Y, eso... ¿se puede traducir como una infidelidad?

Pero él ya no estaba allí para desasnarla. Apenas tres horas antes y cuando aún no había recuperado el resuello, lo llamaron por teléfono para avisarle sobre el hallazgo del cuerpo inerte de Hasko. Un beso en la frente y una palmadita sobre sus nalgas fue todo lo que pudo darle antes de irse.

Victoria aún dispone de dos horas antes de partir con rumbo al hospital. Su turno comienza a las nueve. Bajó hasta la cocina y se sirvió un café bien caliente. Encendió la televisión y zapping mediante clavó el dial en un noticiero que mostraba al sereno de manzana con el que tuvo su encuentro. Subió el volumen y sus pulsaciones se dispararon cuando vio a su automóvil en las imágenes de las cámaras de seguridad vecinales. Agradeció al cielo que quienes debían hacer el mantenimiento y la limpieza de las lentes fueran tan ineficientes. Las telas de araña eran de tan vieja data que borrarían todas las imágenes. Para su consuelo, gracias a ello la patente de su automóvil era absolutamente ilegible. Solo se vieron fotografías de un coche de la misma marca y color que el suyo, pero jamás se vio a quien lo conducía. El sereno, por su parte, aseguró que en su interior iban al menos cinco jóvenes que lo amenazaron con armas cortas y largas y que tuvo que guarecerse para salvaguardar su integridad y así llamar al 911 desde un lugar más seguro.

Respiró aliviada.

Poco antes de las nueve de la mañana, Victoria entra al hospital. Rápidamente subió hasta el

segundo piso; se dirigió directamente a terapia intensiva. Un suboficial de la policía la detuvo en la entrada. Ella se mostró sorprendida y el agente le explicó que estaban allí para recolectar huellas en el box donde había estado Soledad Starova. Alguien había hecho la denuncia por el intento de asesinato de la joven y ahora estaban recabando datos que los pudiera llevar hasta el criminal. El policía jamás imaginó que quien tenía enfrente era la única persona que conocía su identidad. Ella fingió estar sorprendida y se disculpó antes de volver sobre sus pasos y alejarse de allí. Durante toda la jornada estuvo evadiendo los encuentros con sus jefes. Solo observaba la hora y rogaba a que el tiempo transcurriera lo más rápido posible y así terminar su turno y poder retirarse sin despertar sospechas. Algunas enfermeras se sorprendían de verla en áreas ajenas a sus funciones, pero ninguna dijo nada. Victoria tiene rango de jefe y si está allí seguramente tiene suficientes motivos para eso.

Ahora solo tiene una sola preocupación y es la de averiguar a dónde la trasladaron. La vida de la joven aún corre peligro y la única que sabe quién la quiere callar es ella.

La suerte estaba de su lado porque a Soledad Starova solo la cambiaron de box y aún permanecía en el mismo sector.

Necesitaba verla. Cuando ingresó notó que sobre una mesita de noche había un florero con una única flor: era una rosa roja que aún no había desplegado sus pétalos. No es común que el personal del hospital lleve flores a sus pacientes. Alguien la había visitado y a juzgar por la frescura del capullo, esto no pudo ocurrir hace mucho. Indagó entre las demás enfermeras, pero solo hubo una que vio a una mujer joven deambulando por el sector. Más no podía asegurar si ingresó en el box de Soledad. Quién llevó la flor no había dejado ninguna esquila y tampoco ninguna etiqueta del comercio en donde se había comprado. Victoria comprendió que ya no podía investigar más. Ya había demostrado demasiado interés por una internada y si continuaba haciéndolo seguramente despertaría sospechas entre sus compañeras y ya demasiado comprometida estaba como para permitirse un error semejante. Terminó su ronda matutina y se dirigió a la cafetería para beber un refrigerio y comer algo.

De pronto, escuchó que sus espaldas alguien había mencionado su nombre y giró su cabeza para ver quién lo había hecho. Su sorpresa fue mayúscula cuando vio el rostro de Josefina, la secretaria de Barleti que la miraba sonriente mientras se acercaba a ella...

—*Hola, no esperaba encontrarte aquí...*—le dijo sonriente, pero con gesto de sorpresa...

—*Es que trabajo acá...*—respondió Victoria y enseguida repreguntó —*¿qué hacés vos por acá?*

—*Oh, solo estoy de paso...vine a visitar a mi hermana que está internada, pero ya me estoy yendo. Es mi día libre y quiero aprovechar para hacer algunas compras.*

Victoria se sorprendió que no hiciera ningún comentario sobre la noticia del día y más sabiendo que ella era la asistente de uno de ellos. Tampoco la vio compungida por la pérdida física de su jefe, pero enseguida se preguntó si no estaba exagerando con sus sospechas. Ella simplemente era una empleada del congreso y no tenía por qué sentirse apenada por alguien que solo le daba órdenes. Estaba en su día libre y no había un motivo aparente para no disfrutarlo. Y, probablemente ella no disponía de tantos días así y no querría perder ni un solo minuto en demostrar sentimientos hacia una persona a la que solo la unía un trabajo. Además, su empleo no estaba en riesgo, o al menos eso creía.

—*¡¡Qué buenooo!!...perdón, pero olvidé tu nombre* —fingió.

—*Josefina...Josefina Ascárraga*

—*Sí claro...*—dijo y enseguida continuó—*bueno Josefina, espero que disfrutes de tus*

*compras...*

*—Gracias, lo haré. Solo espero que, con todo este quilombo no me llamen para declarar...*

*—De su parte, aquélla había sido la única mención al crimen, pero Victoria creyó conveniente no darse por enterada y preguntó...*

*—¿Cual quilombo?*

*—Ja, ja, ja... ¿no me digas que no te enteraste?*

*—¡No sé de qué me estás hablando!*

*—¡De Barleti!... ¿acaso no sabías que anoche lo asesinaron?*

*—¡Ah, sííí!... ¡qué tonta soy! Es que una está todo el día metida acá adentro y la verdad, es que se me pasó por alto... ¡claro, vos sos la secretaria de él!... Por Dios, ahora caigo... ¡¡de ahí te conozco!! Uy, qué lío debés de tener...*

*—Yo no... a mí me pusieron allí para asistirlo por un par de meses, pero no siempre trabajé para él. Más fueron las veces que trabajé para Hasko... que también lo mataron. Por eso es que te digo que espero que no me llamen para declarar. Hoy fui a trabajar como todos los días, pero había tantos policías que me pidieron que me fuera para no entorpecer las investigaciones... ¿entre nosotras?... creo que me pidieron que me fuera para no vea algunas cosas. Viste que allí siempre pasan cosas raras. Creo que los que más problemas van a tener son todos los que los fueron a ver en los días previos.*

Cuando escuchó esto, Victoria sintió que su cara cambiaba rápidamente de temperatura. Y, probablemente, también se había sonrojado y no precisamente por vergüenza, sino porque de inmediato recordó que su nombre podía figurar en aquella nómina y entonces su corazón comenzó a bombear sangre a raudales. Aun así, intentó disimularlo cuando le preguntó...

*—¿Por qué creés eso?*

*—Aún no lo hicieron, pero lógico sería que la policía pida el listado de los que los fueron a ver. Entre ellos podría estar el asesino... ¿no lo creés así?*

Victoria supo que si no actuaba rápido iba a tener serios problemas. Y entonces, mostrándose compungida, le respondió...

*—¡Carajo, carajo!... tenés razón. Y ahora... ¿qué voy a hacer?*

*—¿Vos?... ¿por qué lo decís?*

*—Nena, yo fui una de las que lo fue a ver... ¿no te acordás?... la del subsidio para los carenciados de mi barrio...*

*—¡Claarooo!... es verdad... —dijo mostrándose sorprendida y entonces, agregó —Mirá, Vicky, no te preocupes porque hasta ahora no han pedido nada. Voy a ver si no puedo ayudarte. Desde mi computadora quizás pueda entrar y borrar tu nombre. Tengo la clave y así nadie te va a joder. ¿Te parece que lo intente?*

*—¡Dios te puso en mi camino, Josefina! No sabés cuando me ayudaría... No creo que sea sospechosa de nada, pero viste como es nuestra justicia... si no encuentran al culpable seguro encuentran a un perejil y no quisiera que eso me pase a mí.*

*—¡Sí, por supuesto! Ahora me voy a casa y veo si logro hacerlo. Si tengo éxito, después te llamo para que te quedes tranquila...*

*—Dale, no sabés cuanto te agradezco... no sabés cuánto.*

Se despiden con un beso en la mejilla y cuando Josefina está saliendo del local gastronómico, Victoria recordó que no le había dado su número y entonces la detuvo alzando su voz antes de que cierre la puerta de vidrio templado.

*—Josefina, ... Josefina, ... esperáme, ¡por favor! —y se levantó de su silla y se acercó a*

ella... —*¡Es que no te di mi número!*

—*No te preocupes... lo tengo...*— respondió ella y sonriendo la saludó con su mano alzada y desapareció.

Al escucharla, Victoria quedó absorta. No recordaba haberlo dado en la mesa de entradas del Congreso, pero pensó que quizás estuviese equivocada y lo haya hecho sin caer en la cuenta de su error. Y quedó pensativa y con esa última imagen en sus retinas. No podía darse el lujo de dudar de la única persona que podía salvarla del escarnio público. Si se daba a conocer ese listado y su nombre aparecía en él, todo el hospital sabría que ella había ido al congreso en busca de favores y todos saben que esos favores no se pagan con dinero, especialmente si tu edad y tu cuerpo te lo permiten; el imaginativo popular sacaría sus propias conclusiones.

No podía permitirlo. Pero, más allá de todo, también estaba su esposo. Él nunca supo de su visita al congreso. Su matrimonio entraría en crisis, su empleo estaría en riesgo, y su honra habría desaparecido... *y todo por una maldita lista de idiotas que concurren al congreso para obtener dádivas de orígenes tan sospechosos como sus patrimonios personales*— pensó manchando de lodo a todos por igual.

Por más de dos horas Victoria observó la pantalla de su teléfono como si así pudiera apurar aquella llamada. Una, dos y hasta tres veces comprobó el nivel de su volumen del timbre y no conforme con ello lo bajaba todo y volvía a subirlo a tope para asegurarse que estuviera al máximo. Revisó una y otra vez sus mensajes y también recurrentemente entró en el servicio de WhatsApp —*quizás me envió un audio o un mensaje escrito*—pensó con preocupación ante la falta de noticias. Pero nada... Josefina había desaparecido de todos los radares y ella comenzó a inquietarse. Una y otra vez pensó en ir al congreso y solicitar en persona que su nombre no aparezca en la nómina —*¡Victoria no podés ser tan estúpida!*— se recriminaba por su torpeza. Fue entonces cuando recordó las palabras del Padre Braulio: “*debes dejar que la justicia se ocupe de estas cosas*”. Y entonces se tranquilizó. Se convenció de que, aunque su nombre apareciera en aquel listado, nada haría suponer que ella tenía algo que ver con el asesinato. En mesa de entradas habían quedado registros que certificaban que el motivo de su visita había sido tan humanitario que hasta un tonto vería que ella jamás tendría motivos para asesinar a estos hombres.

Pero esa sensación de calma solo le duró unos minutos. Una nueva preocupación de cierne sobre ella: el asesino sí la puede reconocer y de él es de quien se debe preocupar. Todavía retumba en sus oídos aquella voz metálica que poco antes de desaparecer le aseguró que la iba a llamar. Habían pasado más de catorce horas desde aquel momento. Se preguntó por qué estaría tan interesado en hacerlo. Ella no había disparado y tampoco pensaba hacerlo; solo había llevado el arma para intimidarlo. Nada tiene que ver con la muerte del senador y mucho menos con el asesino.

Pensó en cómo actuar si el llamado finalmente se produce... “*Creo que no lo atenderé... o tal vez sí y aclarar de una vez por todas mis dudas... no, no...debo ser más cuidadosa... no puedo permitir que quede registrada esa llamada entrante en mi teléfono... Bueno, ¿por qué no? Antes de acusarme tienen que probar que realmente conocía a esa persona ¿no?*” —se auto convenció...

Una y otra vez, Victoria se martirizaba creando en su mente situaciones ficticias que la pudieran comprometer. Su vida se había convertido en un auténtico infierno. Un enorme remordimiento de conciencia bloqueó sus propias emociones y no lograba dejar de pensar en ello. Era un callejón sin salida; por un lado, si no responde la llamada, corre el riesgo de enfurecer al

asesino y, por otra parte, si efectivamente responde, quedará un registro que le permitirá a la justicia comprobar que entre ella y él existió un vínculo y entonces se convertirá de la noche a la mañana en cómplice de un magnicidio. Pronto comprenderá que todas sus conjeturas serán en vano. Al regresar, una asistente se acercó a ella con un sobre que, en su anverso se lee: VICTORIA GASPAR y por debajo un rótulo en letras grandes que dice PRESENTE. La nota era escueta y no daba demasiadas precisiones: “Voy a llamarte pronto y en el visor te aparecerá como NÚMERO PRIVADO. Respondéme, es por tu bien”. Lo dejaron en mesa de entradas, dijo la asistente. Ya no hay vuelta atrás, pensó Victoria y minutos después adujo que se sentía algo descompuesta y pidió autorización para retirarse.

Mientras tanto, en la jefatura de policía, el inspector Marques ingresa de sopetón y sin golpear en el despacho del Jefe Valdés, tal como lo conocen en todo el distrito federal al inspector en jefe Rogelio Valdés. Bajo, corpulento, de tez oliva y pelo cano y con su rostro marcado con pliegues que denota una edad proveya que no se condice con la que acusa su documento de identidad. De hecho, Valdés solo tiene cuatro años más que su subalterno Eugenio Marques, pero el sol de la puna jujeña craqueló su piel mucho antes de que cumpliera los veintiocho. El jefe Valdés es conocido en la fuerza por su rectitud y hombría de bien pero también por su explosivo carácter...

—*¡Eugenio, la puta que te parió, cuantas veces te tengo que decir que golpees la puerta, la concha de tu madre!* — aulló Valdés cuando lo vio entrar...

—*¿Qué puerta?* —respondió irónicamente Marques mirando tremolar la lámina de aluminio abollada de tantos impactos contra la pared.

—*Sos un hijo de puta... al menos podrías tener la amabilidad de cerrarla, carajo...*

Marques, irónicamente y con delicadeza la empuja hasta que escucha el clic del resbalón al trabarse. Luego se acerca al escritorio y se sienta en unos de los sillones que lo enfrentan.

—*Bueno, Eugenio... ¿qué tenemos en limpio de todo este quilombo?*

—*Nada*

—*¿Cómo que nada?*

—*Sí, nada... si el fiscal me hace perder el tiempo con boludeces nunca vamos a tener nada. Creo que lo único que quiere es encontrar algo que le quite el peso de encima. Da por hecho cosas que son ridículas y lo único que le interesa es saber si temprano es siete de la mañana o si Hasko murió ahogado. Le dije que había sido un asesinato, le di mi versión de los hechos y aun no envió a ningún técnico para analizar las perillas de los controles del hidromasaje.*

—*¿Qué tienen esas perillas?*

—*Estaban en cortocircuito y por lo que vi fue a propósito, pero él le restó importancia...*

—*¿Vos qué es lo que decís que ocurrió?*

—*Al tipo lo electrocutaron y simularon que fue un accidente*

—*Y, ¿por qué estás tan seguro?*

—*Vi el cable con que conectaron el positivo con la perilla, aunque estaba bien disimulado. Después vi las imágenes del video del telo y cuando de la habitación sale corriendo una mina y un ratito después alguien que, por su apariencia es un hombre. A él no se lo ve bien. Es bicho el tipo, se ocultó de las cámaras en todo momento...*

—*Y, ¿eso lo sabe el fiscal?*

—*Sí, claro...vio las imágenes conmigo y todo lo que consiguió es afirmar que la mujer que huye de la escena es una pobre piba que está internada en el Argerich con un coma declarado*

*desde un mes, al menos. Tanto jodió con eso que tuvo que ir a verla para confirmarlo y encima, el muy boludo llevó a un tipo del congreso llamado Simón Castro.*

*—Y ese... ¿quién es?*

*—Es un asesor de Barleti, el senador que apareció fusilado en San Isidro. Lo conocí allá, en el congreso y se hace el pelotudo, pero no creo que lo sea. Es un tipo que huele mal, pero aún no sé por qué. Del otro tipo, el que sale después, nada... no dijo nada. Se ensañó con encontrar a la mina que salió primero y así obligarla a hablar. Creyó que así iba a dar con el misterioso hombre. Pero nunca imaginó que la piba estaba en coma. Y allí, para él terminó todo. Quiero que me lo saques de encima... me está haciendo perder el tiempo.*

*—De Barleti, ¿sabemos algo?*

*—Sí, que era un reventado hijo de puta que extorsionaba a unos pobres tipos de Albania para no dar a conocer los nombres falsos con que se mueven por todo el país. Conocí a uno de ellos, pero son varios. Me contó algo de que se las tienen jurada por no sé qué cosa que hicieron sus parientes en Albania. Parece que allá si matás, violás o le jodes la vida a alguien, vienen los deudos y se creen con derecho a cobrarse haciéndole lo mismo a uno de tu familia...*

*—Kanún, se llama eso...*

*—Sí, algo así. ¿Cómo lo sabe?*

*—Porque no todos somos tan brutos como vos...*

*—Bueno, gracias por el concepto...*

*—Y, además de que eso, ¿qué sabemos del asesino?*

*—Todavía nada... un solo disparo y muy preciso, alguien que sabe disparar... es profesional. Puede ser un sicario o alguien con mucha bronca y entrenado. No hay cápsulas, no hubo ruido, fue en el medio de la frente y con disparo ascendente. Lo planeó todo... un lugar oscuro y con poco o nada de tránsito... esperó a un día de lluvia para no dejar huellas. El sereno es un viejo choto que cree haber visto a un auto lleno de pendejos que lo amenazaron con armas largas y según su versión todas de grueso calibre. Dijo que eran ametralladoras... ¿conoce alguna ametralladora calibre 22?*

*—No...*

*—Yo tampoco y la bala que usaron era 22.*

*—Y, la chica que está en el hospital, ¿cómo encaja en todo esto?*

*—Según la versión del fiscal, congelaron la única imagen más o menos clara de la mujer que huye del albergue transitorio y lograron su identidad con el identificador de rostros. Pero ella nunca pudo ser porque entro en coma un mes antes de que los mataran a estos nabos. Pero, investigando pude saber que ella también tenía relación con Barleti: aparentemente es una de los tantos albaneses que Barleti extorsionaba. Pero todavía no le encuentro relación con su muerte.*

*—Bueno, Augusto, seguí buscando que veo si puedo quitarte de encima al fiscal.*

En otro sector de la ciudad, André deambula buscando conchabo y alojamiento. Una y otra vez llamó por teléfono a Josefina para conseguir ayuda... —*Vamos Josefina, tú me conoces, sabes de qué soy capaz. He servido bien a Barleti durante muchos años y tú eres consciente de ello. Tiene que haber algo para mí en alguna de las tantas oficinas del congreso que tú tan bien conoces* —insistió una y otra vez dejando de lado a su vocabulario argento para darse mayor corte y así convencerla más prontamente. Está desesperado y no escatima recursos para lograr su objetivo. Josefina, para él, siempre fue la mujer que anheló conquistar. La veía a diario

desenvolverse con soltura entre los popes del congreso, hablar en distintos idiomas con las delegaciones de extranjeros que los visitaban, conversar de igual a igual con economistas, abogados y hasta con los hombres de negocios que desfilaban entre los pasillos en pos de obtener beneficios y contratos para sus empresas. Es la mujer que con su andar de gacela seduce a los cuatro vientos, la que con su cintura de odalisca distrajo la atención de muchos y la que al hablar con soltura y de tantos temas diferentes, demuestra que es una polímata en toda su acepción. Pero, cuanto se había equivocado este joven cuando creyó que por hablar en español neutro atraería su atención. Josefina, tiempo atrás, había descubierto al arrabal porteño, la periferia de la decencia y hasta se había enamorado de las melodías canyengues de los suburbios. Un vocablo pronunciado en el más rancio lunfardo la seducía más que cualquier frase de la literatura francesa y más aún si quien lo dice es un malevo con aires de petitero de lustrosos tamangos y pilcha dominguera. Cuanto habría dado André si hubiera conocido de antemano esta faceta desconocida de Josefina. Él, desde que llegó de Francia, convivió con los bajos mundos porteños y supo de las miserias orilleras y también de cuchilleros y matones. Aprendió a hablar español entre ellos y a dominar el lunfardo, el idioma oficial de los empedrados rioplatenses. Supo de pantalones rotos y camisas descocidas, de fríos y humedales, de olores nauseabundos y perfumes baratos, pero también conoció la Recoleta, el tango de salón y las fiestas de ricachones en el Hotel Alvear. Tarde supo que, para conquistarla, debía llevarla en un paseo por el bajo, mostrarle donde vivió en el conventillo de la Boca y hablarle al oído en lunfardo con acento francés. Josefina se habría rendido ante él, sus medias hubiesen caído y sus piernas lo abrazarían desde la cintura.

Pero, ya nada de eso sucederá. Ella ya conoció a otro André, al joven engreído y detestable, el hombre capaz de vender su alma al mejor postor por unos pocos dineros y algo de droga. Al hombre que entregó a su novia adolescente a los brazos de filibusteros de la modernidad a cambio de un lugar de prestigio en el mundo de los adulones y lameculos.

Ella no haría nada por él, no le apena su desgraciada realidad.

—*Hola Josefina* —dijo Analía — *necesito llevarme el listado de llamadas que iban dirigidas a Barleti. Me dijo Castro que te las pida...*

—*¿Te dijo para qué las necesita?*

—*No, pero imagino que querrá ocuparse en persona de atenderlas.*

—*Mirá... te doy todo lo que tengo, las de él, las de Hasko y las que no tenían un destinatario en especial... y que él filtre a quienes atender y a quienes no. ¿Está bien?*

Simón Castro sonrió con satisfacción al descubrir el nombre de André en aquella nómina y también un teléfono de contacto.

—*André, amigo mío, ¿dónde estás?*

—*¿Quién habla?*

—*¡Qué!... ¿ya no reconocés mi voz?*

—*No, discúlpeme, pero no sé quién es usted...* —André no era estúpido y tomaba recaudos. Sabe que puede haber una denuncia en su contra por intento de asesinato y debe ser precavido...

—*¡Simón, boludo... Simón Castro!... ¿ahora te acordás de mí?*

—*Sí, sí... perdón, pero es que estoy un tanto choqueado con esto de los asesinatos. Debo protegerme...*

—*Y hacés muy bien en hacerlo, André... ese loco aún está suelto y todos debemos cuidarnos.*

—*En qué puedo ayudarlo, Simón...*

—*Mejor decime vos en que te puedo ayudar yo... escuché que llamaste a la oficina... ¿acaso no sabés lo que pasó?*

—Sí, sí... pero...es que estoy sin dinero y tampoco tengo un lugar donde vivir... pensé que Josefina podía ayudarme...

—Y, ¿quieres un laburo?

—Sí...

—Y, ¿qué tipo de laburo? — Castro fingió cooperación para no despertar sospechas. Debe asegurarse de tenerlo bajo sus dominios para poder llevar a cabo su plan para eliminarlo.

—Cualquiera, Simón...sé que pretender algo como lo que estaba haciendo para Pancho es mucho pedir, pero eso lo sé hacer bien. Sino, cualquier cosa me viene bien...

—Ok, mañana voy a estar en la oficina de pancho; venite temprano y veo que puedo conseguirte...

André estaba sorprendido... —¿desde cuándo tanta amabilidad para conmigo? — se preguntó. No obstante, sabe que es su única oportunidad. Lleva dos días sin probar bocado y para cambiarse de ropa debe introducirse furtivamente en la casa que alquilaba y donde quedaron secuestradas sus valijas hasta tanto pague la renta atrasada. Hasta ahora no lo han atrapado, pero la suerte le es esquiva y sabe que pronto será descubierto. —*Esta noche, si Dios quiere, será la última vez que haga esto* —pensó alentando esperanzas mientras sorteaba el largo pasillo que comunicaba a las dos casas. La primera puerta a su derecha daba acceso a la vivienda donde reside el dueño de todo el predio y la otra es la entrada a la que, hasta una semana atrás, había sido su hogar. Ambas casas compartían un mismo techo y no había una división que las separara.

Marcos Rutter fue, en sus años mozos, un campeón amateur de boxeo. De estatura mediana y con apenas cincuenta años de edad, aún entrena todos los días golpeando con sus puños a la bolsa. Salta la sog a ochenta veces por minuto y por más de treinta minutos seguidos. Es pacífico y sus riñas las resuelve arriba del cuadrilátero, pero su vida como boxeador terminó lo mismo que la obligación de no utilizar sus puños en peleas callejeras. André, lo último que quisiera es servirle de sparring, aunque solo sea por un par de segundos. Sabe por dónde entrar a la vivienda; solo debe saltar el muro lateral y buscar una reja para escalarla y alcanzar así el techo. Una vez allí arrastrarse hasta una claraboya que da claridad al baño e introducirse por ella. No puede ducharse porque la caída de agua puede alertar a su vecino, pero sí higienizarse tomando recaudos.

Esta será su última noche allí y pensó que debía llevar consigo toda la ropa que pueda. Pero alzar las valijas y pasarlas por la estrechez de la claraboya era una tarea imposible de realizar. Buscó dos bolsas de polietileno, seleccionó sus mejores ropas y las introdujo en ellas. Ahora solo le resta llegar hasta la calle sin que el dueño lo detecte.

Salir por donde entró ya no sería posible y una vez que alcanzó el techo, se desplazó arrastrándose sigilosamente en dirección del sector que cubre la vivienda de Rutter. Marcos Rutter suele beber ginebra hasta emborracharse, pero aun así mantiene el equilibrio y sus golpes no pierden efectividad. A menudo busca el fresco de la noche en una terraza desde donde alcanza fácilmente el área que André eligió para alcanzar la calle. Algunos aseguran que Marcos había perdido algo de visión pero que podía escuchar el aleteo de un colibrí a cincuenta metros de distancia. André deberá ser en extremo precavido.

Pronto comprobará que el imaginario popular algo de razón tiene y que los astros amenazan con volverse en su contra. Solo le restan dos metros para alcanzar la gloria cuando escuchó a sus espaldas el rugido de Marcos Rutter...

—¡Ahhh, maldito desgraciado! Así que creías que se puede engañar al viejo Rutter, ¿no? ¡Vení para acá, pendejo hijo de puta... te voy a enseñar que les pasa a los que se creen más vivos que yo!

André lo vio acercarse amenazante y tan rápido como un rinoceronte. Pensó que, si no se arriesga, pronto estará perdido. Una golpiza del boxeador y en su estado de embriaguez solo puede conducirlo hacia dos sitios posibles: al cementerio o al hospital y en cualquiera de los casos las opciones no son válidas para sus propósitos. Se puso de pie tan rápido como le dieron sus fuerzas y corrió hasta el borde de la terraza y sin medir los riesgos, se arrojó al vacío. Mentalmente había calculado que hasta la calle no habría más de tres metros de distancia y como venía con velocidad si se ovillaba antes de tocar el asfalto, tenía probabilidades de no romperse ningún hueso. Pero, olvidó que las calles de Buenos Aires están inundadas de especies arbóreas cuya frondosidad es suficiente para contenerlo. Solo que en este caso el árbol que detuvo su vuelo es un Jacarandá que en esta época del año carece de folíolos que amortigüen el impacto.

No hubo huesos rotos, pero sí rasguños y moretones en todo su cuerpo. No sin dificultad, alcanzó la acera y entonces miró hacia arriba; allí estaba Marcos Rutter, apoyado sobre el borde de la terraza, gesticulando sus maldiciones y jurándole venganza eterna. Tomó sus bolsas y comenzó a andar. No tenía dinero y tampoco donde pernoctar. Su estómago se había convertido en una orquesta que ejecutaba a la perfección una melodía desordenada con tubas como únicos instrumentos. El hambre había comenzado a hacer estragos en su resistencia y cabizbajo recurrió a uno de los comedores para personas en situación de calle. El lugar estaba atestado de gentes y cuando ingresó todas las miradas se posaron sobre su vestimenta. Nadie le creería que habían sido adquiridas cuando sus bolsillos rebalsaban de billetes y optó por tomar su ración y ubicarse en un lugar alejado para devorarla. Más tarde buscó un refugio y esperó paciente a que amaneciera. Solo debe esperar a que el reloj anuncie la hora nueve y entonces irá al encuentro de Castro.

—*Pasá pibe...*—le dijo Simón Castro cuando lo vio sentado en la recepción

—*¡No sabés cuanto te agradezco que me des una mano, Simón! Desde que Pancho me rajó los problemas hicieron fila para cagarme a trompadas. Anoche comí en un comedor comunitario y la verdad es que me sentí como el culo.*

—*No me agradezcas... ¿para qué estamos los amigos si no es para ayudarnos?...* —Le mintió descaradamente. Simón Castro lo había citado para ganarse su confianza y que no desconfiara cuando llegue el momento de eliminarlo. Pero, él no es un hombre con el coraje suficiente como para descerrajarle un balazo en medio de la frente. Lo haría de una manera más discreta, donde si algo fallara no se viera comprometido con el crimen. Sabe que André es un adicto y apelará a una sobredosis; solo resta decidir dónde y cuándo hacerlo. Entre tanto, lo distraerá...

—*Escucháme pibe... yo no tengo las mismas posibilidades que tenía Pancho, pero sé que encontrarás negocios para hacer desde aquí. Vos sabés de esto... los negocios vienen a nosotros. Distinto es allí afuera donde hay que salir a buscarlos. Puedo darte un espacio aquí, en este despacho, hasta que lo ocupe el nuevo senador. Eso va a tardar unos días, ¿sabés? Y también unos mangos para comer y pagar el hotel hasta que te ganes el sustento... digamos una semana, para probar... ¿qué te parece?*

André estaba sorprendido. Eso era mucho más de lo que esperaba y jamás pensó que la salvación vendría justamente de la persona que nunca había ocultado su desprecio hacia él. Pero, tenía hambre y estaba sin techo. Esta propuesta le resolvió sus principales y más inmediatos problemas.

—*¡Me parece extraordinario, Simón! ¿Cuándo empiezo?*

—*Tomá, andá y compráte algo para comer. Después te buscas un hotelucho cerca de aquí para que no tengas que gastar en transporte. Te das una ducha y mañana a primera hora venís a trabajar.*

## CAPÍTULO XIII

Hasta que su teléfono no sonara, Victoria Gaspar no iba a descansar tranquila. Han pasado tres días de aquel momento y ninguna de llamadas que recibió fue del asesino de Barleti. Había comenzado a dudar de que lo haga. Y una vez más su mente se puso en acción y las preguntas se arremolinaban en derredor suyo... —*“No me va a llamar, solo lo dijo para mantenerme alerta y temerosa”*; *“¡Claro, ahora lo entiendo!... él no sabe si vi su rostro y si puedo reconocerlo en rueda de sospechosos. Tiene que mantenerme intranquila, esperando una llamada que nunca se producirá”*; *“Quizás esté esperando a que las cosas se enfrién un poco para dar el próximo salto... pero, ¿para qué me necesita?... no, no tiene sentido”*— De pronto, la asaltó otro recuerdo: Josefina, la secretaria de Barleti había quedado en llamarla cuando lograrse quitar su nombre de la nómina de visitas de la mesa de entradas... —*¿Lo habrá logrado?* — pensó.

Es medianoche y aún le restan nueve horas de trabajo intensivo. Está cubriendo un turno de veinticuatro horas porque en el hospital falta personal de enfermería. Muchos han dado parte médico. Los recuerdos de la pandemia de la gripe A aún persisten en las mentes de todos y ante el mínimo indicio de haberse contagiado, se auto excluyen. Es una noche tranquila, no hubo emergencias y el silencio reina en todos los pasillos. En el piso solamente son tres quienes cubren la guardia y aunque ella es jefa, no se sirve del cargo para deslindar responsabilidades en los demás. Pero, tanta intriga la mantiene expectante y cuando eso sucede consume cantidades increíbles de café. Se ofreció para ir en busca de algo para beber. Bajó a la cafetería y justo en el momento en que estaba haciendo el pedido, su teléfono, que estaba en modo vibración, comenzó a trepidar. Se apartó para atender la llamada creyendo que vendría de Eugenio. Pero al ver el visor, su corazón comenzó a latir fuertemente... NÚMERO PRIVADO, leyó. Temblorosa, atendió...

—*Ho...hola...*

—*Hola Victoria...* —respondió la voz metálica— *¿cómo estás?*

—*Bien, estoy bien...*

—*Me alegro mucho y espero que disfrutes el café que tenés en tus manos.* —Al escuchar esto, Victoria comenzó a mirar en todas direcciones. Es evidente que él la está viendo y en el lugar son apenas cuatro las personas que están sentadas. Observa sin discreción a cada una de ellas y no vio a ninguna con su teléfono al oído—*Oh, por favor Victoria, no me busques porque no me vas a ver. Existen muchas maneras de observar a la distancia sin ser descubiertos. Voy a ser breve... mañana prestá atención a las noticias.*

—*Noo, ¿qué vas a hacer?*

—*No te preocupes por eso, nadie puede inculparte. Esta llamada no se puede rastrear y tampoco quedará guardada entre tus registros. Ahora, por favor, escucháme con atención: Sé que tenés en tu poder un diario personal que no te pertenece. Con la cámara de tu teléfono quiero que fotografíes todas las páginas y las guardás en una carpeta aparte. Después, empaquetás el diario y a las cuatro de la tarde vas hasta la London City... ¿la conocés?*

—*Sí, claro...*

—*Te sentás en una de las mesas de la vereda que están enfrente de la boca del Subte y colocás el paquete arriba de la mesa. Alguien pasará caminando y se lo llevará. No lo sigas.*

—*Y ¿cómo lo identifico?*

—*Prestá atención a la gente que pase por el lugar y cuando un traje azul a rayas, con gafas*

*oscuras y un sombrero negro lo dejás ir con el paquete.*

*—Está bien... ¿voy a volver a verte?*

*—Quizás...*

Y ya no tuvo oportunidad de continuar hablando. La llamada se había interrumpido.

Siete de la mañana. La ciudad de Buenos Aires amaneció soleada y con una temperatura de catorce grados. Pronto, sus calles estarán abarrotadas de gentes yendo de aquí para allá y sus sonidos se elevarán tanto que los tímpanos de las personas se declararán en rebeldía aguzando punzadas de agudo dolor. El aire se vuelve irrespirable y los ánimos de los porteños se enardecen más y más. Un canillita pregona a viva voz los titulares de los periódicos. En dos horas más, Victoria terminará su turno y regresará a su hogar. Visiones de calma y paz y fragancias de pan caliente aromatizan sus recuerdos y a sus deseos de estar en casa. Introduce la llave en la cerradura y abre. Micaela acaba de levantarse. Está atrasada y cuando ve a su madre entrar, la besa en la mejilla con apuro y...

*—Hola Ma, chau Ma... me dormí y llego tarde al colegio...*

Victoria apenas si alcanzó a levantar su mano a modo de saludo. No tuvo tiempo para más. Su hija había pasado a su lado como una tromba y antes de que pudiera responderle, ella había desaparecido. Se encogió de hombros y continuó su camino. Subió las escaleras con cierta parsimonia. Desea una ducha caliente y acostarse al menos dos horas. Se sabe sola en toda la casa. Pero, al ingresar a su dormitorio escuchó a su esposo cantar a viva voz mientras se rasura la barba. —*¿qué raro?* —pensó—*Eugenio debiera estar en la jefatura.*

Observó la hora en su reloj y faltan siete minutos para las diez. Se extrañó, pero también se preocupó; debe fotografiar el diario íntimo de Soledad Starova y luego entregar el original en el centro de la ciudad. Eugenio en casa podía ser un contratiempo.

*—Hola amor, ¿cómo estuvo tu guardia?* —preguntó él

*—Bien, bastante tranquila... ¿y vos? ¿qué hacés en casa a estas horas?*

*—Disfruto de verte... estás muy sexy con tus cabellos todos revueltos, tus ojeras y tu cara de sueño. Creo que si te das una ducha podemos hacer el amor todo lo que resta de la mañana* —le dijo en tono jocoso sonriendo maliciosamente sabiendo que eso jamás ocurrirá...

*—Ni se te ocurra tocarme ni un pelo... juro que voy a morderte donde ya sabés.*

*—¡Ja, ja, ja! Estaba bromeando... en cinco minutos viene Torres a buscarme. Me quedé más tiempo en casa porque el fiscal iba a ir a la jefatura y no quería que me viera allí. Me tiene las pelotas al plato con sus boludeces.*

*—Y, ¿cómo vas con la investigación?*

*—¿Cuál? ¿La de Barleti y el otro hijo de puta?*

*—¡Qué boquita, querido! ¿Cuándo vas a entender que me desagrada escucharte putear todo el tiempo?*

*—¡Tenés razón! Voy a intentarlo.*

*—Bien, ahora contáme sobre lo que te pregunté...*

*—Bien...muy bien nos va con la investigación. No tenemos ni idea de quien pudo haber sido. Si el fiscal me dejara trabajar tranquilo, estoy seguro que lo resuelvo bastante rápido. El muy bolud..., perdón...tonto, me hace buscar en donde jamás va a encontrar nada.*

*—Y, ¿dónde buscarías?* —preguntó intrigada. Conoce sobre las habilidades de su esposo y sabe que lo que dice es verdad. Él ha resuelto de manera impecable tantos casos que en la fuerza

se ganó el mote de Sherlock Marques.

—No lo sé exactamente, pero creo que, si uno escarba un poco por el lado de los albaneses, algo va a encontrar. Castro se hizo el bolud...ejem, ¿idiota?... y me entregó una lista con nombres y teléfonos. Todos son albaneses y todos conocían a Barleti. Parece ser que ese desgraciado les pedía plata para no dar a publicidad sus nombres. A los tipos se la tienen jurada y en cualquier momento, si los encuentran, son boleta. Creo que es por eso del Kanun. ¿Sabés qué és?

—Sí...

—Según averigüé, él también tiene raíces albanesas, lo mismo que Hasko y que la chiquita que tenés ahí en el hospital. A propósito, ¿sabías que la quisieron asesinar?

—Sí, algo escuché... —Victoria no supo por qué le había mentado pero el remordimiento por haberlo hecho, la llevó a redimirse— *Perdón... te mentí*— y bajó su cabeza avergonzada—*yo fui quien lo evitó...*

—Lo sé...

—Y, ¿por qué nunca me dijiste nada?

—Porque confío en vos y si lo hiciste debiste tener motivos reales para ello.

—Tenía miedo que si lo sabías te ibas a ver envuelto en un problema con tu trabajo. No es tan sencillo como parece.

—Sí, lo entiendo. Como te dije, confío en vos... y no te preocupes por mí.

—Pero... ¿no querés que te cuente todo lo que sé? —le preguntó sorprendida por su respuesta.

—No. Es mi trabajo averiguarlo y el tuyo era hacer lo que hiciste. Sos enfermera y estás para salvar vidas. Yo, para atrapar delincuentes. Bueno, me voy. Ahí está Torres... más tarde te llamo.

Le dio un beso en la mejilla y cerró la puerta detrás de sí. Victoria quedó deshecha. Una vez más, su esposo la había sorprendido. Fácil hubiera sido para él mostrar su enojo, aunque éste fuera fingido, y escuchar todo lo que ella tenía para decir. Pero no, otra vez le demostró toda su confianza, aun cuando ella había traicionado la suya. —*nadie puede sentir tanto amor por una mujer!* —pensó abrumada por la pena.

Observó la hora: 11:34

Apenas tiene tiempo para ducharse, descansar unos minutos, fotografiar el diario y llegar hasta el centro.

15:57

La única mesa libre que quedaba enfrente de la boca de salida de la estación Perú de subterráneos se acababa de desocupar. No lo dudó. Saltó sobre ella y se sentó abruptamente en una silla, a punto tal que una pareja de ancianos que pretendía hacer lo mismo que ella quedó estupefacta observando su actitud descortés.

Victoria no se disculpó; ellos jamás entenderían y la hora de la entrega estaba próxima. Tampoco los miró, solo los ignoró. Quizás la vida le dé la oportunidad de hacerlo en otra ocasión. Ahora su prioridad es otra.

Uno de los camareros se acercó a ella justo en el momento en que vio acercarse a una persona que viste un traje a rayas. Se apuró a colocar el paquete sobre la mesa y el camarero, que se aprestaba a limpiar la mesa, lo tomó como al descuido para apoyarlo sobre una de las sillas desocupadas.

—*¡No lo toque!* — le advirtió ella de mala manera.

El hombre se sobresaltó por su reacción, se apartó de la mesa y en silencio comenzó a alejarse de ella. En eso, el extraño de traje a rayas, pasó a su lado, arrebató el paquete de las manos de Victoria y cruzó la calle velozmente. El camarero, al verlo, le gritó y corrió detrás de él. El hombre del traje a rayas, al verse descubierto, giró para enfrentarle, pero antes extrajo un arma de entre sus ropas y le apuntó directamente a los ojos. El mesero se detuvo aterrado y trastabillando comenzó a volver sobre sus pasos.

Victoria corrió a interponerse entre ellos y mirando fijo a los ojos de su salvador...

—*Déjelo ir... no importa, señor. Por favor, déjelo irse... allí no hay nada de valor... no se arriesgue por mí*— le suplicó mientras intentaba detenerlo apoyando sus manos sobre su torso. El hombre, en un acto de arrojo, quiso apartarla, pero ella ejerció más presión con sus manos y entonces se detuvo. Para entonces, el arrebataador había huido sin dejar rastros.

Victoria se disculpó con el camarero, recogió su abrigo y se alejó de allí. La entrega había sido realizada.

Mientras tanto, en el Congreso, André en su primer día de trabajo, observa que Simón Castro junto a dos desconocidos, se aproximan por un pasillo en dirección de él. Conversan animadamente. Creyó que ese era el momento oportuno para agradecerle delante de aquellas personas. Haciéndolo así, se ganaría el aprecio del funcionario. Pero Castro, ni siquiera lo miró. De hecho, al pasar a su lado, lo apartó despectivamente y lo quitó de su camino. André ignoraba que Simón Castro había recibido expresas órdenes para que ésta fuera su última noche en el hotel y nunca permitiría que alguien los viera juntos y menos en el Congreso, donde se había granjeado de cierto prestigio.

El “francesito”, como lo conocían la mayoría de los ediles, comprendió que había cometido un error y se alejó. Aquel, no había sido un buen día para él. Lo intentó de mil maneras, pero todas las puertas parecían habersele cerrado y nadie quiso destinarle ni siquiera cinco minutos de su tiempo. —*Quizás mañana sea un mejor día* —pensó. Aún le quedaban unos dineros en el bolsillo y dijo para sí que lo mejor sería comprar algo para comer e irse al hotel donde había pagado por adelantado cinco días de alojamiento. Nunca imaginó que alguien más había presenciado aquel momento.

Dos horas después, en el hotel, escucha que llaman a su puerta. André, que salía de la ducha, se cubre con una bata de algodón y se acercó a la puerta para abrir. Era demasiado pronto para que fuera el chico del delivery, pensó. Apenas quince minutos antes había encargado sushi en un local de la esquina. Fue entonces que imaginó lo imposible...—*Tal vez sea Castro que viene a explicarme por qué hizo lo que hizo* — Entonces descubre el cerrojo y abre. El pasillo estaba en penumbras, el hombre de espaldas, pero André alcanzó a reconocer el traje oscuro a rayas. Sonrió satisfecho por haber acertado y...

—*Hola Simón, pasá...* — dejó la puerta abierta y giró sobre sí para regresar al baño de donde había salido unos momentos antes —*sentáte que ya termino de vestirme y hablamos* —le dijo confiado.

Aquello fue lo último que dijo. A sus espaldas escuchó un siseo al mismo tiempo que un golpe seco sobre el brazo izquierdo le produjo un ardor insoportable. Quizás fue por efectos del impacto, pero se dio vuelta, y antes de que pudiera reaccionar, un nuevo golpe lo derribó. Esta vez, sobre su parietal derecho. Y después...la noche misma. Un hilo de sangre caliente y viscosa comenzó a manar lentamente desde allí y junto con ella, también la vida. Lo último que escuchó fue la puerta al cerrarse. Luego, nada.

—*Hola Don Castro, ¿ya se va?* —dijo el conserje

—*Sí, el pibe duerme como un chorlito...* —balbuceó con voz extraña y apenas audible

—*Nos vemos mañana, entonces...*

—*Sí, mañana...*

Treinta minutos después y en el mismo lugar...

—*Buenas, sushi para la habitación 103* —dijo el muchacho con actitud displicente.

—*Cuando será el día en que los pendejos como vos saluden como corresponde. ¿Qué eso de...buenas? Acaso, ¿no saben decir buenas noches, señor?*

—*Bueno, bueno, sí... ¿lo llevo yo o vas vos?* —le dijo al conserje mientras apoyaba el pedido sobre el mostrador lustroso.

—*Subí... ¿sabés leer el número 103?*

—*Qué pelotudo que sos* —respondió el joven mientras tomaba el paquete con comida y se dirigía hacia las escaleras. Minutos después, bajó irritado y maldiciendo a viva voz. —*nadie me abre...no sé para qué mierda piden delivery si después no te abren la puerta. Tomá, llevásela vos* — y, una vez más, le arrojó el pedido sobre el mostrador.

—*No, no, tiene que estar...recién bajó su amigo. Vení conmigo que te abro la puerta por si está dormido...Yo no quiero quilombos si después la comida no le gusta.*

—*Bueno, pero apurate que no tengo toda la noche. Tengo muchos pedidos que llevar.*

El conserje golpea la puerta y unos segundos después insistió con mayor vehemencia. Pero, André yacía en el piso desangrándose y jamás le responderá. Fue entonces cuando el muchacho del delivery le recordó que no disponía de tiempo para esperar más y entonces el conserje introdujo su llave en la cerradura y abrió la puerta. Y allí estaba él...en medio de un charco de sangre y con el pulso débil. El chico del mandado jamás había presenciado nada igual y quedó petrificado en el lugar.

—*¡Nooo, carajo! ¡Justo a mí me tenía que pasar! ¡Putá madre! ¿cuál es el número al que hay que llamar para esto?... Pibe, a vos te hablo... ¿cuál número de mierda es al que hay que llamar?* —gritaba el conserje en una crisis de nerviosismo...

El muchacho había quedado inmóvil, con la vista fija en la horrorosa imagen sangrante. No respondía ni reaccionaba a ningún impulso. El conserje, entonces, bajó corriendo escaleras abajo y tomó el teléfono para marcar el 911. Unos minutos después, el silencio de la noche se vio invadida por el ulular de las sirenas. Dos patrulleros de la policía frenaron a escasos centímetros uno del otro y con una rueda encima de la acera mientras el chofer de la ambulancia procuraba acercarse en reversa a la puerta del hotel si golpear a ninguno de los curiosos que, ante el escándalo, se agolparon en el lugar. Dos camilleros y una médica del SAME corrieron hasta la planta superior y comenzaron los ejercicios de reanimación mientras le inyectan suero fisiológico en las venas para compensar la pérdida de sangre.

Horas después, el teléfono del inspector Marques comenzó a vibrar enérgicamente.

—*Inspector, es mejor que venga rápido... balearon a un chico y está grave...acusó a un conocido suyo...*

—*¿A quién?*

—*Simón Castro*

—*Y ¿quién es el pibe?*

—*Según sus documentos André Courtois*

—*No sé quién es...*

—*Yo tampoco, pero dijo que trabaja en el congreso y creo que debe venir cuanto antes...*

—Llamálo a Torres y que me venga a buscar enseguida...

Victoria, que acaba de despertar, preguntó...

—¿Qué ocurrió ahora?

—Tengo que salir... seguí durmiendo que mañana tenés un día largo

—¿Pasó algo grave?

—No, no te preocupes... ocurre todos los días. Balearon a un pibe en el centro...

—Mmmff, bueno. Te voy a hacer caso. Abrigáte bien, por favor...

Victoria no sospechó en ese momento que lo que había ocurrido la relacionaba directamente pero no lo sabría hasta bien entrada la mañana. Desayunándose, encendió la televisión y entonces vio la fotografía de André en la pantalla. Aumentó el volumen para escuchar la noticia, pero el periodista no aclaraba si había fallecido o no. Su corazón palpita acelerado. Odiaba a ese joven por lo que había intentado hacer, pero comprendió que él era parte inocente de una maquinaria infernal cuyo principal combustible era la droga y de buenas a primeras se vio rezando por su vida. Su principal proveedor había sido el senador Barleti, pero él ya no existía. Fue entonces cuando se preguntó quién podía estar tan interesado en su desaparición. Comenzó a temblar de solo pensar que detrás de Barleti hubiese alguien con más poder y en ese caso la vida de la pequeña volvía a correr peligro. En eso, su teléfono comenzó a sonar...

—¿Viste las noticias? —dijo la voz metálica

—¿Qué tengo que ver en las noticias?

—Lo del chico, el noviecito de Soledad.

—¿Fuiste vos?

—Ahá...

—Hijo de puta, ese chico era un enfermo, pero no era como Barleti ni el otro tráfuga...

—Tranquila, no va a morir... la bala solo le rozó el parietal. Es importante para la causa que él sobreviva... ya te vas a enterar.

—Estoy harta de tus mensajes inconclusos... ¿Por qué no me decís de una buena vez que es lo que estás persiguiendo?

—Lo mismo que vos, nena... quiero justicia y hasta que no los vea destruidos no voy a acabar...

—Destruídos, ¿quiénes?

—Ya me cargué a los dos peores... ahora es el turno de los otros dos...y vos sabés a quienes me refiero...

—Si sos tan valiente, ¿por qué no me mostrás tu cara?

—Porque no voy a ir en cana por unos hijos de puta como estos...

—Y ¿para qué me llamás? Ya no me necesitás...

—No, es verdad, ahora depende de que tu marido que haga las cosas bien. Confío en él...es un buen policía. Solo te llamé para despedirme y agradecerte por lo que hiciste. Cuidála bien... Soledad es tonta pero inocente y no merecía lo que le hicieron.

El inspector Marques sube con paso cansino los catorce escalones que lo separan del primer piso del hotel donde se hospedaba André. Pese a que está amaneciendo, la poca luz diurna que se filtra por la única ventana que hay, no alcanza para iluminar completamente el pasillo que lo conduce hasta la habitación donde ocurrió el crimen. Y entonces oprime el interruptor temporal que halló en la mitad del recorrido. Pero, no se encendió ninguna bombilla y tuvo que continuar a

tientas los pocos metros que lo separan de la puerta de entrada donde hay apostado un centinela de la policía. Al verlo, el agente se cuadra y lo saluda con una venia. Marques le ordena descanso e ingresa en la habitación pese a que el protocolo de criminalidad indica que no debe hacerlo. Nadie lo acompaña. Eugenio Marques es consciente de que tampoco él debería estar allí, pero sus condecoraciones hablan por sí solas y ningún hombre de la fuerza se negaría a dejarlo pasar.

Adentro, no halló demasiadas cosas, solo una cama, una mesa de noche, un par de cuadros y un velador. Ni televisión ni aire acondicionado. En un rincón y en solitario, un apoya maletas y sobre él, dos bolsas de plástico con ropas arrugadas y malolientes. Se inclinó para observar por debajo de la cama y solo vio un envoltorio de papel magullado y dos etiquetas desprendidas con su precinto plástico cortado. La mesa de noche solo tiene un solo cajón. Marques lo abrió y en el fondo y disimulado debajo de una revista de actualidad, encontró una libreta de tapas duras con el precinto de broche abierto. Eugenio no tuvo hermanas ni amigas de la infancia a quienes robar sus diarios íntimos, pero tenía suficiente edad para reconocer lo que tenía entre manos. Alguien estuvo hojeándolo y eso captó su atención. Con ayuda de una servilleta de papel para no dejar sus huellas dactilares impresas, leyó las últimas seis páginas. No necesitó ver más para comprender que aquello podía ser prueba concluyente para explicar algunos hechos sucedidos en los días previos. Este diario personal no podía caer en manos equivocadas y entonces asegurándose de que no hubiera testigos, la guardó en uno de sus bolsillos. Ya tenía algo de lo que había venido a buscar. Sobre el hallazgo nada diría, a excepción del Jefe Valdés, el único en quien confía plenamente. Sabe que, si es descubierto ocultando al fiscal información tan decisiva, estaría en serios problemas, pero también que, si alegremente cae en sus manos, esta libreta se perdería en algún insondable cajón de la fiscalía al que nunca tendría acceso. Abre la puerta y pregunta al centinela...

—¿Sabe usted a donde llevaron al herido?

—Al Durand, inspector, el Hospital General de Agudos de Díaz Vélez y Eleodoro Lobos.

—Gracias agente. ¿Necesita que le envíe algo para comer o beber?

—Y, ¿no me vendría mal algo de café y alguna cosita para engañar al estómago, inspector!

—respondió sonriente el joven policía que lleva más de cuatro horas apostado sin poder moverse de allí. Marques era famoso por estos detalles. Exige al máximo a todos sus hombres, pero jamás los dejaría en banda. Sabe lo que es estar de guardia y en solitario. Eugenio Marques grita, exige y hasta castiga con rudeza a quienes no cumplan con su deber, pero también los apaña cuando las situaciones ameritan que así sea. Por sus gestos humanitarios, todos en la fuerza lo aprecian, pero por sobre todas las cosas lo idolatran por su valentía y dedicación. Unos minutos después regresó con sus manos cargadas con una bebida caliente y medialunas recién horneadas. Se tomó algo de tiempo para acompañarlo mientras ingería sus alimentos y una que hubo de terminar se despidió con gesto paternal y se retiró. El agente se cuadró ante Marques y retomó su puesto de guardia.

Marques, al salir vio al conserje que cejaba en su intento por salir ante las cámaras de televisión que estaban cubriendo el crimen y, tomándolo del brazo lo apartó de las vistas de todos...

—¿Usted fue quien encontró el cuerpo del joven? — lo indagó

—Sí, oficial... yo y el chico que trajo el sushi

—¿Quién de los dos entró primero a la habitación?

—Yo, señor

—¿Puede describirme en pocas palabras cómo estaba el joven, si respiraba, si podía hablar o si estaba inconsciente?

—Respiraba...mal, pero respiraba. Tenía sangre en el costado de la cabeza...mucha sangre, en el pelo, la oreja, en el cuello y cuando lo toqué se sobresaltó y gritó...”no me mates, no me mates, por favor”. Le dije “tranquilo, tranquilo, soy yo” y me preguntó “¿dónde está, dónde está”, “dónde está, quién” le respondí

—Y ¿qué dijo?

—Simón, Simón. Y después, nada, creo que se desmayó...

—Y, además de los médicos, ¿alguien más estuvo con él, algún pasajero del hotel, algún curioso?

—Vinieron los médicos y lo cargaron después de hacerle la reanimación, pero cuando se lo llevaban, hubo un tipo que los paró para verle la cara y después se fue...no lo vi más

—Y ¿cómo era este tipo?

—Flaco, parecía un oficinista, tenía traje y zapatos caros, ¿vio?

—Alto...bajo...rubio...morocho... ¿cómo era?

—No muy bajo y de lo demás no me acuerdo...yo estaba muy asustado, señor

—¿Lo podría reconocer?

—No, a él no...

—Y, ¿a quién sí?

—Al que se fue un ratito antes de que lo encontráramos... pero, no sé si tiene algo que ver... es un cliente habitual de la casa y siempre nos trae gente para que lo hospedemos.

—¿Cómo se llama?

—Solo lo conozco por el apellido...le decimos Don Castro.

—¿Simón Castro?

—No sé...el nombre no lo conozco

—Y, ¿usted dice que se fue justo antes de que ustedes encontraran el cuerpo del chico?

—Sí...él lo trajo y también le pagó la estadía

—¿Cuántos días tenía pagos?

—Cinco, pero le quedaban tres. Estaba gastando el segundo...

—Y eso... ¿Quién lo pagó...Castro o el chico?

—El chico, pero dijo que la plata se la había dado Castro.

—Entiendo...bueno señor, no lo molesto más. Muchas gracias. Buenas noches

—Buenas noches, oficial — Y pensó: “este es un hombre educado...Buenas noches, dijo”

Marques caminó despacio por la acera rumbo al patrullero donde lo aguarda Torres, su fiel ladero. Y, mientras lo hacía, pensaba en lo que había dicho el conserje. Algo no le cerraba... Castro había sido el último en ver al joven herido, pero difícilmente haya sido quien le disparó. Imaginariamente, Marques intentó ponerse en su lugar y pensó que si planeaba dispararle esa noche no le habría dado dinero para pagar tantos días de alojamiento por adelantado. Era lógica pura desde una posición de hombre que cuida sus escasos dineros, pero quizás, si tuviera los ingresos que supone tiene Castro, esas solo sean minucias. No obstante, sabe que necesitará más que eso para probar su culpabilidad.

Camino al Durand trató de recrear la escena que el conserje le había descripto. Nadie sería tan estúpido de dejarse ver después de haber cometido un crimen. Debe interrogar al joven herido y debe hacerlo antes de que lo haga el fiscal.

André, acaba de ser llevado a una habitación privada. Aún está bajo los efectos de la anestesia luego de que lo sometieran a una cirugía para extirpar la bala que quedó alojada en su brazo.

—Tuvo mucha suerte —dijo el médico que salía del quirófano—la bala se detuvo a solo dos

*milímetros de la arteria branquial y eso gracias a la providencia y a que el chico tenía una bata gruesa de algodón y con las mangas arremangadas, porque un calibre 38 normalmente destruye todo lo que toca. Si no, la historia hubiera sido otra.*

*—¿Puedo hablar con él? —preguntó Marques*

*—Todavía está bajo los efectos de los sedantes, pero en cuanto se recupere, sí. La enfermera le avisará.*

*—Gracias, esperaré aquí, entonces...*

*—Como quiera oficial... solo serán quince o veinte minutos, a más tardar*

*—A propósito, Doctor, la bala ¿dónde está?*

*—Fue remitida a laboratorio y de allí creo que va a criminalística...*

*—Gracias...*

Entretanto, Simón Castro, en su departamento, recibe una llamada...

*—Gallego, el pibe ya es boleta... alguien se te adelantó. Vi cuando lo sacaron y no creo que pase de esta noche. Tenía mucha sangre en toda la cabeza y dijo el enfermero que fue un disparo.*

*—Qué buena noticia... ¿tenés alguna idea de quien pudo ser?*

*—No... pero, conociéndolo, seguro que metió jeta en algún lado y le quisieron cobrar alguna deuda de falopa.*

*—Y, sí... puede ser. Es un boludo. Buéh, mejor... ese no va a joder más. Por las dudas quedate por ahí para asegurarnos de que no zafe...*

*—Sí, pero acá está lleno de canas... no quiero que me vean... muchos de estos me conocen.*

*—Está bien... no te preocupes. Ya nos enteraremos por las noticias.*

Una enfermera sale de la habitación de André. Marques la intercepta y le pregunta si ya despertó...

*—Sí, ya está despierto... ¿quiere pasar?*

André, no parece estar grave. A simple vista solo tiene una venda en la cabeza y otra rodeándole el brazo, que luce extremadamente inflamado. Está sentado con la mirada fija en el techo, pensativo y con los ojos brillosos. Ha estado llorando. Marques se acercó sonriente para no alarmarlo...

*—Soy el inspector Marques —le dijo*

*—¿El marido de la enfermera? —preguntó algo sorprendido*

*—Sí, mi esposa es enfermera... ¿cómo sabés eso?*

*—Ella me lo dijo—* André dudaba sobre seguir hablando de eso por más tiempo, pero saber que tiene a un policía adelante que está relacionado con la política, lo asusta y nada más dice.

*—¿Cuándo te lo dijo?*

*—Yo fui quien quiso inyectar cocaína a Soledad y ella lo impidió. Soledad era mi novia.*

*—Está bien. ¿Me vas a contar quien te hizo eso en la cabeza?*

*—¿Estoy arrestado?*

*—No, ¿por qué?*

*—Por lo que quise hacerle a mi novia...*

*—Ella o mi mujer ¿te denunciaron?*

*—Mi novia no puede hablar y su mujer no creo que lo haga. Ella trabajaba con Barleti, ¿No?*

—No lo sé... ¿Te dijo eso?

—Sí

—Y ¿qué más te dijo?

—Nada más... no hacía falta.

—Bueno, si ella cometió algún delito por trabajar con Barleti voy a tener que meterla presa ¿no te parece?

—No me tome el pelo, oficial

—Soy Inspector... bueno, ¿me vas a decir quién te hizo eso o no?

—No soy botón...

—Pibe, sé que tenés miedo, pero conmigo estás seguro. Alguien me dijo que acusaste a Castro...

—...

—¿No vas a hablar?

—Ya le dije...no soy buchón

—No te gustan los policías ¿verdad? Bueno, a mí no me gustan los políticos como vos...

—No soy político

—Pero trabajás con ellos...

—Ya no...

—¿Por qué?

—Porque me quisieron sacar del medio

—¡Ah! Veo que ya nos vamos entendiendo... ¿Quién fue? ¿Castro?

—Tenía un traje a rayas como el que siempre usa él...pero no estoy seguro.

—Esta libreta estaba en un cajón de tu mesa de noche...

André, al verla, la reconoció de inmediato, pero no entendía cómo es que había llegado hasta su mesa de noche.

—¿Y?

—Creo que la escribió tu novia... y te menciona, lo menciona a Barleti, a un juez y si mal no recuerdo también a Castro. Dice que ellos abusaron de ella. ¿Sabés algo de eso?

—...

—Mirá pibe, no sé por qué no querés responderme, pero quiero que sepas que lo que no me digas a mí se lo vas a tener que decir a un juez. Si nuestro esta libreta, vas en cana. ¿Qué preferís?

—Lo que dice ahí es verdad...—respondió dubitativo y en voz muy baja...

—No te escuché... ¿podés hablar más alto?

—Que lo que dice ahí es verdad...Barleti, Hasko, Sarachi y Castro la violaban, la drogaban y no sé cuántas porquerías más le hacían. Era mi novia, pero yo siempre estaba drogado y no sé más nada.

—Pero los viste hacerlo... ¿no es así?

—Sí...

—Quién te disparó...

—Castro

—¿Qué Castro?

—Simón Castro...

—Y... ¿por qué creés que lo hizo?

—No lo sé... me llamó antes de ayer para ofrecirme trabajo, me dio de comer y plata para

*pagar el hotel. Pero me extrañó porque siempre me tuvo bronca. Tal vez me quiso comprar para que no cuente nada de lo que sé...*

*—Y... ¿qué es lo que sabés?*

*—Todas sus porquerías...sus negocios, la joda con la droga...*

*—Lo viste cuando te disparó...*

*—No, le abrí la puerta y le dije que se sentara y cuando me di vuelta para ir al baño a vestirme, me disparó en el brazo y quise cubrirme por si me seguía disparando, pero algo me pegó en la cabeza y ya no me acuerdo de nada más...*

*—¿Estás seguro que era él?*

*—Si pregunta por ahí, verá que en todos lados a Castro lo conocen como el hombre del traje a rayas. Y éste tenía un traje a rayas igual a los que usa siempre, solo que esta vez estaba con un sobretodo negro encima. Nuca lo vi con otra ropa y eso que lo conozco desde mucho... Creo que...*

*—¿Sí?*

*—No, lo que iba a decir no puede ser verdad...*

*—Dejáme eso a mí... ¿Qué ibas a decir?*

*—Cuando mataron a Barleti y a Hasko, tanto él como Sarachi andaban recontra cagados en las patas y creo que tenían miedo que les tocara a ellos y el único que sabía quiénes eran y qué habían hecho, soy yo... bah, el único que sigue vivo.*

*—¿Creés, entonces, que quisieron callarte?*

*—Tal vez...*

*—Y ¿quién mató a Barleti y a Hasko, entonces?*

*—No lo sé... tiempo después de que Soledad cayó en coma, escuché que se echaban las culpas uno a otro. Creo que fueron ellos los que la drogaron de más. A mí me dijeron que les había robado la droga y que se había pichicateado sola, pero yo la conozco y sé que ella no sabía hacerlo. Para mí que se les fue la mano...*

*—Y te mandaron a silenciarla, ¿verdad?*

*—Barleti me lo sugirió*

*—Y vos fuiste a hacerlo, pero se te apareció mi mujer...*

*—Sí...*

*—Todo lo que me dijiste lo tengo grabado en este celular... ¿estás dispuesto a repetirlo ante el juez?*

*—¿Está loco? Soy hombre muerto si lo hago. Estos no andan con chiquitas...*

*—Si no lo hacés también sos hombre muerto o ¿acaso te olvidás de lo que tenés en la cabeza y en el brazo?*

*—Y ¿quién me va a proteger si lo hago?*

*—Puedo hacer que te guarden como testigo protegido y después de que logremos meterlos en cana, que te paguen un pasaje a Francia y allá te arreglás como puedas...*

*—Y ¿qué pruebas tiene para detenerlos antes de que me metan otro balazo en la cabeza?*

*—Tu declaración como víctima de un atentado es suficiente para abrir una causa y lograr un allanamiento sorpresivo. Si fue Castro quien te disparó vamos a encontrar algo... seguro. Y si no, igual te vamos a proteger de quien sea que quiso hacerlo. La justicia es una mierda, pero a vos te pusieron un plomo en la cabeza y eso es muy difícil de disimular y más si la prensa los apura. Los jueces se hacen los boludos cuando pueden, pero si la opinión pública se les vuelve en contra, la cosa es diferente. Además, vos tenés una historia que va a revolucionar el*

*congreso y todos se van a querer sacar el lazo de encima. Si hay uno que metió la pata seguro que lo van a apartar. Solo hay que molestarlos un poco.*

*—Está bien... hágalo, pero por favor no me cague. Soy un boludo, pero no tan jodido como ellos.*

*—En un rato va a venir mi jefe con el fiscal general y vas a contarle todo lo que me dijiste a mí. Si te acordás de algo más, también decláralo... cuanto más digas, antes vamos a poder actuar...—*Marques se acercó a la puerta para irse

*—¡Oiga!... si usted se va ahora... ¿Quién me cuida?*

*—Voy a dejar a dos de mis mejores hombres apostados afuera y a otro aquí adentro. Están muy entrenados y son de temer... nadie se va a meter con ellos y tampoco se dejan engañar.*

*—Está bien, confío en que sea así...*

2:00 AM. El teléfono del Jefe Valdés suena con insistencia. Restregándose los ojos, busca a tientas al aparato entremedio de todos los libros que tiene diseminados sobre su mesa de noche. Valdés nunca termina los libros que comienza a leer...se aburre enseguida y comienza con otro, una y otra vez, hasta que retoma la lectura del primero que eligió. Pero, jamás regresa a la biblioteca a ninguno de ellos; todos quedan apiñados sobre la mesa de noche en desordenado equilibrio hasta que su teléfono vuelva a sonar. Y entonces, la inevitable hecatombe... solo quedan estables dos de los catorce libros que había allí. Tanto alboroto despertó a Matilde, su esposa, que se malhumora enseguida cuando la despiertan...

*—¿Quién llama a esta hora? —le preguntó*

*—¿Y cómo puedo saberlo, mujer, si aún no lo atendí? —le respondió con su habitual sarcasmo...*

*—Bueno ... ¡Atendélo de una buena vez viejo caprichoso! —gruñó ella con mayor ferocidad...*

*—¿Quién jode a esta hora, carajo? —dijo Valdés en el teléfono*

*—Marques, Jefe...es mejor que te vistas rápido y vengas. Tenemos algo muy gordo y no quiero que el fiscal lo arruine todo.*

*—Y, ¿para qué me necesitás?*

*—Dos senadores, un juez federal y un tilingo de la política están metidos en un quilombo de drogas, un intento de asesinato y trata de pendejas... ¿quierés dejárselo a Ramírez?*

*—No... ya voy. Dame una hora...*

Valdés descubre el edredón y tatea el piso con la punta de sus pies desnudos en busca de sus pantuflas que quedaron sepultadas debajo de la pila de libros que derribó segundos antes por buscar a su teléfono a oscuras. Somnoliento cejó en su intento de hallarlas y para no alterar aún más a su esposa, no encendió las luces y procuró caminar a ciegas y descalzo hasta el baño. Calígula, su perro caniche, suele olvidar a sus juguetes en el piso y muchos de ellos han sido mordisqueados dejando al descubierto hirientes puntas que Valdés descubrió cuando los pisó...

*—¡La reputa madre que lo parió a este perro de mierda, carajo! —insultó en voz alta y despertando a Matilde una vez más.*

Una hora después, se encontró con Marques en hall de entrada del Hospital Durand...

*—Espero que lo que tengas sea tan importante como para justificar que me hayas hecho venir hasta acá a estas horas. Poco faltó para que mi mujer me parta la cabeza con un palo de amasar por el quilombo que armé al levantarme...*

*—Escuchá esto —respondió Eugenio y encendió la grabadora de su teléfono celular.*

Valdés es gruñón y malhumorado pero su enojo se fue disipando a medida que la grabación avanzaba. Y cuando terminó, dijo...

—Mierda, mierda, mierda... Eugenio ¿creés que esto sea todo cierto?

—No lo sé, pero al pibe le balearon la cabeza y el diario que encontré en su habitación, que aparentemente pertenece a la chiquita que está en coma en el Argerich, los acusa directamente. Si leés todo lo que hay allí se te caen las medias. No vas a creer lo que estos hijos de puta le hicieron. Sentáte, leé y me decís si no opinás igual...

Minutos después, el Jefe Valdés se puso de pie y se acercó a Marques. La expresión de su rostro denotaba tanto fastidio e indignación que, para descargar su furia, poco faltó para que golpeará con sus puños a la pared.

—Mirá, si todo esto es verdad, quiero que estos hijos de puta se pudran en la cárcel. No podemos meter la pata. Voy a llamar al fiscal para que interroge al pibe. Y después le voy a mostrar esto que me diste. Para que sea prueba lo tenemos que poner en una bolsita y decirle que lo confiscamos en el lugar del hecho. ¿Hablaste con el pibe sobre esta libreta?

—Sí

—Y ¿la reconoce como escrita por la chica?

—Sí, dijo que ella fue su novia hasta que le pasó lo que ya sabés.

—Y... ¿va a testiguar que lo que ella dice acá es verdad?

—Dijo que sí, pero debemos darle garantías. Está con miedo.

—Está bien. Yo voy a estar allí junto a él cuando venga el fiscal para que no meta la pata y vos mientras tanto, le ponés una guardia discreta a estos hijos de puta. Al juez y a Castro. Seleccioná bien a los muchachos... si estos turros se dan cuenta que los vigilamos, se nos pudre todo. Quiero saber qué hacen, a dónde van y con quienes se encuentran hasta que podamos conseguir las órdenes de allanamientos.

—¿Podemos intervenirle los teléfonos?

—No creo que nos autoricen... uno es un juez federal y el otro tiene contactos en la política. Pero, si no les damos tiempo, no va a hacer falta. Por ahora, vigilálos bien.

## CAPÍTULO XIV

—*¡Simón, venite rápido a casa!* —aulló con desesperación el juez Sarachi.

—*Pará, boludo... ¿qué pasó? ¿Te das cuenta que son las cuatro de la mañana?*

—*Dejáte de pelotudeces y vení...*—y cortó.

Rato después...

—*Jefe, Castro salió a las atropelladas de su casa. Lo voy a seguir para ver a donde va tan apurado...*— dijo el agente Julián Sobrero.

—*Sí Julián, pero discretamente. No hay que avisarlos* —respondió Marques— *¿queda alguien allí para vigilar otros movimientos en su casa?*

—*Daniel, Inspector...*

—*¿Qué Daniel?*

—*Gómez...*

—*Ok, manteneme al tanto.*

El suntuoso edificio sobre la avenida Libertador parecía desierto, solo uno de los custodios de la policía federal que vela por la seguridad del juez Sarachi está despierto. Con mano temblorosa, Castro oprime el llamador del portero eléctrico...

—*Dale, subí...* —dijo la voz metálica

Nueve pisos por ascensor y la puerta que ya está abierta.

—*... entrá que no hay nadie. Sentate que estoy preparando un café...*

Momentos después, Sarachi aparece con una bandeja entre manos y dos cafés humeantes...

—*¿Te enteraste?*

—*Si me enteré de qué...*

—*¿Sos boludo o te hacés?... balearon al francesito y hasta donde sé no fuiste vos... lo dejaron vivo...*

—*Sí, eso lo sabía... ¿y qué, para eso me hiciste venir?*

—*No, el pibe está hablando y te culpa de haberlo hecho*

—*¿A mí?*

—*Sí, a vos... dicen que te vieron saliendo del hotel y que vos lo cagaste a balazos.*

—*Noo, es mentira... fui una sola vez para llevarlo, pero después no fui más. Alguien está mintiendo...*

—*Sí, pero el pibe está hablando y dicen que tienen pruebas... Mejor, desaparecé por unos días hasta que se aclare todo.*

—*¿Estás loco?... si lo hago me incrimino directamente...*

—*Si no lo hacés te meten en cana... ¿Qué preferís?*

—*Si me meten en cana, me sacás y listo... ¿para qué sos juez, boludo?*

—*¿Quéé?... ni en pedo... nosotros no nos conocemos. Al que buscan es a vos...*

—*Ah, qué buen amigo que sos...*

—*Pará, pará... que nos hayamos cogido unas cuantas minas juntos no significa que seamos amigos. Vos por tu lado y yo por el mío. Te llamé para avisarte, nada más...no podía hacerlo por teléfono. Ramírez es amigo mío y me alertó. Él es el único que sabe que te conozco... pero no sabe nada más, ni lo que hicimos ni nada. Yo te dije que te tenías que ocupar del pibe... no*

*lo hiciste y ahí tenés las consecuencias...'*

*—Putá madre... ¿a dónde me voy ahora?*

*—Andá a San Fernando... allá te va a esperar un avión que te cruzará a Uruguay antes de que se libere la orden de arresto. No pierdas tiempo porque te joden, si no...*

*—Bueno, voy a casa y cargo algo de ropa y...*

*—Noo, te vas ahora mismo... después mando a alguien para que junte algunas cosas tuyas y te las mandamos por Ferry... ¿tenés plata?*

*—Sí, unos mangos tengo encima y otro poco en el banco.*

*—¿Y en Uruguay?*

*—Sí, tengo una cuenta, pero casi sin dinero en ella...*

*—Bueno, no te preocupes... mándame el número por WhatsApp que te hago llegar algo desde la mía... Ahora, andá antes de que sea demasiado tarde...*

Castro, con expresión desencajada, sale del edificio y sube a un taxi. El agente Sobrero lo advierte y notifica de inmediato el extraño movimiento...

*—Jefe, el sujeto llegó en su propio auto y ahora se va en un taxi. Acá hay algo raro. Voy a seguirlo.*

*—Seguilo y en cuanto sepas a dónde se dirige me avisás...*

*—Ok, jefe*

Rato después y cuando ya no quedaban dudas de hacia dónde se dirigía vuelve a comunicarse con Marques...

*—Jefe, están entrando en San Fernando, en el aeropuerto... para mí que se quiere rajar... ¿lo paro?*

*—No podemos todavía... no tenemos una orden de detención. Demorálo todo lo que puedas... sé que vas a ingeniar un buen método...*

*—Cuanto tiempo necesita, inspector*

*—Tres o cuatro horas hasta que el juez se decida a actuar. Estamos presionando mucho para lograrlo, pero...*

*—Déjelo por mi cuenta...*

Simón Castro, descendió del taxi y sin contemplar si había cerrado la puerta del coche, corrió hacia el interior del edificio. Debía contactar al piloto que lo llevaría hasta el Aeropuerto Internacional Laguna de los Patos. Sarachi solo le dio una descripción física aproximada y su apellido. No hubo tiempo para más. Coincidentemente, Sobrero tiene un aspecto similar y cuando ingresó al salón principal, Castro lo confundió y se acercó a él vertiginosamente...

*—Soy Simón, usted debe ser el piloto, ¿verdad?*

Sobrero, le siguió la corriente para demorarlo. No obstante, es hombre de recursos y si esta treta no arroja resultados positivos, recurrirá a otros trucos...

*—Sí, ¿a dónde vamos?*

*—Uruguay, a cualquier parte de Uruguay...—Su nerviosismo le impedía recordar el nombre del aeropuerto que Sarachi le sugirió. “andá a Laguna de los Patos, que está cerca de Colonia y de ahí te vas en auto a Montevideo. No hay que despertar sospechas.” Le había dicho...*

*—Señor, tiene que indicarme exactamente a dónde se dirige...*

*—Solo cruzáme, ¿me escuchaste?* —le respondió en tono hostil. Castro está a punto de estallar. Su nerviosismo lo ha traicionado y no mide sus palabras ni toma recaudos al hablar.

*—¿Está bien... está bien, no se enoje! Espéreme aquí que tengo que hacer los trámites para salir, ¿Ok?*

—*Sí, sí... perdón, pero es un asunto familiar de urgencia* —mintió olvidando que unos momentos antes le había dicho que quería ir a cualquier lugar...

—*Uhh, qué macana...no lo sabía. ¿Qué es lo que pasó?* —preguntó Sobrero para distraerlo y dejar que los minutos corran sin detenerse...

—*No tiene importancia...*

—*Sí que la tiene porque de eso depende a dónde conviene viajar, ¿no lo cree así?*

—*Es queeee...que tengo que llegar a Uruguay y recién entonces me dirán a dónde ir.*

Para entonces, Simón Castro estaba tan asustado que ni siquiera pensaba en lo que decía. Su temor a que se le acabe el tiempo y quedar detenido es tal que balbuceaba incongruencias tras incongruencias. Sobrero, hábil como pocos, alimentaba sus temores con distracciones.

—*¿Su nombre, me dijo?*

—*Simón...*

—*Simón ¿qué?*

—*¿Tiene importancia?*

—*Y, ¿cómo piensa salir del país?*

—*Ah, comprendo...Castro.*

—*Deme sus documentos que tengo que hacer los trámites migratorios... ¿o prefiere hacerlos usted?*

—*Sí, sí, los hago yo* —respondió Castro por temor a entregarle su identidad a un desconocido. Sobrero, seguía atosigándolo...

—*Está bien...vaya nomás. Pero, ¿un consejo? No mire hacia arriba...hay cámaras por todos lados allí adentro...*

Había dado en el clavo. Castro no quería cámaras que captaran su rostro al momento de realizar los trámites migratorios. Olvidó que sus datos igual iban a quedar registrados, pero le creyó cuando Sobrero le dijo que él podía trucar la documentación...

Sobrero, ya tiene lo que quería: los documentos de identidad de Castro. Sin ellos, no iría a ninguna parte. Ahora solo desaparecería de su vista y dejará pasar el tiempo todo lo que más pueda. Aunque su plan fallara, Castro no podría embarcarse en ningún vuelo, ni privado ni comercial.

Entretanto, el fiscal Ramírez y el Jefe Valdés se debatían en una discusión feroz...

—*Con el debido respeto, señor Fiscal General, ya tiene una declaración testimonial con suficiente evidencia como para llamar al juez y exigirle que libre de inmediato una orden de cateo contra Castro Y Sarachi...*

—*No puedo hacer eso... un juez federal es un juez federal y se necesita mucho más que esto para allanarlo...*

—*¿No es suficiente el testimonio de un testigo, mayor de edad y en control de todas sus facultades, que los acusa de abuso a menores con acceso carnal, agravada por el uso indebido de estupefacientes y privación ilegal de sus libertades? Nadie está pidiendo su detención, solo que se nos autorice a allanar sus domicilios, sus oficinas y todo aquello que nos permita encontrar suficiente evidencia para entonces sí solicitar sus detenciones.*

—*Señor Inspector General, lo que usted me está exigiendo va en contra de mis facultades...*

—*Oiga, oiga... ¿qué está diciendo? Si un fiscal general no tiene facultades para llamar a un juez y decirle que tenemos un testigo real y documentación que acredita sospechas concretas sobre un ilícito ¿qué queda para nosotros? Mire, señor Fiscal General, no haga que piense que*

*usted tiene intereses creados para no actuar. La ciudadanía depende de que usted sea honesto con su juramento...llame al juez ahora mismo o lo haré yo y por detrás de ello le haré una querrela y ya veremos con qué argumentos, pero puedo asegurarle que no se librará tan fácilmente de mí...*

Ramírez tragó saliva y se apartó unos pasos del inspector Valdés. Valdés había acertado al presionarlo de esa manera. Lo conoce y sabe que es un hombre honesto, aunque a veces rehúya de sus obligaciones. No es cobarde ni cómplice de nadie, solo algo inseguro y temeroso de las reprimendas que pudiere recibir si actúa mal. Pero, al mismo tiempo es un eximio jurista y conoce a pie juntillas todos los vericuetos de la ley. Dos minutos después se acercó a él y le dijo...

*—El juez está redactando la orden. Vaya con su gente y tomen posición en todas las direcciones que le daré a continuación...No bien la tenga en mi poder, actuamos...*

*—Gracias Fiscal, sabía que podía contar con usted. A propósito, Castro está demorado en el aeropuerto de San Fernando... ¿podemos detenerlo ahora?*

*—¿Cómo que está demorado? ¿Acaso usted actuó sin mi autorización?*

*—No fiscal...me expresé mal... digamos que lo estamos entreteniendo para que no salga del país...*

*—¿Lo siguieron sin autorización?*

*—Noo, Fiscal... ¿cómo haríamos algo semejante?... Fue una coincidencia, nada más. Uno de nuestros hombres, en uso de su licencia, estaba bebiendo un café en el lugar y lo reconoció. Solo entabló conversación con el prófugo...*

*—Aún no lo es...*

*—Pero si no le detenemos lo será... ¿qué me dice?*

*—Reténgalo unos minutos más y luego lo detienen. Que sea por orden mía...*

*—Gracias Fiscal, es usted un buen hombre, un poco terco y lento, pero buen hombre al fin...*

*—No se exceda, inspector...*

*—Lo que usted diga, fiscal*

Una hora después y simultáneamente, las fuerzas públicas estaban ingresando en los domicilios del juez Sarachi, de Castro, en sus oficinas y también requisaron sus automóviles.

*—Esto es un atropello... es inadmisibile, los voy a demandar y hasta que no los vea entre rejas no me detendré* —gritaba el juez Sarachi ante el avance de los uniformados —*Fiscal Ramírez...no tiene ninguna prueba de lo que me acusan. Sepa que usted será el primero en caer.*

Sarachi, no entendía el porqué de su accionar. Apenas unas horas antes, el mismo fiscal le había anunciado sobre sus procederes y ahora él mismo encabeza esta operación en su contra.

Entre tanto, Simón Castro estaba siendo esposado y obligado a ascender a una patrulla policial. Aún tiene derechos y uno de ellos es el de presenciar el allanamiento a su domicilio y su oficina. Vio como los policías revolvían sus ropas, su escritorio, levantaban colchones, almohadones requisaban cada documento que encontraron. Mientras que el fiscal Ramírez y el jefe Valdés revisaban las pertenencias en el domicilio del juez Sarachi, Marques comandaba las operaciones en las oficinas de Castro. Más tarde, si no hallan nada que lo comprometa directamente con la causa en su contra, buscarán en su domicilio particular. Fue entonces cuando un agente descubrió un arma correctamente enfundada y oculta debajo de algunos papeles en un cajón de su escritorio. Marqués la miro, pero no permitió que nadie la toque. Allí podría estar el arma homicida...

*—Esa pistola... ¿es suya?* —le preguntó señalando al arma encontrada. Castro, seguro de su inocencia admitió que era de su propiedad...

—Tengo autorización para portarla. Si me quitan las esposas puedo mostrarle la documentación.

Marques hizo señas a un subalterno para que le quite las esposas. Castro se dirigió a la caja fuerte, la abrió y extrajo de ella unos papeles, que confiado, le entregó en mano.

—Aquí dice que usted posee licencia para un revolver colt calibre 32 cuya numeración es...

—Sí, sí...si me permite, se la muestro...

Castro, acababa de cavar su propia tumba. Marques había visto que el arma hallada en el cajón no era un revólver calibre 32 sino uno de mayor calibre...

—Muéstremela, pero ojo con lo que hace cuando la extraiga del estuche. Un paso en falso y mis hombres lo llenarán de agujeros... ¿escuchó?

Castro, jamás imaginó que había caído en una trampa. Marques tampoco. Pero suponía que esa arma tenía alguna relación con el hecho que los trajo hasta aquí. Simón Castro, al sacarla, dejaría sus huellas estampadas en las cachas y en el cañón del revólver...

—Bien, señor Castro, sáquelo despacio y lo deposita en esta bolsa. El arma será inspeccionada en balística federal. Por favor, escribiente, tome nota...el acusado entrega para su revisión revólver marca Colt calibre 38 cuya numeración es...

—Espere, espere...este revólver no es mío —alertó Castro al no reconocerlo.

—Está bien... escribiente...tome nota que el acusado niega la propiedad del arma incautada

En eso, alguien de científica se acercó a Marques y al oído le susurró...

—Inspector, encontramos rastros de pólvora en las mangas y en las solapas de un traje. También hay un sobretodo que dio positivo...

—Incáutelos y envíelos a laboratorio.

Y giró sobre sí y mirando a Castro, dijo en voz alta...

—Escribiente, tome nota que hemos incautado dos prendas de vestir para analizar en el laboratorio. Un traje a rayas de tonalidad azulina y un sobretodo de... Señor Castro, ¿de qué tela es?

Simón Castro miró al sobretodo y respondió...

—Esa tela es Tweed, pero el sobretodo no es mío...

—Señor escribiente... tome nota...un sobretodo de tela Tweed, pero el acusado niega ser su propietario. Señor Castro... ¿hay alguna cosa de todas las que vemos aquí que sea suya?

—El traje es mío —respondió con ingenuidad.

—Está bien. Quiero notificarlo que momentáneamente será arrestado por posesión de arma de guerra de uso civil condicional y sin documentación pertinente. Una vez que estén los resultados de balística y del laboratorio le será comunicado fehacientemente su resultado. Ya le fueron leídos sus derechos al momento de ser esposado en la estación aérea de San Fernando y en este momento voy a proceder a repetirlo... Simón Castro, tiene usted derecho a guardar silencio...

Mientras tanto, en el domicilio de Sarachi, el juez seguía despotricando contra todo aquel que se cruzara en su camino. Mientras Sarachi amenazaba con juicio y cárcel al fiscal Ramírez, algunos de los agentes se acercaron discretamente a Valdés y le preguntaron por lo bajo...

—Jefe, ¿qué es exactamente lo que buscamos aquí?

—Cualquier cosa que esté mal...debemos aprovechar que este sinvergüenza estaba desprevenido y encontrar cualquier cosa que nos sirva para meterlo preso. Es un corruptor de menores y un violador y no me banco a los violadores...encuentren cualquier cosa, pero rápido. Este tipo está tan cagado que no se dio cuenta que nosotros no podemos estar aquí.

—¿Es ilegal lo que hacemos?

—Y a vos... ¿Qué te parece? Es un juez federal el tipo. Ramírez tampoco se dio cuenta y si no lo agarramos in fraganti en algo estamos hasta las bolas.

—Dios nos libre...

Fue entonces cuando, entre sus pertenencias hallaron un arma...

—Ahá —dijo Valdés—¿Qué tenemos acá, ¿eh?

—¡Un arma, imbécil! Soy juez federal... ¿acaso no sabe que puedo portar una? —Valdés supo que había cometido un error y debía subsanarlo de inmediato. Olfateó disimuladamente el cañón y entonces le surgió la respuesta salvadora...

—Sí, claro que lo sé, pero... ¿Cuándo fue la última vez que la disparó?

—No lo sé...seis u ocho meses, tal vez...

—Mmmh, no lo creo... es más, puede asegurarle, señor juez, que esta arma fue disparada recientemente. Voy a decomisarla para que en el laboratorio lo confirmen...

—Usted está en pedo, no puede hacer eso... sé exactamente cuando fue disparada y no fue recientemente como dice. Usted no va a decomisar nada, ¿me escuchó?

—Sí, lo escuché... Rodríguez... acérquese, por favor...

—Diga, inspector...

—Usted es un experto en balística, ¿verdad?

—Sí, señor

—¿En qué área trabaja?

—Criminalística de la Policía Federal y también en poder Judicial

—¿Escuchó eso, señor Juez?

—Sí, ¿Y?

—Por favor, Rodríguez...tome esta arma con cuidado y dígame cuánto tiempo estima que pasó después de que fue disparada por última vez...

Rodríguez, la examina visualmente, pasa un hisopo levemente por la punta del cañón y también lo huele y entonces responde...

—Entre tres y siete días, inspector... no más que eso

—Gracias, Rodríguez, puede continuar... ¿entonces, señor juez?

—Yo no disparé esa arma en el último tiempo... haga lo que quiera, llévela y que la analicen... no me importa.

—Está bien, que quede asentado que decomisamos una pistola marca Beretta tipo Bobcat calibre 22 cuya numeración es 732...

—Espere un poco...yo no tengo ninguna pistola Beretta bobcat. Esa no es mi arma...

—Perdón, pero estaba en un cajón de su mesa de noche, en su habitación y en su domicilio particular... y ¿ahora dice que no es suya?

—Sí, digo que no es mía...

—Está bien... y ¿dónde está la suya?

—Tiene que estar allí, en el cajón donde encontraron a ésta...

—Ok, vayamos a buscarla entonces... sígame señor juez...encuéntrela y démela, por favor

Sarachi supo que algo no estaba bien y mostró signos de exagerado desconcierto. Había olvidado por completo sus privilegios. La policía y el fiscal general de la nación habían hallado un arma recientemente disparada en su domicilio y si no encontraba la suya, la verdadera, la que tenía registrada a su nombre, estaría en serias dificultades. El arma, si en realidad es verdad que

fue disparada recientemente, podría haber sido utilizada en algún crimen y eso sería fatal para su carrera. Nada lo salvaría de ir a prisión, aunque siempre existe el beneficio de la duda y más aún en el caso de ser juez federal. Pero, aun así, su carrera estaría arruinada.

Revisó minuciosamente el cajón donde siempre guarda la pistola con que puede defenderse en caso de un ataque por su investidura. Pero no halló nada; su arma se había desvanecido en el aire. Fue entonces cuando su mente entrenada quiso zafar de la situación y...

—*Ok, reconozco que no logro encontrarla... pero tampoco hallé municiones del calibre 22, en cambio si usted revisa en aquel cajón de allí, encontrará municiones del calibre nueve milímetros que corresponden a mi arma reglamentaria. ¿Quiere mirar, inspector, por favor?*

—*Está bien, el beneficio de la duda, ¿verdad señor juez?*

—*Así es, inspector, el beneficio de la duda...*

—*¿Aquí, señor, en este cajón?*

—*Sí, inspector, en ese cajón...—dijo Sarachi con soberbia y satisfecho consigo mismo por haber resuelto este dilema...*

—*Vea, señor juez, aquí no veo municiones del calibre nueve milímetros... ¿quiere venir y mostrarme dónde están, por favor?*

Sarachi, al escucharlo, tuvo que hacer un gran esfuerzo para no caer desvanecido. No puede creer que no estén las municiones allí. Seis años de juez y seis años guardando las municiones en el mismo lugar. No existe manera alguna de que no estén ahí. Se acercó a paso ligero, trastabillando y refunfuñando maldiciones por doquier. El cajón estaba abierto a medias y con furia tiró de la perilla para abrirlo completamente y tanto fue su empeño que lo sacó de la guía y todas las cosas que contenía salieron disparadas por el aire y cayeron diseminadas por toda la habitación. Para mal de males, las municiones de calibre nueve milímetros no estaban allí, pero sí una caja intacta de municiones de calibre 22 con una característica que lo hundió aún más: Las puntas de la munición habían sido cortadas en forma de cruz, algo que está prohibido en cualquiera de sus usos. Ni la policía ni los civiles pueden hacer esos cortes en el plomo. El efecto sobre lo que impacte, es devastador: Al tocar el blanco elegido, el corte en cruz se abre como una flor y produce un efecto expansivo que destruye cualquier órgano en un radio de hasta diez veces el tamaño de la munición. Sarachi, quedó mudo e inmóvil. Sabe que estaba perdido y no tiene respuestas a lo que acaba de suceder. Solo le resta encomendarse al cielo y rezar para todo esto concluya en eso, una reprimenda por tener un arma no declarada, pagar una multa y luchar por retener el cargo de juez. Las municiones encontradas no son prueba de nada, solo son complementarias. Pero aun retumban en sus oídos las palabras del experto en balística. El arma ahora tiene sus huellas y fue disparada recientemente y la pregunta es contra qué o contra quién y en cuyo caso, ¿fue homicidio? Esa es su verdadera preocupación, aunque al inspector aún le resta probar que quien las disparó fue él mismo y que no fue en defensa propia. Pero, su calvario no había terminado; el inspector Valdés no es un improvisado y eligió a sus mejores hombres para realizar el allanamiento. Minutos antes de concluir su pesquisa, uno de ellos descubrió un abrigo de gabardina negro cuyo hisopado arrojó como resultados el hallazgo de residuos de plomo, bario y antimonio, todos metales que quedan adheridos a la ropa de quien dispara un arma. Pero, quien obtuvo las muestras dijo que la mayoría estaban depositadas sobre la manga izquierda del abrigo. Al escucharlo, Sarachi comenzó a reír descaradamente y dijo...

—*¡Ja, ja, ja! ¿Vio inspector? No fui quien disparó esa arma; soy diestro.*

Valdés supo que debía corroborar que el juez efectivamente era diestro. Fue entonces cuando giró hacia él y arrojándole un cuchillo de cocina, le gritó...

—*Tómelo...*

El juez supo que lo habían atrapado; el cuchillo estaba en su mano izquierda.

Veinticuatro horas después, las sorpresas no dejaban de aparecer. Balística informó que la pistola secuestrada a Simón Castro fue la misma con que dispararon a André y la que decomisaron en el domicilio del juez Sarachi, la utilizada para asesinar al senador Barleti. Las municiones extraídas de la cabeza de Barleti y del brazo de André fueron pruebas concluyentes para el fiscal, que además los acusó de abuso sexual gravemente ultrajante con acceso carnal y realización de otros actos análogos introduciendo objetos o partes del cuerpo por vía oral, vaginal o anal a Soledad Starova.

## CAPÍTULO XV

Eugenio Marques se puso de pie, tomó su abrigo y se encaminó hacia la salida. El jefe Valdés lo imitó. Finalmente, y después de varias horas, habían concluido con el papeleo reglamentario. Estaba exhaustos. El Fiscal Ramírez los observó en respetuoso silencio y solo atinó a levantar su mano con el pulgar hacia arriba para expresarles su admiración. Aquellos hombres con su tozudez y profesionalismo habían resuelto uno de los casos más enigmáticos con que le tocó lidiar en toda su carrera. Ambos eran de pocas palabras y seguramente enemigos de los elogios asique solo hizo eso, levantar su mano en señal de aprobación. Luego, ellos salieron de allí sin decir nada, sin despedirse de él, sin responder a su ponderación gesticular. Solo salieron... y dejaron su puerta abierta. Entre ellos tampoco se despidieron, ni con palabras ni con gestos; solo tomaron caminos diferentes, pero un mismo destino: sus hogares.

Marques introdujo la llave en la cerradura de la puerta de su vivienda y miró hacia el garaje, como lo hace siempre. El portón, esta vez estaba bajo. Ingresó y arrojó su abrigo sobre un sillón, luego se quitó los zapatos y se dejó caer sobre el sofá. Victoria, lo encontró allí y quiso arroparlo con una manta de tela de frisa, pero él despertó en ese momento y la tomó desde la cintura y la trajo hacia sí...

—*Hola* —dijo

—*Hola* —dijo ella

—*Terminó todo...*

—*¿Encontraste al asesino?*

—*No, encontré pruebas para inculpar a dos delincuentes, pero no al asesino.*

Victoria sabe que tarde o temprano deberá contarle todo, pero no lo hará a menos que él insista en saber. Quizás, si lo hace, su relación con él cambie para siempre. O, si sabe lo que hizo ya no la ame más. Tal vez él ni siquiera sospeche de ella y si eso así, al confesarse ante él quebraría el vínculo férreo que los une. Entonces, arriesgó una pregunta...

—*No encontraste al asesino, pero ¿sospechás de alguien en particular?*

—*No, pero creo que vos podrías ayudarme...*

—*Y, ¿cómo?*

—*No lo sé... supongo que tendrás que averiguarlo. Pero, ahora solo quiero dormir algo. Iré arriba, me ducharé, beberé algo fuerte y luego me dormiré.*

Después de eso, se levantó, la besó en la frente y subió las escaleras.

Sobre la mesa ratona, dejó olvidada una carpeta de folios con un rótulo que rezaba: Caso Soledad Starova.

Victoria la vio y quiso alcanzársela, pero algo le dijo que antes debería ver qué contiene. Lo que descubrió la paralizó. El folio que estaba por encima de los demás era un listado de nombres entre los que figuraba el suyo. Aquella era la nómina de visitas al despacho de Barleti. Su corazón dio un brinco y poco faltó para que se detuviera. Él siempre supo y nada dijo. ¿Por qué? Se preguntó. Siguió hurgando entre los papeles y debajo de ese halló otro igual, pero en este su nombre había desaparecido. Eugenio le estaba demostrando su profesionalismo. Se había anticipado a todos, incluso a ella. Sabía dónde buscar antes que nadie y también qué buscar. Y lo hizo. El primer listado lo obtuvo antes de que Josefina borrara su nombre de la lista y ahora, al ver que su nombre había desaparecido, él comprobó la relación que los une. No era difícil

imaginar que solo con atar cabos podría vincularla con Barleti. Pero, ¿por qué no lo había hecho? Quizás la explicación la encuentre con el asesino si este vuelve a ponerse en contacto con ella. Pero, si eso ocurre, ¿ella tendrá el valor de descubrirlo y así quedar libre de cargo y culpa? Y, por otra parte ¿Sería justo para ambos?

El asesino, había vengado a Soledad, pero también la había vengado a ella misma. Desde aquella tarde no hubo día en que no deseó verlos rogando por sus vidas y también verlos muertos.

¿Tendría el coraje ahora de confesarle a su esposo que Barleti y Hasko la habían denigrado manoseándola y golpeándola en su oficina?

Y, para sus creencias religiosas, con su proceder ¿No se había expuesto de manera insensata a un abuso físico y sexual conociendo de antemano sus antecedentes?

Y, al enfrentar a Barleti, con la más absoluta desprotección, ¿no había incurrido en un pecado al incitarlo a la violencia para obtener su confesión?

Tantas preguntas sin una sola respuesta.

La mañana siguiente, Eugenio se levantó como todos los días, se duchó, se vistió, desayunó en silencio escudándose detrás de su periódico preferido, se puso de pie y la besó en la boca reiteradamente. Luego, salió a atrapar delincuentes, como le gusta describirse en su trabajo.

No hizo ninguna mención a la carpeta que “dejó olvidada sobre la mesa ratona”. Solo la recogió y la guardó en un cajón de su escritorio.

Victoria, dos veces quiso explicarle sobre lo que leyó en aquellos folios, pero cada vez que dijo tan solo una palabra, él sonrió y la besó tiernamente en la boca y la calló. —*No quiere saber* — pensó.

Lavó las tazas que ambos utilizaron para el café y cuando se alistaba para salir, su teléfono comenzó a sonar...

—*Hola Victoria, soy Josefina...*

—*Hola Josefina... si me llamas por lo de la list...*

—*No, no te llamo por eso. Quiero invitarte con un café. Estoy por salir de viaje y quería verte antes de partir. ¿Podemos encontrarnos hoy?*

—*Sí claro, ¿te parece bien a las cuatro de la tarde en la cafetería del hospital?*

—*Sí, es perfecta. Te llamo cuando esté por llegar.*

—*Ok, dale...*—y cortó.

Victoria se extrañó. Solo la había visto un par de veces, pero le caía bien y quizás ese sentimiento era recíproco. Pensó, que ahora que todo acabó, seguramente ella perdió su trabajo y se tome un año sabático o simplemente unas vacaciones. ¿por qué no?

15:45 horas, el teléfono de Victoria comenzó vibrar. Cada vez que hace la ronda de visitas a pacientes, silencia el timbre. Es un sonido demasiado estridente para un hospital.

—*Estoy cerca... ¿te veo en un ratito?*

—*Dame quince minutos y bajo*—respondió Victoria

Al empujar la puerta vidriada, Victoria vio que ella ya había encontrado un lugar algo apartado de los demás parroquianos. Mejor así —pensó— mayor silencio.

—*Hola Josefina*

—*Hola Vicky...*

Ella nunca la había llamado así y una luz de alerta se encendió en su cabeza.

—*Pedí un café con leche con tostadas y mermelada... ¿está bien para vos?*

—*Sí claro, siempre pido lo mismo a esta hora. Es una manera de terminar el día, ja, ja, ja.*

—Sí...

—Me dijiste que salís de viaje... ¿vacaciones?

—No, me voy del país...

—Oh, qué pena escucharlo...

—Sí, también me entristece, pero acá no hay nada que justifique que me quede...

—¿Puedo preguntar por qué?

—Sí, a vos no tengo nada que ocultarte... terminé lo que vine a hacer y ahora es el momento de regresar a mi tierra...

—...

—No sé cómo decirte esto, pero creo que si lo hago sin rodeos será menos traumático para ambas... fui yo quien orquestó todo...

—No entiendo...

—Fui yo quien estuvo detrás tuyo aquella noche, la que te pidió que no te des vuelta, la que disparó...

Victoria sintió el impulso de ponerse de pie, pero Josefina la retuvo con su mano. Lo hizo con suficiente delicadeza para que no se altere...

—No, no, era la voz de un hombre...—intentó desmentirla

Y entonces, Josefina extrajo de su bolsillo derecho un adminículo pequeño que antepuso a su boca y habló a través de él. Era un distorsionador de voz...

—¿Ahora entendés? Quiero explicarte todo y después me voy. Nunca te haría daño. Ambas perseguimos lo mismo y además a vos te debo mucho más de lo que te imaginás: vos cuidas día y noche de Soledad. Ella es mi sobrina, aunque parezcamos casi de la misma edad.

—¿Tu sobrina?

—Sí, mi sobrina. Cierta día, mucho antes de que cayera en manos de estos desgraciados, me llamó a mi casa en Tirana y me dijo que había conocido a un francés que le había robado su corazón.

—André

—Sí, André. Sabiendo que solo tenía quince años de edad, pensé que sería una buena idea que lo conociera para asegurarme que no iba a sufrir con él. Y saqué un pasaje y vine para acá. Para entonces, ella ya estaba consumiendo y quise alejarla de eso. Pero la droga ganó la contienda y comprendí que debía hacer algo para protegerla. Decidí no enfrentarme a ella y la apoyé en todas sus decisiones, aunque estuviera en total desacuerdo. Fue entonces que conocí al senador Hasko, también con raíces albanesas, y comencé un idilio con él. Me llevó a trabajar al congreso y entonces conocí a Barleti. Al principio todo era un jardín de rosas, pero poco tiempo después vi quienes realmente eran. Fue entonces cuando comencé a planear todo. Para librarla de esa escoria debía eliminarlos, pero todo debía ser calculado a la perfección para que ni Soledad ni yo nos viéramos afectadas. En eso, sucedió lo que ya sabes. Soledad cayó en coma y eso precipitó todo. Ya no era una cuestión de salvarla, ahora era un real y concreta venganza por lo que le habían hecho.

—¿Eso es el Kanun?

—No, Kanun sería si yo la hubiera vengado asesinando a uno de los de su familia. Pero yo quería deshacerme de ellos. Quería que todos murieran, los cinco, André inclusive. Pero poco después comprendí que Barleti y Hasko eran quienes debían morir y para Sarachi y Castro planeé una venganza diferente. Castro jamás conoció lo que era vivir sin dinero y terminar preso era su peor castigo. Y Sarachi, como juez, si iba preso por violación sufriría más que si lo

mataba. Sabés que es lo que hacen en las cárceles con los violadores, ¿No?

—Sí claro...

—Pero, en medio de todo, apareciste vos. Al principio me costó entender que era lo que perseguías y por un momento creí que estabas loca. Y hasta pensé que eras una mina casada en busca de emociones fuertes. Solo alguien que no está bien de la cabeza se atrevería a enfrentarlos en sus madrigueras y fue cuando supe que debía aprovechar la ayuda que me estabas dando. Ellos se distrajeron lo suficiente con vos y eso me permitió pergeñar todo sin despertar sus sospechas. Hacía tiempo ya que me había ganado su confianza y hablaban de sus proezas y fechorías con total descaro enfrente de mí. Jamás imaginaron que entre Soledad y yo había un vínculo familiar. Dos años fueron suficientes para mí para conocerlos en profundidad, sus gustos, sus caprichos, sus necesidades y hasta de sus cábalas. Todo sobre ellos sabía ya y ellos nunca lo imaginaron. Creyeron que era una mina sumisa y nada más. Cuando vi que los habías grabado con tus lentes de espía infantiles, casi muero del susto. Creí que ellos se iban a dar cuenta. Eran muy burdos y además no tenían aumento. Debiste tener más cuidado. Pero, por suerte ellos siempre creyeron que allí adentro nada les podía suceder. Y se descuidaron. A partir de allí solo tuve que seguirte para entender que era lo que ibas a hacer. Escucharte fue fácil y verte mucho más. Cuando vi que salías del hospital mucho más temprano de lo habitual supe que te verías con Barleti. Estaba cantado que lo esperarías en un lugar desierto y ese era el barrio donde él vivía y esa noche justamente escuché la conversación entre ellos donde decía que tenía planeado pernoctar en su casa y el desgraciado de Rogelio se iría al hotel con su nueva amiguita. Lo demás fue fácil. Solo tuve que esconderme en el baúl del auto y esperar a que se fueran a la ducha juntos. Rogelio Hasko tenía ese fetiche con las mujeres antes de hacer el amor. Yo antes había estado en su lugar. Mis escasos conocimientos de electricidad, un cable largo, la pinza y el destornillador que llevé, hicieron el resto. Solo tenía que sentarme y esperar. Hasko sería el primero en salir de la ducha y sumergirse en el Jacuzzi. Sería la última vez que encendería los jets de hidroterapia. Doscientos veinte voltios en un medio acuoso no dan oportunidad. Sus gritos alertaron a la jovencita que, al verme parada allí, salió corriendo sin darme la oportunidad de explicarle que a ella nada le haría. Aunque la policía lograra encontrarla, ella jamás podía identificarme. Estaba demasiada asustada como para hacerlo. Desarmé todo y me fui caminando. Un poco más tarde, sucedió lo que ya sabés. Barleti bajó de su auto, vos te interpusiste entre él y yo, le apuntaste y eso lo distrajo y aproveché. Solo tuve que evitar dañarte y apuntar bien. Le disparé justo en medio de los ojos. Dos años practicando tiro para esta ocasión. Cuando me vio supo que estaba perdido. Y, por último, le llegó el turno a André. A él solo tenía que herirlo, de tal manera que no muriera y que la bala quedase intacta para que pudiera servir para inculparlo a Castro. Ni él, ni Sarachi se dieron cuenta cuando les cambié los abrigos ni cuando les dejé las armas con las que había disparado. Ambos me entregaron sus abrigos para que la tonta de Josefina los llevara a la tintorería. Solo que jamás lo hice. Tenía que colocármelos, disparar para que la pólvora se depositara en ellos y después dejarlos donde ellos me habían ordenado. Tu marido haría el resto.

—Y ahora, te vas. Y, ¿Soledad? ¿La vas a abandonar?

—Ella no va a despertar y si lo hace difícilmente me reconozca. Además, te tiene a vos. Ella ya te conoce, estoy segura de eso. Y sé que, si alguna vez se produce el milagro, me vas a llamar. ¿Me equivoco?

—No, Sihana Bajraj, no te equivocás. Si no lo hace ella, lo haré yo—dijo Eugenio desde la mesa contigua y quitándose el sombrero y la bufanda con los que todo el tiempo había ocultado su

rostro.

Ambas quedaron mudas. Ninguna se atrevió a nada. Nunca imaginaron un final así. Solo lo miraban, en silencio y con una expresión difícil de describir.

—*Está bien, sé que perdí... ¿me vas a arrestar aquí o en la calle para evitarme la vergüenza?* —Dijo la mujer dándose por vencida.

—*¿Por qué habría de hacerlo? La mujer que busco por apropiación de identidad se llama Josefina Ascárraga. ¿La conocés?*

—*No*— *respondió sonriendo.*

Sihana Bajraj era su verdadero nombre y el único que fue capaz de descubrirlo fue Eugenio Marques. Ella era la hermana del padre de Soledad.

—*A propósito, creo que este pasaporte te pertenece. Lo encontré entre las pertenencias del senador Barleti. Desconozco cómo pudo ir a parar allí.*

—*Gracias, inspector. No me equivoqué cuando dije que usted es un buen hombre además de ser un buen policía. Pero, si conoce mi identidad y tiene mi confesión, ¿cómo es que no me arresta?*

—*No puedo arrestar a nadie sin pruebas y el teléfono con el que estaba grabando la conversación entre ustedes se quedó sin batería. Además, ya tengo detenido al asesino de Barleti, las pruebas son concluyentes; tengo al hombre que le disparó a André, también allí las pruebas son concluyentes. El senador Hasko falleció por un accidente, así lo confirmó el fiscal general de la nación y además tengo la confesión de todos ellos por el abuso de tu sobrina. Ya tengo suficientes culpables y también estoy cansado. Solo vine a buscarla a ella... odio llegar a mi casa y que no haya alguien esperándome. Las esposas que llevo en mi cintura, esta vez les voy a dar otros usos. Quizás puedas ayudarme con eso, mi amor...*— dijo mirando con picardía a su esposa.

FIN